

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE



2000

Depósito Legal: S. 21-1958

Imprenta KADMOS

Salamanca, 2000

Sumario

	<u>Págs.</u>
Del Señor Obispo	
CARTAS	
Grandes cuestiones (I)	573
Grandes cuestiones (II)	574
Día de la Iglesia Diocesana	576
Testigos de una novedad de vida	577
Adviento sin cansancio	579
La Virgen de Adviento	580
Navidad: Misterio de un Dios que se hace hombre	581
Navidad, revolucionaria puerta del futuro	582
HOMILÍAS	
Inmaculada 2000	585
Misa del Gallo 2000	593
DECRETOS	
Listado de nombramientos	597
Listado de ceses	597
Decretos	598
OTROS	
Mensaje de Navidad 2000	601

	<u>Págs.</u>
Curia Diocesana	
VICARÍA GENERAL Decreto	603
CANCELLERÍA SECRETARÍA Nota sobre la cancelación de datos personales en los registros de bautismo de la Iglesia Católica	605
Crónica Diocesana	
Día de la Iglesia diocesana	607
Jornadas de formación litúrgica	608
Celebración del Envío	609
XIII Aniversario de la ordenación episcopal de Mons. Braulio Rodríguez Plaza	609
Peregrinación a Roma para la beatificación de cuatro salesianos salmantinos	609
Necrológicas	610
Iglesia en España	
LXXV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	613
Mensaje del Departamento de Pastoral de la Carretera de la CEE, con motivo de la Navidad a todos los implicados en el tráfico	628
Iglesia en el mundo	
Homilia del Santo Padre en el Jubileo de las personas discapacitadas	633
Mensaje de su santidad Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la paz	637
Carta apostólica Novo Millennio Ineunte del Sumo Pontífice Juan Pablo II al episcopado, al clero y a los fieles al concluir el Gran Jubileo del Año 2000	651
Índice general	699

Del Señor Obispo

CARTAS

Grandes Cuestiones (I)

Ante las conmemoraciones de los difuntos propias de estos días, quizá no esté de más recordar qué dijo Juan Pablo II en el verano de 1999 en una serie de catequesis de los miércoles de la muerte y lo que hay detrás de ella. Por cierto, que mucho insistieron los medios sobre aquellas catequesis, casi todo pintoresco y producto de la ignorancia; este último verano, año del Jubileo y de la Jornada Mundial de la Juventud no han dado tanto pie para el pintoresquismo.

En aquel dichoso verano, interpretando los discursos del Papa según las claves en las que están codificados, único procedimiento con el que cualquier discurso es susceptible de interpretación, llegamos a conclusiones claras: las que contiene el Catecismo de la Iglesia Católica, que para estos menesteres quiso Juan Pablo II que se redactara un catecismo mayor después del Concilio.

A diferencia de otros seres de la naturaleza, cuando el ser humano definitivamente muere le sobrevive un principio o identidad personal que llamamos alma o espíritu. ¿Cómo se produce esto que ni ojo vio, ni oído oyó (cf. 1 Cor 2,9)? Si uno quiere imaginárselo, aunque sea difícil, puede

acudir a la vida del sueño (sueño de soñar, de soñarnos, se dice en Salamanca, no sólo de dormir) en la que uno se mueve y actúa libremente sin que el cuerpo tome parte en ello. Por eso el Catecismo dice: “*En esta partida que es la muerte, el alma se separa del cuerpo...*” (nº 1.005).

Inmediatamente el ser humano entra en la presencia de Dios de un modo absolutamente nuevo, sin posibilidad de engañarse como le ha ocurrido tantas veces en la existencia terrena; por eso entra en juicio y encuentra o que está capacitado para vivir en el amor de Dios por como ha sido la trayectoria de su vida, o que está capacitado pero necesita previamente una purificación, o que se ha hecho a sí mismo incapaz del amor de Dios. Estos diversos lugares, estados, situaciones se denominan respectivamente gloria o cielo, purgatorio e infierno.

La primera opción está atestiguada, por ejemplo, por las palabras que Jesucristo dirigió desde la cruz a buen ladrón (véase Catecismo, nº 1.021), y la segunda puede apoyarse en la aceptación como Palabra de Dios que la comunidad cristiana ha hecho y hace de la afirmación del segundo libro de los Macabeos: “*Es una idea santa y provechosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados*”. Así dice el Catecismo de la Iglesia católica: “*La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció suffragios por ellos...*” (LG 50). Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión a favor nuestro (nº 958).

Grandes cuestiones (y II)

Aunque sea difícil, nuestros contemporáneos (creyentes y menos creyentes) están mejor dispuestos a aceptar la doctrina de la Iglesia católica sobre el cielo o el purgatorio. Más arduo es que acepten lo que nuestra fe dice del infierno; para muchos es inaceptable, tal vez porque no se piensa con rigor y sólo se tienen en cuenta algunos aspectos del problema.

Recordemos, pues, resumiendo, lo que Juan Pablo II dijo en aquellas catequesis del verano del 99.

Nadie está destinado al infierno (Catecismo, nº 1037), y de ningún ser humano –ni de Judas Iscariote– se puede decir a ciencia cierta que hasta el último momento se ha hecho incapaz de Dios. Dios es siempre Amor. Pero para nosotros no deja de ser inquietante la enseñanza de que existen unos seres, Satanás y otros espíritus, llamados demonios o diablos, que efectivamente se hicieron incapaces del amor de Dios y viven la eternidad al margen de la Santísima Trinidad (Catecismo, nº 393), o sea, en el infierno (Catecismo, nº 1033). Lo cual indica que no es verdad que éste se haya quedado en mera posibilidad, pues es posible rechazar el amor de Dios o el Dios que es Amor.

La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo. Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Para que así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra merezcamos entrar con Él en la boda y ser contados entre los santos y no nos manden ir, como siervos malos y perezosos, a las tinieblas exteriores, donde “*habrá llanto y rechinar de dientes*” (LG 48).

Pero la doctrina de la Iglesia acerca de las postrimerías contiene todavía otra enseñanza: no sólo el alma vive como tal después de la vida terrena, sino que vendrá un día el juicio final (Catecismo, nº 1040), que dará lugar a un cielo nuevo y a una tierra nueva. Cada ser humano, después de morir, ciertamente recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo. Pero después de unas horas, de mil años, de mil millones de años..., cuando sea, pues en la eternidad no cuenta el tiempo, cada ser humano se encontrará a sí mismo, como fue en cuerpo y alma, experimentará su resurrección en un sentido misterioso que nada tiene que ver con lo que cuentan esas narraciones, ahora tan de moda, de la reencarnación (Catecismo, n. 1003). Este final de los tiempos inaugurará el reinado definitivo de Jesucristo, ya iniciado e intuido por los santos.

Pero Satanás y los demás espíritus malignos ya han sido vencidos definitivamente de cara a ese seguro triunfo final, aunque puedan actuar todavía al margen del plan de Dios e influir sobre los seres humanos. Esto es, más o menos, lo que predicó el Papa en su catequesis del verano del 99,

y no lo que se ha venido repitiendo en la prensa desde entonces. Y no vale engañar o deformar según la ignorancia religiosa al uso. A muchos les parecerá increíble; a otros, nos parecerá increíble, pero cierto. Pero ése es otro problema.

Día de la Iglesia diocesana

Muchas veces me pregunto: ¿Cómo conseguir que los cristianos de Salamanca sientan su Iglesia como algo suyo y no como un estalaje manejado por unos cuantos? Me produce mucha tristeza no que haya problemas en la Iglesia, sino que los cristianos no sepamos abordarlos con amor, desconociendo que la Iglesia es un organismo vivo, el Cuerpo de Cristo, animado por su mismo Espíritu; que es Madre y, por eso, Seno del que hemos nacido y del que seguimos recibiendo la vida.

Tenemos, así, que seguir esforzándonos por promover más y más la verdadera concepción de lo que es la Iglesia, tal y como Cristo la ha querido y la quiere, tal y como el Concilio Vaticano II ha intentado hacerla comprender, en fidelidad a las fuentes mismas de la Revelación y de la más rica tradición eclesial. Y en mi caso, como Obispo de Salamanca, esforzarme porque los que componemos esta Iglesia nos sintamos cada vez más la Iglesia del Señor que camina en esta tierra, ya que somos miembros de ella.

Ciertamente no soy tan ingenuo como para pensar que esta vivencia va a ser posesión común de los casi 300.000 bautizados de nuestra Diócesis. Por desgracia una no buena iniciación cristiana -en muchas ocasiones habría que hablar de nula iniciación cristiana- impide en muchos ver la Iglesia como algo más que una organización exterior a mi persona que nada tiene que ver con mi vivencia religiosa o mi relación con Dios; para otros la Iglesia es incluso opuesta al designio de Jesús, que predicó únicamente el Reino de Dios, y nada pasa si, por ejemplo, no se siguen las pautas de comportamiento moral que ella predica, como se encargan de subrayar los no partidarios de la Iglesia y de su influencia en la sociedad.

Pero no me refiero a estos cristianos; me dirijo a aquellos cristianos que tienen una cierta sensibilidad y se sienten hijos de la Iglesia. Aún en estos me parece que no está lograda una vivencia normal de lo que es su Iglesia particular, porción de la Iglesia Universal en la que *“está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica”*, como dice el Concilio (CD 11). Tampoco éstos, sean miembros de parroquias o pertenezcan, además, a grupos o movimientos cristianos, ha superado muchas veces una visión excesivamente cerrada y autosuficiente de parroquia o de grupo. A la parroquia y a los movimientos, grupos, o asociaciones católicas todo les viene de fuera, de la Iglesia diocesana, de la Iglesia Universal, de la Iglesia apostólica. Cerrarse en sí mismos sería traicionar su propio ser y secar la fuente de su fecundidad. El ministerio del Obispo y el del Papa pertenecen al ser mismo de la parroquia y de los diferentes grupos o asociaciones católicas y han de estar presentes dentro de su vida. ¿Cómo seríamos en caso contrario “católicos” y “apostólicos”?

Aprovechar la jornada del Día de la Iglesia Diocesana para entrar en estos temas sería una urgencia y una responsabilidad para párrocos, catequistas y responsables de grupos y movimientos. ¿Cómo, si no, se puede entender incluso la responsabilidad que cada fiel tiene en el sostenimiento de su propia Iglesia? Por cierto, ¿saben los fieles con qué cantidad contribuyen a los gastos generales de la administración diocesana en la colecta imperada que se realiza ese día? Se sonrojarían.

Testigos de una novedad de vida

En torno a la fiesta de Jesucristo, Rey de Universo, se celebra en Roma el IV Congreso mundial del Laicado católico. Figura como una de las iniciativas previstas en el Calendario oficial del Gran Jubileo, pero se sitúa en la tradición de los otros grandes encuentros internacionales de laicos católicos, que en los últimos cincuenta años han marcado las etapas más significativas en la trayectoria histórica de la promoción del laicado cristiano. Tres grandes congresos se celebraron, en efecto, en los años 1951, 1957 y en 1967, en el periodo inmediatamente sucesivo a la clausu-

ra del Concilio Vaticano II y a la creación por entonces del “Consejo Pontificio para los Laicos”.

Para mí es un honor y una alegría poder participar en este Congreso, como obispo presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. Y me gustaría que los fieles laicos de esta Iglesia de Salamanca, que sois la mayoría de los cristianos de nuestra Diócesis, participaraís de este gran gozo y, a la vez, ocasión de gran comunión con todos los fieles de nuestra Iglesia Católica. Dejadme, pues, comentaros simplemente, en este día de Jesucristo Rey, el programa de este gran Congreso.

Lo primero que haremos es un ejercicio de balance del siglo que ha pasado y las perspectivas para la nueva fase histórica. Para conseguir dos cosas: constatar que gran avance se ha recorrido en el campo del papel que debe jugar el fiel laico en la Iglesia de Cristo, y ver cuáles son los retos al testimonio cristiano.

Es muy bueno que se nos hable en otra ponencia de la misión de la Iglesia en los albores del III milenio; esa misión hemos de llevarla adelante todos los que somos cristianos con la ayuda del Señor, pero como discípulos y testigos de Cristo. Todos: también los fieles laicos. Para los que sois fieles laicos también el Concilio Vaticano II ha supuesto una piedra miliar. Hay que leer lo que dice LG y AA para comprender hoy la luz que el Concilio supuso.

¿Cuál es la identidad de los fieles laicos? No pueden ser otras que las raíces bautismales, por las que recibe la vida de Cristo y la dignidad que supone ser cristiano. Después vendrá ver las características de esa vocación de cristiano laico. Y será bueno considerar cómo los fieles laicos son testigos de una novedad de vida, en la que se basa su misión en el matrimonio y la familia; el mundo del trabajo y la economía, entre los pobres y emigrantes; la educación y la cultura; en la política y en comunidad internacional; en la comunidad eclesial.

Otros aspectos serán también tratados, como la formación y qué laicos necesita la Iglesia para el III milenio. Os pido que oréis para que sea una esperanza el Congreso en sí mismo, en el que podremos por supuesto gozar de la gracia del Señor en el Jubileo, compartiendo la fe cristiana con aquel en el que hoy vive Pedro: el Papa Juan Pablo II.

Adviento sin cansancio

Al inicio de este Adviento que comienza este domingo, 3 de diciembre, somos convocados nada menos que a la Navidad. A la Navidad del año 2000, con toda la carga jubilar que esto representa. Este segundo Adviento del Jubileo –que tendrá prácticamente sólo tres semanas- habrá que vivirlo con particular intensidad precisamente porque preparamos la Navidad del 2000. Y la preparamos con una doble mirada: el Jubileo siempre nos hace recordar los orígenes de nuestra fe, y a la vez nos estimula a seguir adelante sin cansancio, la mirada puesta en el futuro. Es lo típico de nuestra fe.

Hace dos mil años, en efecto, nació este río gozoso de la salvación de Cristo, pues nació el Salvador. Pero mirando hacia delante, caminamos con Él hacia el mar en que desembocará ese río: el Reino definitivo de la vida. Es decir, el que ya vino y sigue viniendo continuamente, vendrá glorioso y salvador definitivo al final de los tiempos. Toda una enorme esperanza. Una vez más vamos a anunciar, celebrar y vivir que en esta vida humana débil, la nuestra y la de todos, se hace presente el Señor.

Hombre como todo hombre, caminante de nuestro mismo camino, viene Jesús a sostener los ánimos decaídos y a mostrar que existe una forma de vivir que realmente da la felicidad. “*Ponte en pie, Jerusalén... Porque Dios se acuerda de ti*”, proclamará el profeta Baruc en el segundo domingo. Y el Bautista saca consecuencias concretas en el tercero: “*El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene*”.

El Jubileo terminará justamente con la fiesta de Epifanía, al inicio del 2001. Por ello estas breves semanas, pero de “tiempo fuerte”, han de ser vividas como el esprint final del Jubileo, en que la gracia de Dios se nos quiere comunicar con eficacia renovada. El Jubileo de la Encarnación es el Jubileo de la cercanía, del amor descendente y condescendiente de Dios a nosotros.

Adviento, Navidad y Epifanía tienen un “movimiento” único y lógicamente dinámico: la Espera, la Venida y la Manifestación de Cristo, que es **Dios con nosotros**. Para cada uno de nosotros y para la Iglesia y para la humanidad, tal como estamos, desde la situación concreta de este año.

Una cosa es segura: todos necesitamos ser salvados. Y Cristo Jesús vino y viene y vendrá como el Salvador verdadero. Claro: Él es la respuesta definitiva de Dios al mundo, aunque éste no lo reconozca. Hace dos mil años que ha venido y todavía no le hemos dejado entrar del todo en nuestra historia. Podemos, por ello, seguir leyendo con autenticidad a los profetas que le anunciaban, porque Él sí que ha venido, pero nosotros o nos hemos enterado o no le hemos acogido del todo: el camino hacia la novedad de vida que Cristo nos quiere transmitir es largo y sigue convocándonos también este año. ¿Cómo prepararnos esta Navidad? Una buena pregunta para ser contestada con rigor, para que las falsas navidades no nos ahoguen.

La Virgen de Adviento

Ya ha comenzado el Adviento. Pasa deprisa, además de agredido por el consumismo, que quiere celebrar la Navidad sin prepararla. Y no es justo, pues trascendental fue la llegada del Señor para hacerse uno de nosotros, zambulléndose en nuestras miserias y participando sufriente nuestras mismas marginaciones; y trascendental es su llegada hoy.

¿Cómo no tener presente en este domingo a la Inmaculada, Madre que Dios se preparó para arribar hasta aquellos que tenía que salvar? Dicen los liturgistas que con el Adviento se inicia el itinerario del nuevo año litúrgico. Avanzando por él, sin duda encontraremos obstrucciones y dificultades que pretenden impedir el recorrido. O crear desánimo como estado habitual y derrotismo ante todo y para todo.

Pero hay gente con temple en el esfuerzo, que está actualizando para nosotros las posibilidades de recorrer ese camino hasta Cristo. Está la Virgen del Adviento.

Navidad: Misterio de un Dios que se hace hombre

En España, en Salamanca, hay varias maneras de vivir la Navidad, de algunas de las cuales podemos prescindir. Podemos prescindir de la torpe y abiertamente comercial; también de la juerguista e incluso de la infantil (que no es la de los niños, para los cuales la vela en el belén es una estrella y el al ángel dorado extendiendo las alas en lo alto del árbol no es sólo un adorno, sino un verdadero ángel). Hay que prescindir, por ello, de esas falsificaciones que nada tienen que ver con lo que es en realidad la Navidad cristiana.

Que la Navidad no es la descrita anteriormente de manera somera es algo evidente incluso para los que así **usan** de la Navidad, pero no la viven y mucho menos la comprenden. Pero la cuestión es ahora otra: ¿comprendemos la Navidad los que la comprendemos, es decir, los que decimos y creemos comprenderla? ¿Llegamos a la entraña de la Navidad la mayoría de los cristianos?

¿Qué es Navidad? Habría que decir que para Dios es una gran caída, porque Él que Es **nace**; quien no es creado, se hace creado; el Infinito se hace extenso y limitado; el que enriquece, mendiga; Cristo se empobrece tomando mi carne para que yo me enriquezca con su naturaleza divina; se vacía quien está repleto de todas las cosas. En Navidad, en realidad, asistimos a un giro de Dios.

Lógicamente sólo desde la fe la Navidad es comprensible. Ésta me parece la mejor definición de la Navidad: un tiempo en que el Sol -Jesucristo- se nos mete en casa; algo que sólo podemos soportar si nos colocamos lo suficientemente lejos de Él, defendiéndonos con ternurismo, con mazapanes, pero que si nos atreviésemos a mirarlo de frente, no tendríamos otra respuesta que las lágrimas.

Escribía yo no hace mucho: Navidad es algo muy bello; a partir de Belén, la condición humana no es ya una triste aventura de rumiantes; somos literalmente hijos verdaderos de Dios. Y el don de Dios, que fue la entrega de su Hijo, es el mayor regalo que jamás han hecho a la Humanidad.

Y frente a ese don no cabe más respuesta que el asombro, la adoración, el entusiasmo, porque desde ese día no sólo está Dios con nosotros, sino que también es Dios en nosotros. Dios, uno de nosotros. Las lágrimas han de ser lágrimas de alegría, aunque tengamos muchos pesares, porque “si hacemos alegrías cuando nace uno de nos, ¿qué haremos si nace Dios?”. Es genial. Merece la pena ser hombre y mujer, para ser receptores de semejante gracia.

Navidad, revolucionaria puerta del futuro

La Navidad, revolucionaria? Dirán algunos: ¿Acaso hay algo más pastelero, más suave, dulce, cursi, inerte, inútil, aburrido y blandengue? ¿Y puerta del futuro? Vuelven a argumentar: ¿No es acaso la Navidad un concentrado de recuerdos, el pasado del pasado, el ayer del ayer, lo definitivamente congelado en las páginas de la Historia?

No me gustaría que eso fuera lo que pensara la mayoría de los cristianos, pero tal vez así suceda, puesto que las Navidades da la impresión que pasan por nuestras almas sin dejar huella. Incluso en Semana Santa dejamos, cuando menos, una lagrimilla, y quizá hasta nos confesamos. ¿Qué dejan las Navidades en las almas de quienes las viven? Espero que algo más que el bicarbonato en la mañana del día 26 de diciembre.

No estoy sarcástico. Deseo a todos una ¡Feliz Navidad!, porque la siento muy dentro y siempre me hace pensar en la gran suerte que tuve en la Navidad de 1979 y 1980, cuando pude ir a la cueva de Belén andando desde Jerusalén y orar allí como tal vez no he rezado en ninguna otra ocasión. Navidad es un abismo de alegría profunda y de paz. K. Ranher se atrevía a insistir en que *“la Navidad es la fiesta en la que no se celebra un acontecimiento del pasado, que ocurrió una vez y ya pasó, el comienzo de un futuro eterno que se nos acerca. Es la fiesta del nacimiento de la eterna juventud. Nos ha nacido un Niño y en Él se injerta definitiva y triunfalmente en este mundo la eterna juventud de Dios”*.

Lo que le ocurre a nuestro mundo y a tantos contemporáneos es que no tienen alma suficiente para tener esperanza. Les dicen: Dios ha nacido y va a salvar al hombre. Y comentan: “¡Ah, sí, qué bien!” Les explican: el verdadero hombre aún no ha nacido, el mundo está en sus orígenes y no se le ocurre otra cosa que comentar: “Esperaremos sentados”.

Por eso, muchos hombres no entienden la Navidad: ya les parece bastante tener que aceptar que Dios se haga hombre, para que ahora les añadan que lo ha hecho para que ellos se conviertan en Dios. ¡Demasiada tarea! A muchos les gusta el niño de Belén porque es tan mono, se dejó ver unos días en la Tierra y luego se fue dejándonos tranquilos. Nosotros ya le hacemos bastante favor recordándole una vez al año.

No ironizo. ¿Cuántos, cuántos hombres hay hoy en la Tierra que se alimentan de la esperanza de que el mundo será refundido, de que nacerá el hombre nuevo, de que el hombre y Dios participan de una misma y verdadera vida, de que Belén acabará siendo la patria de todos los nacidos? Tal vez hace demasiado tiempo que demasiada gente no espera ya nada, introducidos en la pseudoprogresía agnóstica, y para los que el champagne es una buena disculpa para entretener esa espera en la que nadie sabe si está esperando algo. Panorama muy triste. A ese panorama no nos asomamos quienes nos sabemos siempre renovados por el amor de un Dios que se hizo Hombre hace 20 siglos, pero sigue con nosotros, siendo pequeño y grande a la vez, débil y muy poderoso. ¡Feliz Navidad!

HOMILÍAS

Inmaculada 2000

1. CATEDRAL DÍA 8

Los católicos celebramos hoy a esa Mujer singular a la que la Iglesia oriental desde hace casi dos milenios llama la “Panagia”, “la totalmente santa”. El pecado original, en efecto, esa realidad misteriosa y para nosotros poco evidente, pues lleva consigo una prolongación de la culpa de nuestros primeros padres en todos nosotros, no tuvo que ver con María: fue preservada de él desde el primer instante de su existencia humana.

Así que a esta Mujer nunca le llegó la sombra del cautiverio del pecado, que se apodera de toda existencia humana y la oscurece. ¿Por qué queda exceptuada María de este cautiverio universal? No sólo por la persuasión teológicamente perfecta: “¡Dios lo podía hacer, convenía que lo hiciera, y por tanto lo hizo!”. Estos mismos muros catedralicios habrán escuchado muchas veces el argumento del brillante teólogo medieval: “Potuit, deuit, ergo fecit”.

María es excepción también porque concebirá, dará a luz y educará al Hijo que tendrá la misión divina de quitar el pecado del mundo, como dice la Escritura, y porque la estrecha relación entre esta Madre y su Hijo no permite que ella arroje ninguna sombra sobre Éste. Ninguna sombra de concupiscencia, de egoísmo y cerrazón en sí mismo de ningún tipo.

Las sencillas palabras de María al ángel de la anunciación: “*He aquí la esclava del Señor*”, tienen una inmensa importancia por esta razón: porque, por muy naturales, muy de la vida diaria y muy simples que parezcan, de ellas depende que venga el Mesías prometido a Israel, que venga para todo el mundo el Salvador y Redentor siempre esperado. ¡Cuánta sabiduría espiritual y pedagógica muestra la Iglesia al colocar la fiesta de la Inmaculada en el inicio del Adviento, de cara a nosotros, que

tanta dificultad encontramos en preparar su venida, que sólo puede traernos bien y paz!

¿Cómo era la vida de María, en medio de la humanidad cautiva del pecado y acostumbrada a él? En primer lugar, a María debieron parecerle infinitamente extrañas las maldades que veía y que experimentaba en todas partes a su alrededor. El pecado es lo primero que le resultaba completamente incomprensible. Su mundo es el mundo de la fe de Israel, de los Mandamientos del Señor, de las oraciones de los salmistas, un mundo en el que se recuerdan las grandes gestas de Dios con acción de gracias, y, al mismo tiempo, que espera, por esta fe, el cumplimiento de la promesa del Señor y ama a Dios y a su alianza con todo su corazón y con todas sus fuerzas. La Virgen ha leído sin duda en la Biblia muchas cosas sobre el pecado, sobre el pecado grave, y probablemente ha tenido también ocasión de verlo a su alrededor, en su entorno. Sin embargo, el pecado está muy lejos de la esfera de su vida, está fuera de sus fronteras.

Por otro lado, María experimenta las consecuencias del pecado de otros en sí misma y, como no se encierra y aísla egoístamente en sí, no puede sino sufrir con ello. Como es un ser irreprochable, no puede pensar en la venganza o en desquitarse. Es una Mujer en este sentido indefensa. Encarna lo que exigirá más tarde su Hijo en su Sermón programático: *“Habéis oído que se dijo: ‘Ojo por ojo, diente por diente’. Yo, en cambio, os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra”* (Mt 5,38-39).

Se han hecho muchas cábalas y también muchas burlas sobre estas palabras, para señalar que son impracticables tanto en la vida social como en la privada. Ahora bien, hemos dicho que María, como Jesús y cuantos quieran seguirle, son indefensos (= no se defienden). Pero indefensión no significa pasividad; ésta no se recomienda nunca en el Evangelio: *“Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestra Padre que está en el cielo”* (Mt 5,16). Den gloria a Dios porque, realmente, hay quienes obran verdaderamente no por poder, sino por amor y pura entrega.

Todo esto puede parecernos muy difícil a nosotros, cautivos del pecado. Pero justamente aquí está la Única que lo pudo, María, la completamente entregada y, por eso, la más activa y la más poderosa, tan poderosa

que hizo nacer a Dios en el mundo. Muchos sueñan, soñamos con imitarla; pero ¡tantas veces hacemos lo contrario, porque no practicamos la entrega total, porque no somos recipientes de fe y amor para el Dios que quiere hacerse Hombre, humanidad y mundo!

Todo el fracaso de los individuos en el trato de unos con otros, de los pueblos por su ambición brutal y su voluntad de aniquilación mutua, todo ese fracaso de los cristianos por su separación, por su enfrentamiento en las distintas iglesias y comunidades, todo ese fracaso está recubierto por el manto de la Inmaculada, como se ha representado muchas veces en las pinturas antiguas.

Ella no es de ninguna manera la gracia, porque ésta es de Dios y procede de Dios, y María es una criatura. Pero es la única criatura que no le ha puesto ninguna resistencia a la gracia y, por eso, no reivindica para sí de un modo egoísta recibida, ni tampoco la usa o aprovecha para sí como pecadora, sino que hace lo que la gracia quiere que se haga con ella: transmitirla, darla, derramarla. Cuando más receptivo es uno para la gracia, tanto más activa, más productiva es la gracia en él, y él en ella.

Por eso, la Inmaculada no es una imagen inmóvil, un icono rígido, exaltada sobre la multitud de los hombres. Es más bien alguien que ensalza a todo este conjunto y lo estructura en el sentido de su Hijo, que quiere hacerse Hombre cada vez más profundamente.

La hemos descrito hace poco como una persona indefensa que vive en el mundo pecador, es decir, que sufre esencialmente en él y por él y para él. Espadas siempre nuevas la traspasaron durante su vida en la tierra, y a los pies de la cruz experimentó definitivamente en su Hijo lo que es el pecado del mundo. Allí su corazón fue abierto y perforado de tal modo que ya no se cerró. *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”* (Jn 19,26).

Así pasó a ser esencialmente la Madre de los cristianos, e incluso de todos los hombres. Y como ella no quiere nada para sí, sino todo para Dios y para su Hijo, su solicitud de Madre consiste en enseñar a todos el espíritu de Cristo, el espíritu de la entrega perfecta de sí mismo, que es al final, sin duda, lo más poderoso del mundo, más poderoso que todos los poderes y potencias, todas las cuales están sometidas a ella.

De vos el Verbo encarnado/ recibió el humano ser,/y quiere toda pureza/ quien todo puro es también. Si es Dios autor de las leyes/ que rigen la humana grey,/ para engendrar a su madre/ ¿no pudo cambiar la ley?/. Decir que pudo y no quiso/ parece cosa cruel,/ y, si es todopoderoso,/ ¿con vos no lo habrá de ser?/. Que honrar al hijo en la madre/ derecho del todo es,/ y ese derecho tan justo,/ ¿Dios no lo debe tener?/. Porque es justo, porque os ama,/ porque vais su madre a ser,/ os hizo Dios tan purísima/ como Dios merece y es. Amén.

2. VIGILIA Y PARROQUIA PURÍSIMA

La Iglesia católica, con la fiesta de la Inmaculada, celebra la salvación divina de los hombres y mujeres. Es una fiesta de la Virgen, pero lógicamente en ella participamos también nosotros, en un sentido muy concreto, aunque no sea muy comprensible a primera vista. (El signo visible de la presencia de Dios en medio de su Pueblo es un Arca, un cofre, que es identificado con María en la liturgia de esta fiesta, pero es “*Arca de la Alianza*”, que en Cristo se hace definitiva y para todos los hombres, cuyo vacío ha de ser llenado por la redención del Salvador).

¿Qué significa la expresión “concebida inmaculada” o, como también se dice en la teología católica, “concebida sin mancha de pecado original”? Significa, en pocas palabras y diciendo lo central, que la persona en la que apareció el Hijo de Dios recibió en sí este don del cielo con una disponibilidad, sinceridad y entrega inmensas, no limitadas absolutamente por nada. Con un sí sin ninguna reserva y condición, sin un “sí, pero...”, “sí, cuando...”, “sí, según las circunstancias...”, “sí, ya veremos...”. De este modo a esta fiesta se le podría llamar también la del sí puro y total a Dios.

¿Y qué es el pecado original? La deficiencia moral de todo hombre que viene al mundo como miembro de la especie humana. Cada uno de nosotros sabe por sí mismo algo de esto. Sabe que no es como debería ser y podría ser. Cumple con sus obligaciones simple y llanamente, pero justamente en parte bien y en parte mal. Ama sin más a sus semejantes, pero precisamente cuando intenta amarlos correctamente, experimenta que los ama poco, es decir, que debería amarlos todavía mucho más desinteresadamente. Todas su obras quedan por debajo del nivel ideal.

Casi siempre nos consolamos diciendo: “Errar es humano; tampoco se puede exigir a los otros más, y hago realmente lo que puedo”. Al decir esto, estamos sintiendo exactamente que tendríamos que poder más. Este déficit personal, que cada uno experimenta en lo más íntimo de sí, es al mismo tiempo un déficit general, social. El niño lo va descubriendo en su entorno y al mismo tiempo en él. El joven se rebela quizá contra esto, quiere ser distinto de los demás, aspira a lo sublime y a una mayor libertad; pero se viene abajo, se queda rezagado por detrás de su ideal y poco a poco se resigna a ser también “sólo uno más”...

A los jóvenes les gusta hablar -espero que todavía lo hagáis- de cambio total del estado del mundo. Pero sois muy ingenuos si pensáis que éste puede producirse cambiando las estructuras sociales. Los menos ingenuos ven que se pueden cambiar ciertamente las estructuras con violencia, o que éstas cambian también totalmente por sí mismas con el paso del tiempo; de todas formas, éstos últimos reconocen que el ser humano, como animal gregario, siempre es igual de egoísta.

¿Qué decir de estos temas? Al menos diremos algo: si las estructuras, por muy buenas que sean, quitan el compromiso personal, nuestra lucha de cada día, el ser humano rinde menos que antes, como lo demuestran tantos ejemplos hoy; y desgraciadamente comprobamos que, incluso cuando se eleva la capacidad de rendimiento en nosotros, aumenta también con frecuencia la ambición, la fanfarronería, la competitividad y la altanería, unida al desprecio de los otros.

Echemos una mirada a la antigua Israel anterior a la época de Jesús. En él existía, quizá como en ningún otro pueblo, el deseo de un cambio total del estado del mundo. De un reino en el que todas las cosas estuvieran en su sitio. Pero Israel sabía también que este reino no podía producirlo por su propias fuerzas. Tenía que hacerlo Dios. Como dice el profeta Isaías en estos días de Adviento, Dios tenía que rasgar el cielo y bajar, del mismo modo que la lluvia cae de lo alto a la tierra y reaviva en el terreno seco lo que está oculto en él como semilla y posibilidad, para que la tierra se cubra de verde y brote y fructifique y dé pan al sembrador y frutos al que planta. Esto lo sabía los piadosos y creyentes de Israel. Nosotros somos el terreno seco, no haremos nunca el bien por nosotros mismos; tiene que venir Dios, como lluvia y rocío, y capacitarnos para poder hacerlo, por Él y junto a Él.

Otra cosa sabía Israel: Aquí, entre los hombres, todo está mezclado. Lo injusto y lo justo, lo bueno y lo malo, lo conforme a Dios y lo impío, no sólo en la sociedad, sino también en cada uno de los corazones. Quizá el pueblo judío vio esto segundo menos claro que lo primero, aunque también hay pasajes en el AT que piden a Dios que purifique el corazón de sus pecados desconocidos, inconscientes, para que quede claro si confía en Dios solo.

La primera idea fue más poderosa: Dios debe venir para un Juicio de salvación, que separe a los buenos de los malos, elija a los primeros, rechace a los segundos, para que, finalmente, en el reino mesiánico, surja un orden en el mundo: el orden sin mancha de un reino de la tierra como en el cielo, liberado de todo lazo de culpabilidad social. ¿No bullen en nosotros en ocasiones este mismo ideal, esta aspiración?

Aquí tenemos realmente todo lo necesario para la comprensión histórica de la fiesta de la Inmaculada, pero en ella hay más. En esta fiesta, sí, se cumple la esperanza de Israel con respecto a un cambio total del mundo por Dios. Sin embargo, una vez más -como ocurre siempre en el paso del AT al NT- la esperanza queda superada y vuelta del revés. La salvación que viene de Dios, precisamente porque viene de Dios, tiene unas características completamente distintas de lo que cualquier hombre puede imaginar.

¿Dónde está la diferencia? El hombre, también el piadoso y justo, siempre pone límites, inconscientemente, automáticamente, porque es un ser esencialmente en pecado original que tiene esta tendencia: “¡Sí, pero!”. “¡Sí, si Dios actúa como yo me imagino que debe actuar un Dios verdadero!”. Pero Dios es ilimitado y quiere suprimir los límites que pone y que exige el hombre. Si viene, no lo hace para trazar una frontera entre los piadosos y los impíos, o entre judíos y gentiles. Su mismo juicio será salvación, y no como se imaginan los hombres, salvación sólo para una parte, sino salvación universal.

Dios viene, como Israel lo espera, a la vez como juez y salvador, pero no para separar y poner límites, sino -y esto no lo espera Israel- para juzgar como salvador y salvar como juez. Sabemos como lo hizo: como el Cordero de Dios que cargó sobre sí los pecados del mundo, los pecados de cada uno, lo tuyos y los míos, los de los judíos y también los de los gentiles, los de los piadosos como también los de los impíos.

Ahora vemos el sentido de la fiesta de la Inmaculada: Dios quiere derribar los límites que han puesto los hombres, quiere transmitir su salvación al reino terrenal como la lluvia y el rocío cae en la tierra. En alguna parte de la tierra debe producirse una respuesta a su palabra, no a medias, sino total, no aproximada, sino exacta. Y allí es donde precisamente Él va a venir. Pero debe ser aceptado y acogido por la tierra; si no, no vendría. Para cargar con lo nuestro, tiene que ser uno de los nuestros; no puede llevarlo desde fuera, sólo puede llevarlo desde dentro.

Y para esto debe ser Dios admitido, no sólo físicamente, como, por ejemplo, una mujer forzada concibe de un varón que la somete por la fuerza, sino “con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”. Del cielo tiene que recibir la tierra la gracia que viene, para que ella pueda venir realmente a la tierra y realizar su obra de salvación. Esto no lo podría conseguir la tierra por sí sola. Lo hemos visto en el AT. Pero el sí que se necesita para recibir al cielo en la tierra es un sí sin condiciones y sin limitaciones, como el de María. Y un sí de este tipo sólo puede serle dado a la tierra, representada en la Virgen, del depósito del amor del cielo.

Y más aún. El niño que recibirá el nombre de Jesús crecerá en el seno de esta Madre y será criado y educado por ella después del nacimiento. Al hijo le da una madre no sólo su carne y sangre, sino con ellas también algo de su alma y de su espíritu. Jesús tiene que aprender de su Madre cómo un hombre ha de comportarse con respecto a Dios, cómo le dice sí a Dios sin límites. Tiene que aprenderlo de ella no sólo con las palabras, sino de la única manera que los hijos aceptan realmente algo: con el ejemplo.

Esta Madre nunca engaña. Se puede confiar en ella tan totalmente como se confía en el Padre del cielo. Lo mismo que Jesús con respecto a Dios no pone límites de confianza, tampoco los pone frente a su Madre; y con esto aprende **humanamente** que las barreras del pecado original, que suscitan entre los hombres prejuicios últimos, pueden realmente desaparecer. Esta experiencia humana la necesita Cristo para poder cumplir la gran misión de su Padre: destruir el pecado del mundo, esa barrera contraria a Dios, cargarlo sobre sus hombros, como Sansón desquició y arrancó una noche las gigantescas puertas de la ciudad de Gaza.

Así, pues, Dios se procura un corazón humano abierto en María, en el que Él pueda entrar sin que le den límites y del pueda servirse también

para su obra redentora, sin que este corazón en ningún momento se detenga y diga “hasta aquí y no más”. Un corazón al que se pueda creer capaz de todo, al que se le pueda exigir, y que, sin embargo, en virtud de su sí, siga siempre adelante, hasta la cruz, hasta la noche del abandono, siempre con la misma humildad, con la misma actitud de servir a una obra de salvación, cuyo sentido en la cruz y el Viernes santo no pueden verlo ni la Madre ni el Hijo.

Y nosotros, ¿qué pintamos en toda esta trama? “La luz vino a su casa..., y los suyos no la recibieron”. Es verdad: esto se puede decir de todos nosotros, de nosotros que estamos bajo las consecuencias del pecado original, pese a nuestro Bautismo, y que ponemos límites a la acción de Dios, que en un determinado momento rechazamos el seguimiento de la luz. Pero no olvidemos que el texto del Prólogo de san Juan continúa: “pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios”.

Cierto: este texto puede decirse, en primer lugar, de María que recibió verdaderamente y sin condiciones la luz (“*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra*”). Pero, gracias a Dios, puede decirse luego de todos aquellos que seguimos, lo mejor que podemos, su ejemplo, que *querríamos* realmente decir sí y confiar de este modo en la gracia del Hijo y en la intercesión de la Madre.

No lo dudemos: Dios, por su Hijo Jesucristo, nos llama a la disponibilidad total hacia Él, para decirle sí al mundo y éste se salve. Dios quiere nuestra apertura como la de María para crear su Reino, para plantar la Iglesia en nuestro mundo, para que haya un Pueblo que conozca a Dios y sus maravillas. Jesucristo necesita de nuestro corazón humano de sacerdotes, de Obispo, de padre y madre, de esposos, de jóvenes y de niños, para que pueda haber verdadera libertad, verdadera comunidad cristiana, para posibilitar los posibles cambios de estructuras e injusticias desde dentro. ¿No te sentirás aludido? ¿No te sentirás llamado o llamada? Háblalo con María. Sabe mucho de esta ciencia.

Misa del Gallo 2000

Hermanos, queridos del Señor:

Celebramos los dos mil años del nacimiento del Hijo de Dios, allí, en Belén de Judá, allí donde en esta noche la incertidumbre de la violencia entre palestinos y judíos nos llena de tristeza. Lo hemos expresado con el anuncio de la Calenda: ya hemos recibido a Jesús adorándolo poniéndonos de rodillas. En realidad, este nacimiento lo hemos celebrado con este año del Jubileo que terminará el 6 de enero, en la fiesta de la manifestación del Dios hecho hombre ante todos los pueblos de la tierra.

Con toda alegría, pues, en esta Navidad jubilar, deseémonos mutuamente lo mismo que los peregrinos hebreos deseaban a su querida ciudad de Jerusalén: ¡La paz contigo! La paz de Dios en cada uno de nosotros, y en nuestra Iglesia de Salamanca, y en nuestro mundo. Él, ese Niño, anunciará la buena noticia a los pobres y llamará a todos a seguirle. Y allí, en la cruz, mostrará lo que de verdad significa amar. Y su amor vencerá a la muerte, y abrirá caminos de vida para siempre.

Hace dos mil años. Y nosotros, como María, conservamos esta memoria en nuestro corazón y por la conmemoración litúrgica vivimos de nuevo la Navidad. Si no la vivimos y nos limitamos a recordarla, la alegría será efímera. La gran noticia de la Navidad es que “Dios está con nosotros”. Y si el Hijo de Dios ha querido hacerse hombre -y eso continúa hoy =hodie-, la humanidad tiene futuro.

Dios ha sido fiel a su promesa. En Jesús, su Hijo, ha roto su silencio y su Luz ha penetrado en las tinieblas: Dios entró en la vida de los hombres como un hombre, tomó forma humana de modo que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva del ser humano han sido imantados por Él. Pero sólo el que silenciosamente escucha y acoge la Palabra es iluminado por la claridad de esta noche. Así nuestra alegría no será engañosa, si nos acercamos al misterio con un corazón humilde y creyente.

El que reconoce a Jesús como el Mesías prometido nace de nuevo y se convierte en Navidad. Pero como esta gracia cristiana de la Navidad tiene forma de un encuentro con el recién nacido, como es algo que nuestros ojos ven, que toca nuestro corazón, que se puede asir con nuestras

manos, se requiere ser dóciles y dejarse guiar por su Luz. Gustemos hoy el gozo de la paz anunciada por los ángeles y la anunciaremos como mensajeros.

“Puesto que ha llegado el tiempo de hablaros, hermanos, de la venida y de la encarnación del Señor, no son días éstos en que se pueda callar. *Regocíjate, Sión; mirad que viene tu rey.* Regocíjate, Sión, es decir, cada uno de nosotros, pensando en los bienes futuros, rechazando de nosotros los males. *Mira, viene a habitar en medio de ti.* ¿Quién es este morador sino el que quiso hacernos suyos, congregarnos y confirmarnos como pueblo predilecto? Este morador es aquel de quien en otro lugar cantó el profeta, diciendo: *Habitaré y caminaré con ellos; seré su Dios, y ellos serán mi pueblo*” (De unos sermones antiguos traducidos del griego al latín: PLS 4, 770-771).

Esta es una fiesta muy entrañable, porque “*hoy, queridos hermanos, ha nacido nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar a la tristeza cuando acaba de nacer la vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad, y nos infunde la alegría de la eternidad prometida*” (San León Magno). Es así: sin nadie esperarlo nació la alegría, que se nos anuncia de nuevo, como a los pastores, según lo expresa santa Teresa: ¡Ah pastores que veláis por guardar vuestro rebaño! Mirad que os nace un Cordero, Hijo de Dios soberano”.

“¡Enhorabuena venga tal día, exclama san Juan de Ávila, en el cual el Padre Eterno nos da a su Hijo y su Santa Madre también, y el Niño lo ha por bien! Qué resta sino que echando de mí los pecados, reciba ya aqueste Niño y lo ose llamar de aquí adelante con gran regocijo: Niño mío y Dios mío”. No es cualquier quien nace. No es, como se atrevió a decir en su petulancia un columnista de alguno de nuestros periódicos salmantino, “que nace el hijo de ese tipo que dice estar en todas partes”. Nace quien ha enriquecido como nadie a la humanidad, quien da sentido a la vida de los hombres.

“*Nosotros no sólo no conocemos a Dios si no es por Jesucristo, sino que tampoco no nos conocemos a nosotros mismos. Nosotros no conocemos la vida, la muerte, si no es por Jesucristo. Fuera de Jesucristo no sabemos lo que es ni nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos*” (B. Pascal, *Pensamientos*). Todo este aspecto de la Navidad la

desconoce nuestro airado columnista, enfadado porque no le gustan ciertas cosas unidas a la Navidad sin ser la verdadera Navidad, atacando injustamente a ésta. ¡Cómo si los católicos no tuviéramos que soportar estas mismas deformaciones de Navidad y otras lastimosas expresiones “culturales” contra la sensibilidad de los creyentes en otros momentos porque ahora gozamos de libertad de expresión!

Muchos desconocen, por ejemplo, que “*Cristo, Hijo de María siempre Virgen, luz y esperanza de quienes te buscan, aun sin conocerte, y de quienes, conociéndote, te buscan cada vez más. Cristo, ¡Tú eres la Puerta! A través de ti, con la fuerza del Espíritu Santo, queremos entrar en el tercer milenio. Tú, Cristo, eres el mismo ayer, hoy y siempre(cf. Heb 13,8)*”. (Juan Pablo II, Mensaje en la bendición *Urbi et orbi* del 25 de diciembre de 1999).

“*Porque siempre es Navidad en Belén, todos los días es Navidad en los corazones de los cristianos «seamos muchos o pocos». Y todos los días estamos llamados a proclamar el mensaje de Belén al mundo. Es un gozo para hoy una buena nueva de gran alegría: la Palabra Eterna, Dios de Dios, Luz de Luz, se ha hecho carne y habita en nosotros*” (Juan Pablo II).

Dice el Salmo 85, 13: “El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto”. Hoy se cumple este Salmo, con el nacimiento de Cristo y su conmemoración litúrgica cada año. “Para esto miró «Dios» desde el cielo: para compadecerse de su obras. *Y nuestra tierra dará su fruto*. La fidelidad *brotó* de la tierra, así, en pasado. Ahora se expresa en futuro: y nuestra tierra *dará* su fruto. No debéis desesperar por haber nacido «Jesús» una sola vez de María: a diario nace en nosotros. *Y la tierra dará su fruto*: También nosotros, si queremos, podemos engendrar a Cristo. *Y la tierra dará su fruto*: del que se confeccione el pan celestial. De él dice: *Yo soy el pan bajado del cielo*.

Todo lo dicho se refiere a la misericordia de Dios, que vino precisamente para salvar al género humano” (San Jerónimo, *Tratado sobre el salmo 86*). Feliz Fiesta de la Navidad de nuestro Señor Jesucristo, hermanos. El Deseado de las naciones ha nacido para nosotros. Estamos de enhorabuena.

DECRETOS

Listado de Nombramientos

- D. Pablo Fernando Lamamie de Clairac y Palarea, vicario parroquial de San Juan Bautista (12-9-2000).
- P. Nereo Silanes, Director diocesano del Orden de las Vírgenes (13-10-2000).
- P. Aurelio Cayon Díaz, párroco de Barbadillo, Galindo y Perahuy, Carnero, El Tejado (19-10-2000).
- P. José Ignacio Moreno Santamaría, párroco de El Encinar-Cisnes, y como vicarios parroquiales: P. Joaquín Garre Artés y P. Jesús Hierro Labarga (19-10-00).
- D. Jesús Porras Trigo, párroco de Sanchón de la Rivera, Robledo Hermoso y Villar de Samaniego (11-10-2000).
- D. Juan Líbano Bravo, vicario parroquial de San Juan de Mata (3-11-2000).
- D. Carlos Lucas Rodríguez, archivero diocesano (7-11-2000).
- D. Dionisio Parra Sánchez, confesor ordinario de las MM. Clarisas (8-11-2000).
- D. Francisco Javier Rodríguez Enríquez, secretario general de Cáritas diocesana (8-11-2000).
- D. Toribio Plaza Galán, confirmado presidente de la cofradía del Santísimo de Vitigudino (8-11-2000).

Listado de Ceses

- P. José Luis Lozano Ramos, párroco de Barbadillo, Galindo y Perahuy, Carnero, El Tejado (19-10-2000).

- D. Ramón Campos Medina, párroco de El Encinar-Cisnes (19-10-2000).
- D. Ignacio Emilio Gómez Carreño, párroco de Sanchón de Rivera, Robledo Hermoso y Villar de Samaniego (11-10-2000).
- P. Domingo Ciordia Azcona, vicario parroquial de San Juan de Mata (3-11-2000).
- D. Rafael Sánchez Pascual, archivero diocesano (7-11-2000).

Decretos

MONS. BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA, OBISPO DIOCESANO DE SALAMANCA:

Por el presente, recibida la solicitud del Superior Provincial, concedo autorización para que la Congregación de los Sagrados Corazones abra una comunidad religiosa en el Encinar.

Dado en Salamanca a 19 de octubre de 2000.

Braulio, Obispo de Salamanca
Miguel Martín Yuste, Canciller-secretario

BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA POR LA GRACIA DE DIOS DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE SALAMANCA

Por el presente decreto:

Que los límites que separan el territorio de las parroquias de San Marcos y Santa Teresa, en la ciudad de Salamanca, varíen levemente con respecto a la situación actual y por razones pastorales queden señalados de la siguiente manera: “partiendo de la confluencia de la actual Avda. de Portugal con la C/ Islas Canarias, el límite entre las susodichas parroquias queda establecido en la línea imaginaria que pasa por las Calles, Islas Canarias, Melchor Cano, Plza. Del Oeste y C/ Wences Moreno, pertenecien-

do ala parroquia de S. Marcos el territorio situado al Este de esta línea y a la de Sta. Teresa el situado al Oeste de la misma, conforme al plano adjunto”.

Dado en Salamanca a 5 de diciembre de 2000.

Braulio, Obispo de Salamanca
Miguel Martín Yuste, Canciller-Secretario

OTROS

Mensaje de Navidad 2000

Cercana ya la fiesta de Navidad, en la sociedad compleja en que vivimos, es preciso ser perspicaces, y saber qué es en realidad NAVIDAD. “Dios está con nosotros”, es la gran noticia de la Navidad. Lo demás viene después. Lo importante es que Dios ha querido hacerse hombre, y por eso la humanidad tiene futuro.

La Navidad es tan grande que llega a todos, aunque sea de diversa manera; por eso se puede hablar de muchas maneras de vivir la Navidad, y no todas son maneras cristianas de vivirla.

En Jesús de Nazaret Dios ha sido fiel a sus promesas; en Él nos ha descubierto su secreto escondido: para darse a conocer de verdad, el Hijo eterno de Dios entró en la vida de los hombres, tomó forma humana de modo que la capacidad imaginativa y afectiva del ser humano se vieron como “bloqueados”, imantados por Él. El acontecimiento cristiano tiene la forma de un encuentro: es algo que nuestros ojos ven, que toca nuestro corazón, que se puede agarrar con nuestras manos.

Pero hoy como ayer, como en la Primera Navidad, únicamente el que silenciosamente escucha y acoge la Palabra es iluminado por la claridad de este día. De este modo, el que reconoce a Jesús como el Mesías prometido nace de nuevo y se convierte en Navidad. Por eso no es suficiente celebrar hoy la Navidad, es necesario vivirla. Y hoy esta operación requiere esfuerzo, ser dóciles y dejarse guiar por la Luz de Belén, gustando hoy el gozo de la paz anunciada por los ángeles.

Sin embargo, no podemos cantar hoy la gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres, ni anunciarla, si no estamos cerca de los que carecen de paz. Aquí en nuestra España, donde la mentira y la cobardía del terrorismo etarra amenaza ante todo a las víctimas, aunque todos estamos amenazados. En nuestro mundo, guerras despiadadas en la Tierra de Jesús, en

África, en tantos sitios con injusticias despiadadas; en nuestra tierra y en todo el planeta la globalización económica no entiende de misericordia ni de compartir, abriendo brechas cada vez mayores entre los países pobres y los ricos, mientras las tecnologías más avanzadas científicamente no tienen en cuenta a la persona humana.

Para que nuestra alegría en Navidad no sea engañosa necesitamos acercarnos al misterio de Belén con un corazón humilde y creyente. Como Obispo de Salamanca, os invito a hacerlo así, a los católicos y a cuantos quieran hacerlo: la Navidad es para todos. ¡Feliz Navidad!.

Curia diocesana

VICARÍA GENERAL

Decreto

JOSÉ JOAQUÍN TAPIA PÉREZ,
VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS
POR ÉL PRESENTE DECRETO:

Que sean convocados todos los miembros de la Cofradía de la Santa Veracruz del Redentor y la Purísima Virgen María su Madre para el domingo 17 de diciembre de 2000 a las 11 horas de la mañana en el salón de actos del Colegio Mayor “M^a Ana Mogas” sito en el paseo de Carmelitas 47-51 de Salamanca.

El orden de esta reunión será:

1. Lectura del Decreto de erección de la Cofradía como Asociación Pública de Fieles firmado por el Sr. Obispo de Salamanca.
2. Elección de los cargos de presidente, vicepresidente y secretario.

La reunión la presidirá el Sr. Vicario General de la Diócesis, el cual estará acompañado en la mesa por el miembro presente de mayor edad y el de menor edad.

El presente decreto se enviará a todos los miembros de la lista presentada en la Cancillería del Obispado con número de entrada 080, con la salvedad que cuando varios miembros de una familia pertenezcan, se enviará a uno de la casa, el cual comunicará al resto el contenido de este decreto.

Dado en Salamanca a 5 de diciembre de 2000.

Joaquín Tapia Pérez,
Vicario General

Miguel Martín Yuste,
Canciller Secretario

CANCILLERÍA—SECRETARÍA

Nota sobre la cancelación de datos personales en los registros de bautismo de la Iglesia Católica

1. Al efectuarse el bautismo de una persona, se efectúa en el correspondiente libro parroquial un asiento del bautizo realizado.

2. El hecho de que una persona se considere o no católico, practique o no la religión, es distinto de si fue o no bautizado. El bautismo es un hecho histórico del que puede quedar constancia de muchos modos (fotografías, notas de prensa, tarjetas conmemorativas, películas,...), y también mediante la anotación en un libro del registro parroquial. Todos estos documentos, incluido el propio registro, testimonian la realización de un hecho y no prejuzgan las creencias posteriores de las personas ni su pertenencia a la Iglesia.

3. Una persona tiene derecho a que la utilización de la información sobre su condición de antiguo católico, como dato de carácter personal, requiera un consentimiento inequívoco antes de que sea tratado en el sentido que lo entiende la Ley Orgánica 5/1999, de 13 de diciembre, de Protección de Datos de Carácter Personal. Por tanto, si el dato de su condición de católico figura en algún fichero organizado como tal, parece que tiene derecho a que aquél sea cancelado. Pero ya ha quedado claro que el asiento registral del bautismo no es prueba de la condición de católico.

4. La Iglesia Católica no posee ficheros de sus miembros, ni relación alguna de ellos. Las encuestas que Organismos especializados puedan, por ejemplo, realizar sobre asistencia a la misa dominical, ni son oficiales, ni son nominales, ni son objeto de manipulación o utilización personal por parte de la Iglesia. La Iglesia Católica, al no poseer ficheros de datos, no está en condiciones de cancelarlos.

5. Por lo que hace el asiento en el libro de bautismo, el acuerdo, de 3 de enero de 1979, entre el Estado Español y la Santa Sede sobre Asuntos

Jurídicos, en su Apartado II. 6 establece que: “*El Estado respeta y protege la inviolabilidad de los archivos, registros y demás documentos pertenecientes a la Conferencia Episcopal Española, a las Curias Episcopales, a las Curias de los Superiores Mayores de las Órdenes y Congregaciones religiosas, a las Parroquias y a otras Instituciones y Entidades eclesíásticas*”. De este modo, tanto el Estado como la Iglesia están obligados a garantizar la inviolabilidad y, por tanto, la confidencialidad de los mencionados archivos que no pueden ser cancelados.

6. Es, en consecuencia, claro que, de una parte, el asiento en el registro bautismal no se cancela y, de otra parte, que no es identificable con la pertenencia a la Iglesia Católica, pertenencia que consiste en una actitud personal de la que la Iglesia Católica no necesita tomar nota oficial, como tampoco posee nota oficial de que una persona sea o no católica.

7. Toda persona tiene abierta la vía de reclamación, primero administrativa ante la Agencia de Protección de Datos, y luego judicial mediante el recurso contencioso-administrativo, si entendiéndose que sus derechos no han sido debidamente reconocidos o protegidos.

Madrid, 6 de Julio de 2000.

Crónica Diocesana

Día de la Iglesia diocesana

Bajo el lema “*Tu Iglesia te llama: haces falta en casa*”, el 19 de noviembre se celebró el día de la Iglesia diocesana. Cada mes de noviembre, desde que se celebró el Concilio Vaticano II, nuestra Iglesia nos recuerda que se encuentra inmersa en cada una de las diócesis y que, a quienes creemos en ella, falta nos hace sentirla como tal, más allá de vivirla con ojos y cabeza gacha sin mirar no mucho más lejos de nuestra parroquia. Éste es el principal objetivo que se marca en el día en el que celebramos la Jornada de la Iglesia diocesana: descubrir la importancia del significado de la diócesis en cuanto que es una porción del pueblo de Dios presidida por un obispo, donde se hace presente la Iglesia Universal. En definitiva, descubrir la realidad de nuestra iglesia a través de nuestra diócesis.

El lema de este año: “*Tu Iglesia te llama: haces falta en casa*”, nos invita a vivir la Iglesia en familia de forma solidaria y acogedora, para sentirnos miembros vivos de una comunidad. En este día se nos invita también a contribuir económicamente, en la medida en que cada uno pueda, para ayudar a sostener esa casa en la que todos habitamos, máxime teniendo en cuenta el notable deterioro que sufren innumerables templos de la provincia salmantina.

La Iglesia de Cristo, Iglesia acogedora, se siente en este día más universal que nunca, dejando claro que no es una Iglesia de particularismos, sino una Iglesia abierta a toda la humanidad. Existe una falta de sensibilidad que focalice la visión en una comunidad solidaria en la que debemos compartir.

Pese a que ha habido un periodo de quietud, la comunidad cristiana, las autoridades y municipios han descubierto la necesidad de ponerse manos a la obra en los templos deteriorados, que no son pocos.

Un total de 22 obras de carácter urgente y otras 16, menos urgentes, pero necesarias, requieren fortalecimiento de muros y cubiertas. Son cuestiones estructurales, en definitiva, de suma importancia y celeridad.

Jornadas de formación litúrgica

El lunes 20 de noviembre, tuvo lugar en el Obispado la primera charla de formación sobre el tema litúrgico, estuvo a cargo de Jesús Terradillos, Delegado diocesano de Liturgia. La primera sesión se centró en la Liturgia como participación activa, consecuente y fructuosa en las celebraciones litúrgicas. Se insistió, así mismo, en las actitudes de acogida, adoración y alabanza con acción de gracias para que los fieles entren en el Misterio Salvador de Cristo, su Pascua, núcleo y centro de toda la vida cristiana.

En el coloquio Jesús Terradillos destacó la necesidad de un programa de educación que ayude a la comunidad a *“dar un salto cualitativo en su forma de participar en las celebraciones, tomando conciencia de las realidades fundamentales de nuestra fe, que tienen que ver con el núcleo central de la religión y de la liturgia,.. y no debe olvidarse que tenemos como fuerza, luz y acompañante al Espíritu Santo, presente en todas las celebraciones de la Iglesia”*.

Celebración del Envío

El día 16 de noviembre se celebró en la Catedral Vieja la ya tradicional Celebración del Envío, en la que se congregaron cerca de trescientos catequistas, voluntarios, animadores y profesores cristianos. Con la intención de ser más concientes de que en su misión pastoral son enviados por nuestro obispo. Agentes de pastoral de toda la Diócesis participaron en esta actividad organizada por la Vicaría de Evangelización.

XIII Aniversario de la ordenación episcopal de Mons. Braulio Rodríguez Plaza

El pasado 20 de diciembre nuestro obispo Braulio celebró el décimo tercer aniversario de su ordenación episcopal. Por ese motivo, se celebró una eucaristía en la Catedral Vieja en la que participaron numerosos seglares, religiosos y sacerdotes.

Desde aquel 20 de diciembre de 1987, don Braulio ha sido cabeza de dos diócesis; primero de la vecina Osma-Soria y desde 1995, de Salamanca. En estos trece años lo más complicado ha sido el día a día, pero Don Braulio señala que no todo son problemas y situaciones difíciles, ya que hay momentos muy gratificantes.

Peregrinación a Roma para la beatificación de cuatro salesianos salmantinos

La delegación diocesana de Salamanca ha organizado una peregrinación a Roma para asistir a la beatificación de cuatro salesianos salmantinos.

El domingo, 11 de marzo, *Pedro Mesonero Rodríguez* (de Aldearrodrigo), *Antonio Martín Hernández* (Calzada de Béjar), *Julián Rodríguez Sánchez* (de Salamanca) y *Eliseo García García* (de El Manzano) serán beatificados en la Plaza de San Pedro en Roma.

La peregrinación, que estará presidida por nuestro obispo, Braulio Rodríguez, partirá de Salamanca el 10 de marzo. El domingo, 11 de marzo, los peregrinos asistirán en la plaza de san Pedro a la solemne beatificación. El lunes, 12 de marzo, por la mañana tendrán una audiencia con el Papa y por la tarde se regresará a España.

Desde la Delegación Diocesana de Peregrinaciones se invita a todos los familiares de los mártires, vecinos y amigos de la familia salesiana a unirse a esta peregrinación.

Información:

Manuel Cuesta Palomero
Delegación de Peregrinaciones
C/ Iscar Peyra, 26
Tfno.: 923 21 82 05

Necrológicas

La alegría de Sor María Isabel

Ha muerto sor María Isabel. Tenía 105 años. Nacida en el siglo XIX ha muerto, ya prácticamente en el siglo XXI. Decía un pensador que *“los que alcanzan una dilatada ancianidad, están como purificados del cuerpo”*. Esto es lo que pensaba nuestra hermana Sor Isabel.

Vino al mundo en Salamanca en una familia muy religiosa y tuvo un hermano sacerdote. Entró en el Monasterio de Santa Isabel, el día 17 de mayo de 1921 y profesó el día 30 de diciembre de 1922. Desde entonces ha sido una monja ejemplar. Tenía un alma grande, limpia, inocente. Muy delicada y sencilla, era un encanto escucharla y percibir un aroma de placi-

dez y de infancia espiritual. Lo suyo era sonreír. También se reía con franqueza, porque las hiles del mundo no habían anidado en su corazón. Religiosa observante estaba muy atenta de los demás, de los problemas ajenos, de los parientes de aquellos que le eran especialmente queridos, por quienes se interesaba y a quienes recordaba con su privilegiada memoria. Era primorosa en sus labores, que ahora quedan en la Comunidad como una delicia para la vista y como un ejemplo de trabajo bien hecho.

Ha muerto cargada de años y de méritos, cada vez más mínima y espiritualizada. Como una uva dulce, pequeña y concentrada, que se pone sin ruido en la mano del Señor.

Sobre su frente virginal ponemos un beso y sobre su corazón cansado la Gran Cruz de los escogidos.

Para ti la paz, Sor María Isabel. Te recordamos con gozo.

Iglesia en España

LXXV Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española

**Discurso inaugural del Emmo. y Rvdm. Sr. D. Antonio-María
Rouco Varela
Presidente de la Conferencia Episcopal Española**

Madrid, 20-24 de noviembre de 2000

Eminentísimos señores Cardenales,
Excelentísimo Sr. Nuncio Apostólico,
Excelentísimos señores Arzobispos y Obispos,
Queridos hermanos y hermanas todos:

Un saludo muy cordial a todos los miembros de la LXXV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal, y a cuantos comparten nuestros afanes pastorales en esta Casa y en cada una de las Iglesias particulares que peregrinan en España. Mi especial recuerdo, orante y agradecido, para Mons. D. Laureano Castán Lacoma y Mons. D. Jesús Pla Gandía, ambos Obispos eméritos de Sigüenza-Guadalajara, y para Mons. D. Braulio Rubio Repullés, Obispo emérito de Salamanca, fallecidos en este Año jubilar (q.e.p.d.). Saludo también a los amigos representantes de los medios de comunicación social.

I. AL FINALIZAR EL AÑO JUBILAR

Si el comienzo de las celebraciones jubilares del año 2000 de la encarnación del Hijo único de Dios, el momento culminante de la historia de la salvación¹, constituía un singular ámbito histórico-teológico y una referencia extraordinaria para nuestros trabajos de la Asamblea Plenaria de hace un año, en esta ocasión, cercano ya el final del Año Santo, los dones del Jubileo llenan el corazón de agradecimiento porque hemos podido escuchar, con “particular sensibilidad”, lo que el Espíritu habla a la Iglesia y a las Iglesias, y a cada uno de nosotros², a lo largo de este Año Jubilar.

La Conferencia Episcopal Española, en el marco de su LXXIII Asamblea Plenaria, tuvo a bien celebrar, ante la proximidad del “Año de Gracia del Señor”, un solemne “Pregón del Año Jubilar”³ en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena de Madrid. Con tal motivo invitábamos a poner “los ojos del corazón”⁴ en el acontecimiento central de la historia, en el que tiene su origen el cristianismo; en aquél momento e instante en que Dios en Persona viene al encuentro de todos los hombres: el nacimiento de Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado por obra del Espíritu Santo en el seno de Santa María, el Emmanuel, verdadero Dios y verdadero hombre, que se hizo carne para que la carne participase de la gloria divina y pudiese ver a Dios, pues la contemplación de Dios vivifica al hombre, y la vida divina del hombre constituye la gloria de Dios⁵.

En comunión con toda la Iglesia y su Pastor, el sucesor del apóstol Pedro, nos disponíamos a vivir el Año Santo en cada diócesis, como “año agradable al Señor, año de misericordia y de gracia, año de reconciliación y de perdón, de salvación y de paz”⁶, para glorificar “a la Santísima

1 Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 10.

2 Cf. *Ibidem*, 23; cf. Apoc. 2.7 ss.

3 Cf. A. M. Rouco Varela, *Pregón del Año Jubilar*, edición preparada por el Comité para el Jubileo del Año 2000 de la Conferencia Episcopal Española, (Catedral de Santa María la Real de la Almudena, 24 de noviembre 1999), Madrid 1999.

4 Cf. Ef. 1,18.

5 San Ireneo, *Adversus haereses* IV,20,7: “Porque gloria de Dios es el hombre dotado de Vida; y Vida del hombre es la visión de Dios”. Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 6.

6 Comité Central para el Jubileo, *Bendito sea el Señor por los siglos. Rito de apertura del Gran Jubileo del Año 2000 en las Iglesias particulares, Proclamación del Gran Jubileo*, V.

Trinidad, de la que todo procede y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia”⁷.

Un año después podemos proclamar las riquezas de la “gran experiencia interior” jubilar que acompañaron a las numerosas iniciativas y celebraciones⁸, y a los innumerables signos y gestos con los pobres y necesitados que muestran y anticipan el amor que brota eternamente del Corazón de Jesucristo Resucitado; éstos quedan escritos en el libro de la Vida⁹.

Un año después, y agraciados por las indulgencias jubilares, renovamos nuestra profesión de fe en Jesucristo, el solo Señor¹⁰, único y universal Salvador del hombre, y damos gracias a Dios Padre porque, en Jesucristo, nos ha concedido el conocimiento de la salvación, “porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”¹¹. Proclamamos, con gozo, con las palabras de san Juan de la Cruz que “Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo, dándonos el Todo, que es su Hijo”¹².

II. LA DECLARACIÓN ‘DOMINUS IESUS’

Juan Pablo II, en el corazón del Año Jubilar, prestó, una vez más, con su incansable ministerio, un servicio impagable a la Iglesia Católica –a los obispos, a los teólogos y a todos los fieles- y a la humanidad entera, ratificando y confirmando, “con ciencia cierta y con autoridad apostólica”¹³, la Declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe que lleva por

7 Juan Pablo II, Carta apostólica, *Tertio millennio adveniente*, 55.

8 Cf. Juan Pablo II, Carta sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación, (29 de junio de 1999), 1.

9 Cf. Apoc. 20,12.

10 Cf. 1 Cor. 8,6; Filip. 2,10-12; Hech. 2,36.

11 Hech. 4,12.

12 San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, libro II, cap. 22,4, ed. L. Ruano, B.A.C., Madrid 1978, 547.

13 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración ‘Dominus Iesus’ sobre la unicidad y la universalidad de Jesucristo y de la Iglesia*, (6 de agosto del 2000), 23.

título: “‘*Dominus Iesus*’ –Jesús es el Señor–, *sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*”.

El Santo Padre subrayó la importancia, significado y alcance de la Declaración ‘*Dominus Iesus*’ con estas clarificadoras e inequívocas palabras pronunciadas al término de la solemne canonización del 1 de octubre pasado en la Plaza de San Pedro: “En la cima del Año Jubilar con la Declaración ‘*Dominus Iesus*’ –Jesús es el Señor– aprobada por mí de modo especial, he querido invitar a todos los cristianos a renovar su adhesión a Él en el gozo de la fe, testimoniando unánimemente que Él es, también hoy y mañana ‘el Camino, la Verdad y la Vida’¹⁴. Nuestra confesión de Cristo como el único Hijo, mediante el cual nosotros mismos vemos el rostro del Padre¹⁵, no es arrogancia que desprecia a las otras religiones, sino gozoso reconocimiento porque Cristo se nos ha revelado sin mérito alguno por nuestra parte. Y Él, al mismo tiempo, nos ha comprometido a continuar entregando lo que hemos recibido y también a comunicar a los demás lo que nos ha sido dado, porque la Verdad donada y el Amor que es Dios nos pertenecen a todos los hombres”¹⁶.

Con el sucesor de Pedro y bajo su guía, “*cum Petro et sub Petro*”¹⁷, renovamos nuestra adhesión al único y “sólo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús”¹⁸, a Jesús que “es la verdadera novedad que supera las expectativas de la humanidad y así será siempre”¹⁹, y acogemos, gozosa y agradecidamente²⁰, las iluminadoras orientaciones de su magisterio, que miran a sostener la fe del Pueblo de Dios, salen al paso de graves confusiones sobre la verdadera identidad de la fe católica, esclarecen principios cristianos esenciales, y ayudan “a que la reflexión teológica madure

14 Cf. Jn. 14,6.

15 Cf. Jn. 14,8.

16 Juan Pablo II, *Alocución al término de la solemne canonización en la Plaza de San Pedro*, (1 de octubre de 2000).

17 Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Ad gentes divinitus*, 38.

18 1 Tim. 2,5.

19 Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*. Bula de convocación del Gran jubileo del 2000, 1.

20 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium*, 25.

soluciones conformes al dato de la fe, que respondan a las urgencias culturales contemporáneas”²¹.

La aceptación espontánea en España de la Declaración ‘Dominus Iesus’ por la inmensa mayoría de los creyentes, y las reacciones negativas a la misma, desde dentro y desde fuera de la Iglesia –que esconden propuestas de un cristianismo sometido al relativismo imperante y la admisión del pluralismo relativista como única posibilidad de expresión del misterio inefable de Dios- son una muestra más de la necesidad, oportunidad y urgencia del anuncio renovado del misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia.

En el rechazo de la ‘Dominus Iesus’ se pone de manifiesto una incompleta recepción, cuando no una ruptura con las enseñanzas del Concilio Vaticano II, especialmente con las Constituciones *Lumen gentium*, *Dei Verbum* y *Gaudium et spes*; los Decretos *Ad gentes divinitus* –sobre la actividad misionera de la Iglesia-, y la *Unitatis redintegratio* –sobre el ecumenismo-; y la Declaración *Nostra aetate* –sobre las relaciones de la iglesia con las religiones no cristianas-. Y, por supuesto, se sobreseen las enseñanzas de las Encíclicas *Redemptoris missio* y la *Ut unum sint*, que adelantaban y exponían los contenidos y la perspectiva ecuménica de la ‘Dominus Iesus’. La no aceptación de ésta revela, por lo demás, la ignorancia de importantes y recientes documentos del magisterio de la Iglesia, entre otros, el Documento psotsinodal *Ecclesia in Asia*, del año 1999, y la poca atención prestada al Documento de la Comisión Teológica Internacional *El cristianismo y las religiones*, del año 1997.

La “nueva Evangelización” recibe de la ‘Dominus Iesus’ un impulso renovado, claridad en medio del brumoso horizonte de la denominada teología pluralista de las religiones, y claras indicaciones doctrinales y teológicas que permitirán superar proyectos pastorales confusos que corrían el riesgo de desnaturalizar el cristianismo. La ‘Dominus Iesus’; intensificará el empeño misionero, tanto de la “misión interior” como la “misión exterior” de la Iglesia; salvaguarda el auténtico concepto católico de misión y evangelización favoreciendo el perenne anuncio misionero de la Iglesia, y

21 Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración ‘Dominus Iesus’ sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de su Iglesia (6 de agosto de 2000), 3.

orientará y abrirá caminos para el sólido diálogo ecuménico y para un veraz diálogo interreligioso.

Resulta enormemente sintomático que el declive del impulso misionero y el vacío humano y espiritual producido por la interrupción de la transmisión de la fe en no pocos ambientes coincidan con la negación de la singularidad cristiana y con la reduccionista interpretación de la unicidad y universalidad del cristianismo como una mera pretensión propia de la cultura religiosa del occidente cristiano y del judeo-cristianismo, que supuestamente se arrogarían el poder disponer de la verdad²².

Si siempre es necesario y oportuno reafirmar la verdad referente a la persona de Jesucristo, aún lo es más, y con mayor urgencia, cuando ciertas afirmaciones e interpretaciones niegan, o por su ambigüedad oscurecen, la plenitud de la revelación cristiana y, por ende, la universalidad salvífica de Jesucristo, alterando, de este modo, la esencia del cristianismo y el verdadero sentido de la revelación, del misterio y misión de la Iglesia.

III. LAS CELEBRACIONES DEL AÑO JUBILAR. SU RIQUEZA ESPIRITUAL, EN LAS DIÓCESIS, EN TIERRA SANTA Y EN ROMA.

A nadie se le oculta que el Año Santo Jubilar ha marcado el itinerario eclesial que ha tenido como centros principales “las Iglesias particulares diseminadas por todo el mundo, la ciudad de Roma, donde la providencia quiso poner la sede del Sucesor de Pedro, y la Tierra santa donde nació el Señor”²³. Hacemos nuestro el canto de alabanza del Apóstol porque el “Año de Gracia del Señor” nos ha bendecido copiosamente con toda clase de bendiciones espirituales”²⁴.

En efecto, el Jubileo ha sido “un movimiento de todo el Pueblo de Dios”, que ha peregrinado²⁵, con alegría, a las fuentes de la gracia, a las raíces de la salvación. Una Iglesia peregrina que escuchó dócilmente la

22 Cf. A. Vergote, “Amarás al Señor tu Dios”. La identidad cristiana, Santander 1999, 23.

23 Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*, 2.

24 Cf. Ef. 1,3-10; cf. Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*, 1.

25 Cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium*, 49.50.

Palabra de Dios para penetrar más hondamente en el Misterio de Cristo y conocer mejor su identidad²⁶, confirmando así para sus hijos e hijas la vocación universal a la santidad²⁷, y para dejarse hacer tierra fértil cuidada por Dios²⁸. Un pueblo peregrino que buscó la indulgencia jubilar en la conversión, en el perdón de los pecados y en el encuentro con la misericordia del Padre en el Sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación.

La gracia del Jubileo se hizo visible con el testimonio vivo de la caridad de Cristo con los más pobres y más necesitados, pues “ha abierto nuestros ojos a las necesidades de quienes viven en la pobreza y en la marginación”²⁹. Numerosos y abundantes son los signos realizados, a este propósito, en cada Iglesia particular.

Muchos han sido los que, con la indulgencia, han experimentado el “don total de la misericordia de Dios”³⁰ en la participación de la Eucaristía como “sacrificium laudis”³¹ y como “signo de la comunión recuperada con el Padre y su Iglesia”³², en un Año Jubilar “intensamente eucarístico” y en el que “el Salvador continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina”³³.

Las Catedrales y Santuarios de toda España, centros vivísimos de las celebraciones jubilares, han sido y están siendo todavía signo y crisol de la conciencia de comunión eclesial con la Iglesia Particular y con la Iglesia Universal. Las peregrinaciones a los lugares jubilares han servido para ensanchar el horizonte de nuestras parroquias y comunidades, y alimentar y saborear la vivencia de la comunión católica.

Un gran número de católicos de España han peregrinado y sigue peregrinando, y viviendo intensamente el “Júbilo” en Roma mediante los más variados encuentros: el *Jubileo con los niños*, la primera de las solem-

26 Cf. *Íbidem*, 40; cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Dei Verbum*, 25.

27 Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 19.36.

28 Cf. Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*, 4; cf. San Ireneo, *Adversus haereses*, III, 17, 2.

29 Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*, 12

30 *Íbidem*, 9.

31 Cf. Juan Pablo II, Catequesis en la audiencia general, (11 de octubre de 2000).

32 Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium*, 9.

33 Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 55.

nes celebraciones jubilares, puso a los niños, esperanza de la humanidad, en el centro de atención de los creyentes³⁴; este Jubileo tuvo su prolongación en Fátima con la beatificación de los niños Francisco y Jacinta el 13 de mayo último. El *Jubileo de los enfermos* rememoró que el Evangelio del sufrimiento es anuncio de redención y de salvación³⁵. El *Jubileo de los artistas* nos recordó que viviendo a fondo la fe cristiana, siendo portadores de “epifanías” de la belleza divina y abriendo caminos que nos lleven a Dios, se reanuda “la fecunda alianza entre la Iglesia y el arte”³⁶. El *Jubileo de los emigrantes e itinerantes, refugiados y prófugos*, realzó “con singular elocuencia el lugar central que debe ocupar en la Iglesia la caridad de la acogida”, pues “para la Iglesia Católica nadie es extraño, nadie está excluido, nadie está lejos”³⁷. El *Jubileo de la Tercera Edad* hacía una urgente llamada a atender y defender la auténtica “cultura de la vida”, testimoniando que la existencia es un don de Dios en cualquier estación de la vida humana³⁸. El *Jubileo de las familias* vivió “el clima espiritual de la casa de Nazaret; una fiesta jubilar que nos invitaba a reforzar nuestro compromiso para “defender el valor de la familia y el respeto a la vida humana, desde el momento de la concepción”³⁹. El *Jubileo de la Vida Consagrada* celebró la entrega religiosa, con los votos de pobreza, obediencia y castidad, es un mensaje vivo sobre el destino último del hombre⁴⁰. El *Jubileo de los Sacerdotes*, en un siglo “rico en sacerdotes santos, mártires y confesores”⁴¹, constituyó una acción de gracias sacerdotal, por el don del sacerdo-

34 Cf. Juan Pablo II, *Palabras pronunciadas en el ‘Angelus’ del Jubileo de los niños*, (2 de enero de 2000).

35 Cf. Juan Pablo II, *En la Eucaristía con ocasión del Jubileo de los enfermos*, (12 de febrero de 2000).

36 Cf. Juan Pablo II, *Discurso al final de la Eucaristía celebrada con ocasión del Jubileo de los artistas en la Basílica de san Pedro*, (18 de febrero de 2000).

37 Cf. Rom. 15,7; cf. Juan Pablo II, *Homilía en el Jubileo de los emigrantes e itinerantes*, (2 de junio de 2000)

38 Cf. Juan Pablo II, *Homilía en el Jubileo de la Tercera Edad*, (17 de septiembre de 2000).

39 Cf. Juan Pablo II, *Homilía en Nazaret en la Basílica de la Anunciación* (25 de marzo de 2000); id., *Encuentro con motivo del Jubileo de las familias*, (14 de octubre de 2000).

40 Cf. Juan Pablo II, *Homilía en el Jubileo de la Vida Consagrada*, (2 de febrero de 2000).

41 Cf. Juan Pablo II, *A los sacerdotes presentes en la Plaza de San Pedro para la Vigilia de la oración en ocasión del Jubileo de los presbíteros*, (17 de mayo de 2000).

cio ministerial, “don que se renueva en la Iglesia gracias a la inmutable misericordia divina y a la generosa y fiel respuesta de tantos hombres frágiles”⁴². En la celebración del *Jubileo de los Obispos* hemos podido vivir la profunda comunión con el Obispo de Roma e imploramos las gracias jubilares de la conversión para que, con el “don de la plenitud del sacerdocio”, estemos al servicio de la santidad de la Iglesia⁴³. Hemos suplicado, con el Sucesor de Pedro, en un sencillo y emotivo acto de confianza y consagración de nuestras personas, de la Iglesia y del mundo, la protección de Santa María, Ntra. Sra. de Fátima, peregrina materna, siempre portadora “de luz, esperanza y aliento”⁴⁴.

IV. LA XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

La XV Jornada Mundial de la Juventud significó sin duda, un hito excepcional en el año jubilar. Fue verdaderamente “el Jubileo de la Iglesia joven”⁴⁵, la que se abre a través del Sí a Cristo de las nuevas generaciones de cristianos, decidido y gozoso, al horizonte del Tercer Milenio, comprometiéndose apasionada y humildemente a la vez con la Evangelización y la salvación del hombre contemporáneo. Lo que se divisaba en la lejanía de la historia como una promesa pastoral en la IV Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela, comienza a ser fruto maduro, signo de esperanza realizada. Fueron días inolvidables por la honda alegría, a veces desbordante, por el clima sereno de oración compartida, de catequesis y celebraciones litúrgicas marcadas por el encuentro con el Señor, al que dirigió su mirada desde el primer día el Santo Padre, por la riqueza de las experiencias humanas nacidas de la fraternidad de la fe católica...

El camino abierto con las Jornadas Mundiales de la Juventud, como Pueblo de Dios en camino, alimenta nuestra esperanza en “la Iglesia

42 Cf. Juan Pablo II, *Homilía con ocasión del Jubileo de los presbíteros y del ochenta cumpleaños del Santo Padre*, (18 de mayo de 2000).

43 Cf. Juan Pablo II, *Discurso dirigido a los Obispos en la celebración jubilar*, (7 de octubre de 2000).

44 Cf. Juan Pablo II, *Santo Rosario con ocasión del Jubileo de los Obispos ante la imagen de la Virgen de Fátima en la Plaza de San Pedro*, (7 de octubre de 2000).

45 Cf. Juan Pablo II, *Ceremonia de acogida en la XV Jornada Mundial de la Juventud en la Plaza de San Pedro*, (15 de agosto de 2000).

perennemente rejuvenecida por el Espíritu de Cristo”⁴⁶. Los jóvenes católicos de todo el mundo han sido, en expresión de Juan Pablo II –como los “centinelas de la mañana”⁴⁷– los protagonistas de “una nueva experiencia a nivel mundial”⁴⁸.

A nosotros corresponde que, una vez llegados a casa, no se dispersen, sino que continúen el camino emprendido. Muchos han sido los jóvenes que desde España han peregrinado a Roma.

A Roma han acudido y peregrinado otros muchos grupos de todas las edades; peregrinaciones diocesanas, de numerosísimas parroquias, asociaciones, movimientos y grupos eclesiales y tantas personas que han querido vivir particularmente el “Jubileo Romano”. La participación española en el Jubileo Romano ha sido constante, numerosa y activa.

Lo mismo ha ocurrido con la peregrinación de muchas de nuestras Iglesias particulares a los Santos Lugares, antes y después de la memorable peregrinación del Santo Padre –“exclusivamente religiosa”⁴⁹ con grandes repercusiones para el diálogo ecuménico y, sobre todo, para las relaciones con Israel y el Islam-, que dejó una nota de frescura, sencillez y autenticidad evangélicas a toda la experiencia “jubilar” de la Iglesia. El Gran Jubileo, con los ojos puestos en la tierra del Señor, nos impulsa a convertirnos en peregrinos tras las huellas de Dios para rememorar la Alianza de Dios con la humanidad, la Ley y las Bienaventuranzas⁵⁰. Desgraciadamente los últimos y más recientes acontecimientos ocurridos en Tierra Santa, de nuevo bajo la amenaza y temor de la guerra, han obstaculizado el desarrollo normal de las peregrinaciones programadas. Nos

46 Cf. Juan Pablo II, *Al término de la concelebración eucarística de la XV Jornada Mundial de la Juventud*, (20 de agosto de 2000).

47 Cf. Juan Pablo II, *Vigilia de oración en Tor Vegata con motivo de la XV Jornada Mundial de la Juventud en la Plaza de San Juan de Letrán*, (15 de agosto de 2000).

48 Cf. Juan Pablo II, *En la apertura de la XV Jornada Mundial de la Juventud en la Plaza de San Juan de Letrán*, (15 de agosto de 2000).

49 Cf. Juan Pablo II, *Carta sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación*, 10.

50 Cf. Juan Pablo II, *Celebración de la Palabra en Egipto, en el Monasterio de santa Catalina*, (26 de febrero de 2000); id., *Palabras durante la visita al Monte Nebo, Jordania*, (20 de marzo de 2000); id., *Homilía en la santa Misa para los jóvenes en el Monte de las Bienaventuranzas*, (24 de marzo de 2000).

unimos a las propuestas de la Santa Sede para la reconducción del proceso de paz y oramos fervientemente al Señor por su pronto y definitivo restablecimiento.

V. UNA EFEMÉRIDES MEMORABLE: EL 25 ANIVERSARIO DE LA PROCLAMACIÓN DE SU MAJESTAD D. JUAN CARLOS I COMO REY DE ESPAÑA

Nuestra Asamblea Plenaria se reúne en unas fechas que coinciden con el 25 Aniversario de jornadas de un significado histórico excepcional para el presente y futuro de España. Con la proclamación de Su Majestad el Rey D. Juan Carlos I el día 22 de noviembre de 1975 se abrió un capítulo nuevo en nuestra historia moderna, impulsado por un propósito, compartido por la práctica totalidad de la sociedad española, de sellar definitivamente la reconciliación entre todos los españoles y por una voluntad general de abrirse plenamente a las formas democráticas del Estado, las vigentes en todos los países de nuestro entorno europeo: los de la Europa Occidental. Su Majestad, el Rey D. Juan Carlos I, con su esposa la Reina Doña Sofía, supo interpretar lo que era aspiración inmensamente mayoritaria del pueblo con serena lucidez y con generosidad creativa; y, a la vez, darle cauce institucional y político, puestas las miras en un futuro de justicia, de libertad, de prosperidad solidaria y de paz. A tan noble objetivo han dedicado desde entonces los mejores años de su vida, inspirados en los mismos ideales y con auténtica actitud de servicio. Es, por todo ello y por tantos otros títulos, íntimamente relacionados con la vida e historia de la Iglesia, y que no son de detallar ahora, por lo que quisiera expresarles en nombre de todos los Obispos españoles, reunidos en Asamblea Plenaria, la más respetuosa y sentida felicitación. ¡Que el Señor bendiga abundantemente a ellos y a toda la Real Familia! ¡Que bendiga a España!

La iglesia y los católicos españoles participaron en este proceso histórico de reconciliación fraterna y de nuevo y esperanzado futuro con una actitud de compromiso decidido, activa y cordialmente vivido. Les guiaba la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la relación entre comunidad política e Iglesia, que veían cifrada de un modo especialmente significativo para aquel momento histórico en un famoso texto conciliar, que citaría en su memorable Homilía de la Celebración Eucarística, con la que los jóve-

nes Monarcas quisieron iniciar su Reinado, el entonces Presidente de la Conferencia Episcopal Española, el Cardenal Vicente Enrique y Taracón: La Iglesia “no pone, sin embargo, su esperanza en privilegios otorgados por la autoridad civil; más aún, renunciará al ejercicio de algunos derechos legítimamente adquiridos cuando conste que con su uso se pone en tela de juicio la sinceridad de su testimonio o que las nuevas condiciones de vida exigen otra ordenación. Pero la Iglesia debe poder, siempre y en todo lugar, predicar la fe con verdadera libertad, enseñar su doctrina social, ejercer sin impedimentos su tarea entre los hombres y emitir un juicio moral también sobre cosas que afectan al orden político cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, aplicando todos y sólo aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos según la diversidad de tiempos y condiciones”⁵¹. No olvidaban tampoco la grave conciencia de las responsabilidades históricas, tan singulares, vistas igualmente a la luz de aquella otra doctrina conciliar formulada en la misma Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* “sobre la Iglesia en el mundo actual”, acerca de la ayuda que debe prestar la Iglesia a cada hombre y a la sociedad humana, bien directamente, bien a través de la acción secular de los cristianos, y de la ayuda que ella misma recibe y puede recibir del mundo de nuestros días⁵².

Quedaban así definidos el espíritu, estilo y camino de cooperación positiva y comprometida que los Obispos y los católicos españoles tendrían a lo largo de estos veinticinco años hasta hoy mismo en la realización del proyecto común de una ordenación justa, libre, solidaria y democrática de la comunidad política y de la sociedad que la sustenta, presidiendo toda su actuación en principio de respeto y promoción de la dignidad inviolable de la persona humana y su vocación trascendente.

VI. NUESTROS RETOS Y TAREAS

Graves son los retos –y tareas consiguientes- que se nos presentan al inmediato futuro de la Iglesia en España. Algunos serán objeto expreso de las deliberaciones de esta Asamblea Plenaria; de otros nos haremos eco,

51 Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, 76.

52 *Íbidem*, 41-44.

iniciando su tratamiento y estudio. Los hay, de naturaleza preferentemente intra-ecclesial; y otros nos vienen urgidos por la actualidad más candente de la sociedad española; pues “la Iglesia de Cristo que participa de las angustias de nuestro tiempo, mientras denuncia estos peligros no pierde con todo la esperanza; por ello, no deja de proponer, una y otra vez, el mensaje apostólico: ‘éste es el tiempo aceptable’ para que cambien los corazones, éste es el día de la salvación”⁵³.

Todavía nos embarga la conmoción y consternación de los últimos atentados terroristas que han sembrado nuestra geografía de asesinatos, de sangre, dolor y lágrimas. El fenómeno del terrorismo es, sin duda alguna, nuestro más grave problema; atenta vilmente contra el más sagrado e inviolable de los derechos de la persona humana: el derecho a la vida; contra la verdad y la libertad de las personas y de los grupos, y, por tanto, contra los fundamentos de la convivencia social. El terrorismo es la mayor de las negaciones de la justicia y de la caridad: una gravísima inmoralidad”⁵⁴.

No admite cobertura ideológica alguna.

Es necesario que los creyentes, pastores y fieles nos preguntemos, sin rehuir responsabilidades, si hemos aportado cuanto estaba en nuestras manos para llevar a cabo la necesaria conversión moral y espiritual que permita –con la colaboración de todos– la superación y la erradicación del terrorismo.

Evangelizar hoy en España incluye el imperativo de hacer ver la necesidad del camino de la conversión a Cristo “realizando la verdad en el amor”⁵⁵. Una sociedad cercana a Dios no dejará espacio al terrorismo ni a sus causas. No hemos de olvidar que la ideología totalitaria, de la que se nutre el terrorismo de ETA, se basa en el propósito de construir la ciudad de los hombres al margen de Dios y despreciando su Amor y su Ley.

En este contexto de conversión y renovación jubilares proseguiremos y concluiremos la reflexión iniciada en anteriores Plenarias sobre el momento y situación pastorales de la Iglesia en España y de la

53 Cf. 2 Cor. 6,2; cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, 82; *Constitución Lumen gentium*, 1.

54 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2297.

55 Cf. Ef. 4,15; cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, 78.

Conferencia Episcopal Española. El diálogo fraterno fructificará, sin duda, en propuestas de “comunión” para afrontar evangélica y evangelizadamente el futuro del nuevo siglo y del nuevo milenio.

La Comisión de ponencia nos informará sobre el estudio del documento sobre el derecho a la vida, el matrimonio y la familia, y el momento de elaboración en que se encuentra. Iniciaremos con un primer intercambio de ideas y sugerencias un análisis de las nuevas realidades socio-económicas, surgidas en el contexto de la unidad monetaria europea y de la globalización de la economía mundial, que tanto afectan al desarrollo integral de la persona humana y que condicionan tan poderosamente las posibilidades de ayuda eficaz a los más pobres de la tierra. Siguen pendientes de solución el problema de la deuda externa y el del baremo mismo de ayuda al desarrollo por parte de las instituciones públicas, y otras. El análisis, que emprenderemos en esta Plenaria, debería conducirnos a un documento de orientaciones doctrinales y propuestas pastorales concretas, que nos interpeleen y comprometan a todos.

A la consideración de la Asamblea Plenaria y, en su caso, a la debida aprobación, se someterán sendos documentos pastorales preparados por las Comisiones Episcopales competentes sobre pastoral penitenciaria, y sobre “Principios y normas para el seguimiento e inspección del área y de los Profesores de Religión católica”.

VII. OTROS TEMAS A CONSIDERAR EN ESTA ASAMBLEA

Trataremos, además, de los asuntos habituales en las Asambleas Plenarias, especialmente de los que se acostumbran a tratar en las de otoño. He aquí la sumaria enumeración de los mismos. La aprobación de los presupuestos del Fondo común Diocesano, los de la propia Conferencia Episcopal Española, y el de los organismos de ella dependientes.

Se tratará, asimismo, de la aprobación de la propuesta de modificación de los Reglamentos de la Asamblea Plenaria, de la Comisión Permanente y del Ejecutivo. Nos ocuparemos, igualmente, de la aprobación habitual de Estatutos de Asociaciones Nacionales y de la resolución de recursos presentados en esta materia. Es de agradecer la disponibilidad

de tantas asociadas y asociados, cooperadoras y cooperadores de Manos Unidas para llevar adelante el compromiso de toda la Iglesia en España con la causa de los más pobres del mundo, a quienes se mueve el espíritu de entrega cristiana y de comunión eclesial, que ha caracterizado siempre la historia de esta asociación pública de fieles, tan íntimamente vinculada a los Obispos y a la Conferencia Episcopal Española desde sus orígenes.

En esta Asamblea vendrá a deliberación y, en su caso, a decisión las propuestas de la Comisión Episcopal de Liturgia, relativas a la revisión del Ritual de la Iniciación Cristiana, a la aprobación de los textos litúrgicos para la Misa y la Liturgia de las Horas de las Copatronas de Europa, y la petición a la Santa Sede para que en el próximo año, en el 2001, pueda ser celebrada la solemnidad de la Inmaculada Concepción en Domingo.

Finalmente, se procederá a la elección de representantes de la Conferencia Episcopal para el próximo Sínodo de los Obispos que tendrá lugar, D.m., en el mes de octubre del 2001, y que versará sobre El Obispo, ministro del Evangelio de Jesucristo, para la esperanza del mundo, y, de acuerdo con los Estatutos de la Universidad Pontificia de Salamanca⁵⁶, a la elección del Gran Canciller y del Vice-Gran Canciller de la Universidad Pontificia de Salamanca.

En este año del V Centenario del nacimiento de San Juan de Ávila, los sacerdotes españoles hemos ofrecido ya un cálido homenaje a nuestro Santo Patrono el pasado mes de mayo en Montilla. La semana próxima la Junta Episcopal "Pro Doctorado de San Juan de Ávila", organiza aquí en Madrid, un Congreso Internacional dedicado al estudio de la figura y obra del Maestro Ávila como reformador, teólogo y pastor. A su intercesión nos acogemos al comenzar los trabajos de esta Asamblea Plenaria.

Próximos a la conclusión del Año Jubilar, y en el 50 aniversario de la declaración dogmática de la Asunción de Santa María al cielo en cuerpo y alma, a Ella, "*gozo y júbilo de toda la Iglesia*"⁵⁷, encomendamos nuestros desvelos y afanes, confiándonos a su protección maternal.

56 Cf. Universidad Pontificia de Salamanca, Universidad de la Conferencia Episcopal Española, *Estatutos*, art. 9.10.

57 Pío XII, Constitución apostólica *Munificentissimus Deus* (1 de noviembre de 1950); DS 3903.

Mensaje del Departamento de la Carretera de la CEE, con motivo de la Navidad a todos los implicados en el Tráfico

NUEVO MILENIO, CONDUCTORES NUEVOS

Queridos amigos:

A punto de clausurarse el siglo XX, en el umbral de un nuevo Milenio, en vísperas de la Navidad que conmemora los dos mil años de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo en el seno de la Virgen María, desde el Departamento de la Pastoral de la Carretera de la Conferencia Episcopal queremos haceros llegar a los conductores y usuarios de la carretera nuestro ya tradicional mensaje de esperanza. Vaya con él nuestro saludo afectuoso y nuestra cordial felicitación navideña.

El siglo XXI, siglo de progreso

El siglo que termina ha sido extraordinariamente fecundo en lo que se refiere a avances tecnológicos. Desde que en 1900 se matriculó en Palma de Mallorca el primer automóvil, considerado entonces como un medio de lujo reservado a unos pocos afortunados, aunque no se desplazara a más de 25 ó 30 kms. Por hora, mucho han cambiado las cosas.

El número, la potencia y el perfeccionamiento de los vehículos, el desarrollo de la red de carreteras, el fenómeno del turismo y la multiplicación de los transportes han convertido a nuestro siglo en el siglo de la movilidad humana. Baste recordar que a lo largo del año pasado se matricularon en España 1.913.162 nuevos vehículos, un 17.5% más que en el año anterior.

Nuestra tierra, sólo perturbada en siglos anteriores por los restos de las viejas calzadas romanas, las cañadas, los cordeles y los caminos vecinales, ahora es rasgada continuamente por nuevas y amplias carreteras, a través de las cuales discurre, de día y de noche, la ininterrumpida caravana de vehículos que transportan hacia sus destinos personas y productos.

Tal mutación ha exigido nuevas legislaciones y normas a fin de evitar el caos y favorecer un uso saludable de los nuevos medios, hoy al alcance de todos los ciudadanos.

Sea bienvenido el progreso: “*Los cristianos lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio*” (GS. 34).

El progreso: ¿más humanidad?

Sabemos que los cambios en el cuerpo repercuten en el alma. El progreso de la movilidad ha generado una nueva psicología, un modo nuevo de ser hombres, hasta el punto de que los sicólogos sociales nos hablan hoy del “hombre automovilista”, Pero tal progreso ¿ha puesto más humanidad en la humanidad?

Los progresos técnicos “*pueden ofrecer el material para la promoción humana, pero por sí solo no pueden llevarla a cabo*” (GS. 35). Por eso, se nos advertía, hace ya más de treinta años, que “*cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva*” (GS. 34).

¿Hemos crecido realmente en la responsabilidad? Las cifras registradas en nuestro país a lo largo del año pasado nos hablan con dramática elocuencia: **148.632 accidentes, con un balance de 142.894 heridos y 5.738 muertos.**

Ni sumadas las víctimas de las guerras a las originadas por las epidemias y catástrofes naturales se aproximan a las producidas por el uso de los medios de locomoción revelaba que, en Estados Unidos, se habían producido, en los últimos 55 años, más muertes en accidentes de tráfico que en todas las guerras habidas en los últimos dos siglos.

¿Tendremos que aceptar estoicamente los datos anteriores como un necesario tributo que hay que pagar al progreso? Si “*El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene*” (GD. 35), ningún progreso justifica ni siquiera la pérdida de una sola vida humana.

Si a la cadena de accidentes se añaden otros problemas, como el de la contaminación atmosférica, los atascos, los aparcamientos, los cada vez más numerosos depósitos de chatarra o los combustibles, entenderemos que se haya llegado a afirmar que “*la revolución del motor, saluda en los*

años 20 como el resorte principal del renacimiento de muchas naciones, constituye hoy uno de los problemas más preocupantes y complejos del mundo moderno”⁵⁸. Están en juego problemas de orden técnico, económico, sanitario, ecológico y, por tanto, de orden educativo, político, social y moral. Pero está en juego, sobre todo, la misma responsabilidad del hombre, porque, “*en realidad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el propio interior del hombre*” (GS.).

Nuevo Milenio, conductores nuevos

“*Año nuevo, vida nueva!, se nos repetirá en las próximas semanas por activa y por pasiva. “¡Nuevo Milenio, conductores nuevos!”* es nuestro eslogan, abierto a la esperanza. Cada día, cada año, cada siglo o milenio que empieza es una nueva ocasión para dejar atrás lo viejo, para descubrir nuevas oportunidades, para soñar despiertos en nuevas posibilidades. Son malos el desencanto y la resignación fatalista.

En occidente no nos faltan cosas, nos falta espíritu, nos falta la unión de Dios, único capaz de transformar el corazón del hombre, único capaz de realizar en nuestro crónico envejecimiento moral el milagro de lo espiritualmente nuevo.

Los profetas de Israel, hombres de experiencia religiosa densa y, por eso, de mirada limpia y esperanza inquebrantable, ponen en boca de Dios palabras tan hermosas como éstas: “*Mirad que realizo algo nuevo. Ya está brotando ¿no lo notáis?*” (Is. 43,18).

Que buena noticia sería para nuestro mundo notar que en todos los que empuñan el volante, en todos los usuarios de la carretera nace una responsabilidad nueva: un más exquisito respeto a las normas de circulación; más atención y menos distracción; más solidaridad y menos agresividad; más prudencia y menos intemperancia en el abuso del acelerador o en el consumo de alcohol o de las drogas; más pensar sin correr y menos correr sin pensar.

58 VV.AA. Diccionario de Moral, voz “Tráfico”.

Navidad también al volante

“Jesús es la verdadera novedad que supera todas las expectativas de la humanidad” (I.M.I.).

Porque Dios se hizo niño hace veinte siglos, cada día puede nacer en nosotros el niño, el hombre nuevo que estamos llamados a ser. Nace en cada hombre cuando se abre a lo nuevo, a lo bello, a lo noble; cuando acoge la Palabra de Vida; cuando siente el toque del Espíritu que fecunda, como a María, sus entrañas, cuando descubre al otro hermano y compañero de camino.

A pesar de los negros datos estadísticos, a pesar de un progreso sin alma, a pesar de los profetas de calamidades y de la falta de valores, tenemos derecho a esperar que sea Navidad en nuestro pobre corazón duro y maltrecho y, como consecuencia, también en nuestras carreteras. En el mundo hay muchas semillas de muerte, pero hay un poderoso fermento de Pascua. Hay que poner fuerza y pasión, tenemos que ponernos todos y cada uno en traje de faena, que es el traje de la esperanza, para hacerlo posible.

Amigo conductor: ¿No te parece hermoso que el recinto de tu vehículo, que la cabina de tu camión puedan convertirse también, en esta Navidad, en un belén viviente? Basta con acoger de corazón al que vino hace veinte siglos, y sigue viniendo en cada Navidad para *“hacerlo todo nuevo”* (Ap. 21,5).

Si cada accidente que ocurre es como si quebrara una estrella, cada hombre que no ama, que no piensa en los demás, es como una estrella sin luz, incapaz de alumbrar oscuridades y caminos. Necesitamos aunar mentes y corazones para encender estrellas, para atravesar la noche, como los magos, y llegar al niño de Belén. Seguro que, entonces, nuestras carreteras dejarían de ser rutas hacia la muerte para convertirse en arterias por donde circularía cálida la vida. Hasta es posible que el rugido de los motores nos sonara a música de ángeles.

“La entrada en el nuevo milenio alienta a la comunidad cristiana a extender su mirada de fe hacia nuevos horizontes” nos ha dicho Juan Pablo II (IM. 6).

Permitidnos esperar de todos los implicados en la circulación –fabricantes de automóviles, conductores y peatones, Jefaturas de tráfico y agentes que veláis por la circulación, responsables de obras públicas, escuelas de conductores y centros educativos-, un renovado esfuerzo por una mayor seguridad vial. ¡La vida es lo que importa!

Es una esperanza que trasladamos a toda la sociedad. El nacimiento de un niño despierta siempre ilusión, abre proyectos de futuro, suscita nuevas esperanzas. Y nosotros celebramos en Navidad el Nacimiento de un Niño que es el Emmanuel: Dios con nosotros.

A los profesionales del volante, a todos los que andáis por la carretera, a vuestras familias, que esperan cada día con ilusión vuestra llegada a casa, os deseamos de todo corazón, en esta Navidad y en el Año Nuevo:

¡Paz y Felicidad!

Mons. Ciriaco Benavente Mateos

Obispo de Coria-Cáceres

Presidente del Departamento de Migraciones de la CEE

Obispo promotor de la Pastoral de la Carretera.

Iglesia en el mundo

Homilía del Santo Padre en el Jubileo de las personas discapacitadas

Domingo 3 de diciembre de 2000

1. «*Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación*» (Lc 21, 28).

San Lucas, en el texto evangélico presentado a nuestra meditación en este primer domingo de Adviento, destaca *el miedo que angustia a los hombres* frente a los fenómenos finales. Pero, en contraste, el evangelista presenta con mayor relieve *la perspectiva gozosa de la espera cristiana*: «*Entonces -dice- verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y majestad*» (Lc 21, 27). Este es el anuncio que da esperanza al corazón del creyente; el Señor vendrá «con gran poder y majestad». Por eso, se invita a los discípulos a no tener miedo, sino a levantarse y alzar la cabeza, «*porque se acerca vuestra liberación*» (Lc 21, 28).

Cada año la liturgia nos vuelve a recordar, al comienzo del Adviento, esta «buena nueva», que resuena con extraordinaria elocuencia en la Iglesia. Es la buena nueva de nuestra salvación; es el anuncio de que el Señor está cerca; más aún, de que ya está con nosotros.

2. Amadísimos hermanos y hermanas, siento vibrar en el espíritu esta invitación a la serenidad y a la esperanza sobre todo hoy, celebrando junto con vosotros el *Jubileo de las personas discapacitadas*. Lo celebramos en el día dedicado a vosotros por la Organización de las Naciones Unidas, que, precisamente hace veinticinco años, publicó la «Declaración sobre los derechos de la persona discapacitada».

Os saludo con afecto, queridos amigos, que tenéis una o más formas de minusvalidez, y que habéis querido venir a Roma para este encuentro de fe y fraternidad. Agradezco a vuestros representantes y al director de la Cáritas italiana las palabras que me han dirigido al comienzo de la santa misa.

Extiendo mi saludo cordial a todos los discapacitados, a sus familiares y a los voluntarios que, en este mismo día, celebran con sus pastores, en las diversas Iglesias particulares, su jubileo.

En vuestro cuerpo y en vuestra vida, amadísimos hermanos y hermanas, sois portadores de una fuerte esperanza de liberación. ¿No implica esto una espera implícita de la «liberación» que Cristo nos obtuvo con su muerte y su resurrección? En efecto, toda persona marcada por una discapacidad física o psíquica vive una especie de «adviento» existencial, la espera de una «liberación» que se manifestará plenamente, para ella como para todos, sólo al final de los tiempos. Sin la fe, esta espera puede transformarse en desilusión y desconsuelo; por el contrario, sostenida por la palabra de Cristo, se convierte en esperanza viva y activa.

3. «*Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar a todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del hombre*» (Lc 21, 36). La liturgia de hoy nos habla de la *segunda venida* del Señor; es decir, nos habla de la vuelta gloriosa de Cristo, que coincidirá con la que, con palabras sencillas, se llama «el fin del mundo». Se trata de un acontecimiento misterioso que, en el lenguaje apocalíptico, presenta por lo general la apariencia de un inmenso cataclismo. Al igual que el fin de la persona, es decir, la muerte, el fin del universo suscita angustia ante lo desconocido y temor al sufrimiento, además de interrogantes turbadores sobre el más allá.

El tiempo de Adviento, que empieza precisamente hoy, nos insta a prepararnos para acoger al Señor que vendrá. Pero ¿cómo prepararnos? La

significativa celebración que estamos realizando nos muestra que un modo concreto para disponernos a ese encuentro es *la proximidad y la comunión con quienes, por cualquier motivo, se encuentran en dificultad*. Al reconocer a Cristo en el hermano, nos disponemos a que él nos reconozca cuando vuelva definitivamente. Así *la comunidad cristiana se prepara para la segunda venida del Señor*: poniendo en el centro a las personas que Jesús mismo ha privilegiado, las personas que la sociedad a menudo margina y no considera.

4. Esto es lo que hemos hecho hoy, reuniéndonos en esta basílica para vivir la gracia y la alegría del jubileo junto con vosotros, que os encontráis en condiciones de discapacidad, y con vuestras familias. Con este gesto queremos *hacer vuestras inquietudes y expectativas, vuestros dones y problemas*.

En nombre de Cristo, la Iglesia se compromete a ser para vosotros cada vez más «casa acogedora». Sabemos que el discapacitado -persona única e irreplicable en su dignidad igual e inviolable- no sólo requiere atención, sino ante todo amor que se transforme en reconocimiento, respeto e integración: desde el nacimiento, pasando por la adolescencia y hasta la edad adulta y el momento delicado, vivido con conmoción por muchos padres, en que se separan de sus hijos, el momento del «después de nosotros». Queridos hermanos, queremos compartir vuestras pruebas y vuestros inevitables momentos de desaliento, para iluminarlos con la luz de la fe y con la esperanza de la solidaridad y del amor.

5. Con vuestra presencia, amadísimos hermanos y hermanas, reafirmáis que *la minusvalidez no es sólo necesidad, sino también y sobre todo impulso y estímulo*. Ciertamente, es petición de ayuda, pero ante todo es desafío frente a los egoísmos individuales y colectivos; es invitación a formas siempre nuevas de fraternidad. Con vuestra realidad, cuestionáis las concepciones de la vida vinculadas únicamente a la satisfacción, la apariencia, la prisa y la eficiencia.

También la comunidad eclesial se pone respetuosamente a la escucha; siente *la necesidad de dejarse interpelar* por la vida de muchos de vosotros, marcados misteriosamente por el sufrimiento y por el malestar de enfermedades congénitas o adquiridas. Quiere estar *más cerca de voso-*

tros y de vuestras familias, consciente de que la falta de atención agrava el sufrimiento y la soledad, mientras que la fe testimoniada mediante el amor y la gratuidad da fuerza y sentido a la vida.

A cuantos tienen responsabilidades políticas en todos los niveles, quisiera pedirles, en esta solemne circunstancia, que traten de asegurar condiciones de vida y oportunidades en las que *vuestra dignidad*, queridos hermanos y hermanas discapacitados, *sea reconocida y tutelada efectivamente*. En una sociedad rica en conocimientos científicos y técnicos, es posible y obligatorio hacer mucho más, según los diversos modos que exige la convivencia civil: en la investigación biomédica para prevenir la minusvalidez, en la atención, en la asistencia, en la rehabilitación y en la nueva integración social.

Se deben tutelar vuestros *derechos civiles, sociales y espirituales*; pero es más importante aún salvaguardar las *relaciones humanas*: relaciones de ayuda, de amistad y de comunión. Por eso hay que promover formas de asistencia y rehabilitación que tengan en cuenta la visión integral de la persona humana.

6. «Que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos» (1 Ts 3, 12). San Pablo nos indica hoy *el camino de la caridad como camino real* para ir al encuentro del Señor que vendrá. Subraya que sólo amando de modo sincero y desinteresado *podremos encontrarnos preparados* «cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de todos sus santos» (1 Ts 3, 13). Una vez más, el amor es el criterio decisivo, hoy y siempre.

En la cruz, entregándose a sí mismo como rescate por nosotros, Jesús realizó el juicio de la salvación, revelando el designio de misericordia del Padre. Él anticipa este juicio en el tiempo presente: al identificarse con «el más pequeño de los hermanos», Jesús nos pide que lo acogamos y le sirvamos con amor. El último día nos dirá: «*Tuve hambre, y me diste de comer*» (cf. Mt 25, 35), y nos preguntará si hemos anunciado, vivido y testimoniado el evangelio de la caridad y de la vida.

7. ¡Cuán elocuentes son hoy para nosotros estas palabras tuyas, Señor de la vida y de la esperanza! En ti todo límite humano se rescata y se redi-

me. Gracias a ti, la minusvalidez no es la última palabra de la existencia. *El amor es la última palabra*; es tu amor lo que da sentido a la vida.

Ayúdanos a orientar nuestro corazón hacia ti; ayúdanos a reconocer tu rostro que resplandece en toda criatura humana, aunque esté probada por la fatiga, la dificultad y el sufrimiento.

Haz que comprendamos que «*la gloria de Dios es el hombre que vive*» (san Ireneo de Lyon, *Adv. haer.*, IV, 20, 7), y que un día podamos gustar, en la visión divina, junto con María, Madre de la humanidad, *la plenitud de la vida redimida por ti*. Amén.

Mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz

1 de enero de 2001

DIÁLOGO ENTRE LAS CULTURAS PARA UNA CIVILIZACIÓN DEL AMOR Y LA PAZ

1. Al inicio de un nuevo milenio, se hace más viva la esperanza de que las relaciones entre los hombres se inspiren cada vez más en el ideal de una fraternidad verdaderamente universal. Sin compartir este ideal no podrá asegurarse de modo estable la paz. Muchos indicios llevan a pensar que esta convicción está emergiendo con mayor fuerza en la conciencia de la humanidad. El valor de la fraternidad está proclamado por las grandes «cartas» de los derechos humanos; ha sido puesto de manifiesto concretamente por grandes instituciones internacionales y, en particular, por la Organización de las Naciones Unidas; y es requerido, ahora más que nunca, por el proceso de globalización que une de modo creciente los destinos de la economía, de la cultura y de la sociedad. La misma reflexión de los creyentes, en la diversas religiones, tiende a subrayar cómo la relación con el único Dios, Padre común de todos los hombres, favorece el sentirse y vivir como hermanos. En la revelación de Dios en Cristo, este principio

está expresado con extrema radicalidad: «*Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor*» (1 Jn 4,8).

2. Al mismo tiempo, sin embargo, no se puede ocultar que las señales apenas evocadas han sido oscurecidas por vastas y densas sombras. La humanidad empieza esta nueva etapa de su historia con heridas todavía abiertas; está marcada en muchas regiones por duros y sangrientos conflictos; conoce la dificultad de una solidaridad más difícil en las relaciones entre los hombres de diferentes culturas y civilizaciones, cada vez más cercanas e interactivas sobre los mismos territorios. Todos conocen cuán difícil es conciliar las razones de los contendientes cuando los ánimos están encendidos y exasperados a causa de antiguos odios y de graves problemas que dificultan el encontrar solución. Pero no menos peligrosa para el futuro de la paz sería la incapacidad de afrontar con sabiduría los problemas suscitados por la nueva organización que la humanidad, en muchos Países, va asumiendo debido a la aceleración de los procesos migratorios y de la convivencia nueva que surge entre personas de diversas culturas y civilizaciones.

3. Por eso, me ha parecido urgente invitar a los creyentes en Cristo, y con ellos a todos los hombres de buena voluntad, a *reflexionar sobre el diálogo entre las diferentes culturas y tradiciones de los pueblos*, indicando así el camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado, capaz de mirar con serenidad al propio futuro. Se trata de un tema decisivo para las perspectivas de la paz. Me complace que también la Organización de las Naciones Unidas haya acogido y propuesto esta urgencia, declarando el año 2001 «Año internacional del diálogo entre las civilizaciones».

Naturalmente no pienso que, sobre un problema como éste, se puedan ofrecer soluciones fáciles, de inmediata aplicación. Es complicado el mero análisis de la situación, que evoluciona continuamente, ya que escapa a esquemas prefijados. A esto hay que añadir la dificultad de conjugar principios y valores que, siendo incluso idealmente compatibles, pueden manifestar concretamente elementos de tensión que no facilitan la síntesis. Está además, en la base, la dificultad que deriva del compromiso ético de cada ser humano llevado a enfrentarse con el propio egoísmo y los propios límites.

Pero precisamente por esto considero útil una reflexión común sobre esta problemática. Para este objetivo me limito aquí a ofrecer algunos principios orientadores en la escucha de lo que el Espíritu de Dios dice a las Iglesias (cf. *Ap 2,7*) y a toda la humanidad en este decisivo período de su historia.

El hombre y sus diferentes culturas

4. Considerando todas las vicisitudes de la humanidad, uno se queda asombrado frente a las manifestaciones complejas y varias de las culturas humanas. Cada una de ellas se diferencia de las otras por su específico itinerario histórico y por los consiguientes rasgos característicos que la hacen única, original y orgánica en su propia estructura. *La cultura es expresión cualificada del hombre y de sus vicisitudes históricas*, tanto a nivel individual como colectivo. En efecto, la inteligencia y la voluntad le mueven incesantemente a «cultivar los bienes y los valores de la naturaleza»¹, plasmando en unas síntesis culturales cada vez más altas y sistemáticas los conocimientos fundamentales que se refieren a todos los aspectos de la vida y, en particular, los que atañen a su convivencia social y política, a la seguridad y al desarrollo económico, a la elaboración de los valores y significados existenciales, sobre todo de naturaleza religiosa, que permiten a su situación individual y comunitaria desarrollarse según modalidades auténticamente humanas².

5. Las culturas se caracterizan siempre por algunos elementos estables y duraderos y por otros dinámicos y contingentes. En un primer momento, la consideración de una cultura ofrece sobre todo los aspectos característicos que la diferencian de la cultura del observador, asegurándole un carácter típico en el cual convergen elementos de la más diversa naturaleza. En la mayor parte de los casos las culturas se desarrollan sobre territorios concretos, cuyos elementos geográficos, históricos y étnicos se entrelazan de modo original e irrepetible. Este «carácter típico» de cada cultura se refleja, de modo más o menos relevante, en las personas que la tienen, en un dinamismo continuo de influjos en cada uno de los sujetos humanos y de las aportaciones que éstos, según su capacidad y su genio,

1 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 53.

2 Cf. Juan Pablo II, Discurso a las Naciones Unidas, 15 de octubre de 1995.

dan a la propia cultura. En cualquier caso, *ser hombre significa necesariamente existir en una determinada cultura*. Cada persona está marcada por la cultura que respira a través de la familia y los grupos humanos con los que entra en contacto, por medio de los procesos educativos y las influencias ambientales más diversas y de la misma relación fundamental que tiene con el territorio en el que vive. En todo esto no hay ningún determinismo, sino una constante dialéctica entre la fuerza de los condicionamientos y el dinamismo de la libertad.

Formación humana y pertenencia cultural

6. La acogida de la propia cultura como elemento configurador de la personalidad, especialmente en la primera fase del crecimiento, es un dato de experiencia universal, cuya importancia no se debe infravalorar. Sin este enraizamiento en un *humus* definido, la persona misma correría el riesgo de verse expuesta, en edad aún temprana, a un exceso de estímulos contrastantes que no ayudarían el desarrollo sereno y equilibrado. Sobre la base de esta relación fundamental con los propios «orígenes» -a nivel familiar, pero también territorial, social y cultural- es donde se desarrolla en las personas *el sentido de la «patria»*, y la cultura tiende a asumir, unas veces más y otras menos, una configuración «nacional». El mismo Hijo de Dios, haciéndose hombre, recibió, con una familia humana, también una «patria». Él es para siempre Jesús de Nazaret, el Nazareno (cf. *Mc* 10,47; *Lc* 18,37; *Jn* 1,45; 19,19). Se trata de un proceso natural en el cual las instancias sociológicas y psicológicas actúan entre sí, con efectos normalmente positivos y constructivos. El amor patriótico es, por eso, *un valor a cultivar*, pero sin restricciones de espíritu, amando juntos a toda la familia humana³ y evitando las manifestaciones patológicas que se dan cuando el sentido de pertenencia asume tonos de autoexaltación y de exclusión de la diversidad, desarrollándose en formas nacionalistas, racistas y xenóforas.

7. Si por esto es importante, por un lado, saber apreciar los valores de la propia cultura, por otro es preciso tomar conciencia de que cada cultura, siendo un producto típicamente humano e históricamente condicionado, también implica necesariamente unos límites. Para que el sentido de pertenencia cultural no se transforme en cerrazón, un antídoto eficaz es el conoci-

3 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 75.

miento sereno, no condicionado por prejuicios negativos, de las otras culturas. Por lo demás, en un análisis atento y riguroso, frecuentemente las culturas muestran, por encima de sus manifestaciones más externas, *elementos comunes significativos*. Esto se puede ver también en la sucesión histórica de culturas y civilizaciones. La Iglesia, mirando a Cristo, que revela el hombre al hombre⁴, y apoyada en la experiencia alcanzada en dos mil años de historia, está convencida de que «por encima de todos los cambios, hay muchas cosas que no cambian»⁵. Esta continuidad está basada en características esenciales y universales del proyecto de Dios sobre el hombre.

Las diferencias culturales han de ser comprendidas *desde la perspectiva fundamental de la unidad del género humano*, dato histórico y ontológico primario, a la luz del cual es posible entender el significado profundo de las mismas diferencias. En realidad, sólo la visión de conjunto tanto de los elementos de unidad como de las diferencias hace posible la comprensión y la interpretación de la verdad plena de toda cultura humana.⁶

Diversidad de culturas y respeto recíproco

8. En el pasado las diferencias entre las culturas han sido a menudo fuente de incomprensiones entre los pueblos y motivo de conflictos y guerras. Pero todavía hoy, por desgracia, en diversas partes del mundo constatamos, con creciente aprensión, *la polémica consolidación de algunas identidades culturales contra otras culturas*. Este fenómeno puede, a largo plazo, desembocar en tensiones y choques funestos, y por lo menos hace difícil la condición de algunas minorías étnicas y culturales, que viven en un contexto de mayorías culturalmente diversas, propensas a actitudes y comportamientos hostiles y racistas.

Ante esta situación, todo hombre de buena voluntad debe interrogarse sobre las orientaciones éticas fundamentales que caracterizan la experiencia cultural de una determinada comunidad. En efecto, las culturas, igual que el hombre que es su autor, están marcadas por el «misterio de iniquidad» que actúa en la historia humana (cf. 2 Ts 2,7) y tienen también necesidad de purificación y salvación. La autenticidad de cada cultura

4 Cf. *ibíd.*, 22.

5 *Ibid.*, 10.

6 Cf. Juan Pablo II, Discurso a la UNESCO, 2 de junio de 1980.

humana, el valor del *ethos* que lleva consigo, o sea, la solidez de su orientación moral, se pueden medir de alguna manera por su razón de ser *en favor del hombre y en la promoción de su dignidad* a cualquier nivel y en cualquier contexto.

9. Si tan preocupante es la radicalización de las identidades culturales que se vuelven impermeables a cualquier influjo externo beneficioso, no es menos arriesgada *la servil aceptación de las culturas*, o de algunos de sus importantes aspectos, como modelos culturales del mundo occidental que, ya desconectados de su ambiente cristiano, se inspiran en una concepción secularizada y prácticamente atea de la vida y en formas de individualismo radical. Se trata de un fenómeno de vastas proporciones, sostenido por poderosas campañas de los medios de comunicación social, que tienden a proponer estilos de vida, proyectos sociales y económicos y, en definitiva, una visión general de la realidad, que erosiona internamente organizaciones culturales distintas y civilizaciones nobilísimas. Por su destacado carácter científico y técnico, los modelos culturales de Occidente son fascinantes y atrayentes, pero muestran, por desgracia y siempre con mayor evidencia, un progresivo empobrecimiento humanístico, espiritual y moral. La cultura que los produce está marcada por la dramática pretensión de querer realizar el bien del hombre prescindiendo de Dios, supremo Bien. Pero «sin el Creador -ha advertido el Concilio Vaticano II- la criatura se diluye»⁷. Una cultura que rechaza referirse a Dios pierde la propia alma y se desorienta transformándose en una cultura de muerte, como atestiguan los trágicos acontecimientos del siglo XX y como demuestran los efectos nihilistas actualmente presentes en importantes ámbitos del mundo occidental.

Diálogo entre las culturas

10. De manera análoga a lo que sucede en la persona, que se realiza a través de la apertura acogedora al otro y la generosa donación de sí misma, las culturas, elaboradas por los hombres y al servicio de los hombres, se modelan también con los dinamismos típicos del diálogo y de la comunión, sobre la base de la originaria y fundamental unidad de la familia

7 Const. past. *Gaudium et spes*, 36.

humana, salida de las manos de Dios, que «creó, de un solo principio todo el linaje humano» (Hch 17,26).

Desde este punto de vista, el *diálogo entre las culturas*, tema del presente Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, surge como una exigencia intrínseca de la naturaleza misma del hombre y de la cultura. Como expresiones históricas diversas y geniales de la unidad originaria de la familia humana, las culturas encuentran en el diálogo la salvaguardia de su carácter peculiar y de la recíproca comprensión y comunión. El concepto de comunión, que en la revelación cristiana tiene su origen y modelo sublime en Dios uno y trino (cf. Jn 17,11.21), no supone un anularse en la uniformidad o una forzada homologación o asimilación; es más bien expresión de la convergencia de una multiforme variedad, y por ello se convierte en signo de riqueza y promesa de desarrollo.

El diálogo lleva a reconocer la riqueza de la diversidad y dispone los ánimos a la recíproca aceptación, en la perspectiva de una auténtica colaboración, que responde a la originaria vocación a la unidad de toda la familia humana. Como tal, el diálogo es un instrumento eminente para realizar *la civilización del amor y de la paz*, que mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, indicó como el ideal en el que había que inspirar la vida cultural, social, política y económica de nuestro tiempo. Al inicio del tercer milenio es urgente proponer de nuevo *la vía del diálogo* a un mundo marcado por tantos conflictos y violencias, desalentado a veces e incapaz de escrutar los horizontes de la esperanza y de la paz.

Potencialidades y riesgos de la comunicación global

11. El diálogo entre las culturas se ve hoy particularmente necesario si se considera *el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación* en la vida de las personas y de los pueblos. Vivimos en la era de la comunicación global, que está plasmando la sociedad según nuevos modelos culturales, más o menos extraños a los modelos del pasado. La información precisa y actualizada es, al menos en línea de principio, prácticamente accesible a todos, en cualquier parte del mundo.

El libre aluvión de imágenes y palabras a escala mundial está transformando no sólo las relaciones entre los pueblos a nivel político y económico, sino también la misma comprensión del mundo. Este fenómeno

ofrece múltiples potencialidades en otro tiempo impensables, pero presenta también algunos aspectos negativos y peligrosos. El hecho de que un número reducido de Países detente el monopolio de las «industrias» culturales, distribuyendo sus productos en cualquier lugar de la tierra a un público cada vez mayor, puede ser un potente factor de erosión de las características culturales. Son productos que contienen y transmiten sistemas implícitos de valor y por tanto pueden provocar en los receptores unos efectos de expropiación y pérdida de identidad.

Desafío de las migraciones

12. El estilo y la cultura del diálogo son particularmente significativos respecto a la *compleja problemática de las migraciones*, importante fenómeno social de nuestro tiempo. El éxodo de grandes masas de una región a otra del planeta, que es a menudo una dramática odisea humana para quienes se ven implicados, tiene como consecuencia la mezcla de tradiciones y costumbres diferentes, con notables repercusiones en los Países de origen y en los de llegada. La acogida reservada a los inmigrantes por parte de los Países que los reciben y su capacidad de integrarse en el nuevo ambiente humano representan otras tantas medidas para valorar la calidad del diálogo entre las diferentes culturas.

En realidad, sobre el tema de la integración cultural, tan debatido actualmente, no es fácil encontrar organizaciones y ordenamientos que garanticen, de manera equilibrada y ecuánime, los derechos y deberes, tanto de quien acoge como de quien es acogido. Históricamente, los procesos migratorios han tenido lugar de maneras muy distintas y con resultados diversos. Son muchas las civilizaciones que se han desarrollado y enriquecido precisamente por las aportaciones de la inmigración. En otros casos, las diferencias culturales de autóctonos e inmigrados no se han integrado, sino que han mostrado la capacidad de convivir, a través del respeto recíproco de las personas y de la aceptación o tolerancia de las diferentes costumbres. Lamentablemente perduran también situaciones en las que las dificultades de encuentro entre las diversas culturas no se han solucionado nunca y las tensiones han sido causa de conflictos periódicos.

13. En una materia tan compleja, no hay fórmulas «mágicas»; no obstante, es preciso indicar algunos principios éticos de fondo a los que

hacer referencia. Como primero entre todos se ha recordar el principio según el cual *los emigrantes han de ser tratados siempre con el respeto debido a la dignidad de toda persona humana*. A este principio ha de supeditarse incluso la debida consideración al bien común cuando se trata de regular los flujos inmigratorios. Se trata, pues, de conjugar la acogida que se debe a todos los seres humanos, en especial si son indigentes, con la consideración sobre las condiciones indispensables para una vida decorosa y pacífica, tanto para los habitantes originarios como para los nuevos llegados. Por lo que se refiere a las características culturales que los emigrantes llevan consigo, han de ser respetadas y acogidas, en la medida en que no se contraponen a los valores éticos universales, ínsitos en la ley natural, y a los derechos humanos fundamentales.

Respeto de las culturas y «fisonomía cultural» del territorio

14. Más difícil es determinar hasta dónde llega el derecho de los emigrantes al reconocimiento jurídico público de sus manifestaciones culturales específicas, cuando éstas no se acomodan fácilmente a las costumbres de la mayoría de los ciudadanos. La solución de este problema, en el marco de una sustancial apertura, *está vinculada a la valoración concreta del bien común* en un determinado momento histórico y en una situación territorial y social concreta. Mucho depende de que arraigue en todos una cultura de la acogida que, sin caer en la indiferencia sobre los valores, sepa conjugar las razones en favor de la identidad y del diálogo.

Por otro lado, como he indicado antes, se ha de valorar la importancia que tiene la cultura característica de un territorio para el crecimiento equilibrado de los que pertenecen a él por nacimiento, especialmente en sus fases evolutivas más delicadas. Desde este punto de vista, puede considerarse plausible una orientación que tienda a garantizar en un determinado territorio un cierto «equilibrio cultural», en correspondencia con la cultura predominante que lo ha caracterizado; un equilibrio que, aunque siempre abierto a las minorías y al respeto de sus derechos fundamentales, permita la permanencia y el desarrollo de una determinada «fisonomía cultural», o sea, del patrimonio fundamental de lengua, tradiciones y valores que generalmente se asocian a la experiencia de la nación y al sentido de la «patria».

15. Es evidente que esta exigencia de «equilibrio», respecto a la «fisonomía cultural» de un territorio, no se puede lograr satisfactoriamente sólo con instrumentos legislativos, puesto que éstos carecerían de eficacia si no estuvieran fundados en el *ethos* de la población y, sobre todo, estarían destinados a cambiar naturalmente, cuando una cultura perdiera de hecho su capacidad de animar un pueblo y un territorio, convirtiéndose en una simple herencia guardada en museos o monumentos artísticos y literarios.

En realidad, una cultura, en la medida en que es realmente vital, no tiene motivos para temer ser dominada, de igual manera que ninguna ley podrá mantenerla viva si ha muerto en el alma de un pueblo. Por lo demás, en el plano del diálogo entre las culturas, no se puede impedir a uno que proponga a otro los valores en que cree, con tal de que se haga de manera respetuosa de la libertad y de la conciencia de las personas. «*La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas*»⁸.

Conciencia de los valores comunes

16. El diálogo entre las culturas, instrumento privilegiado para construir la civilización del amor, se apoya en la certeza de que *hay valores comunes a todas las culturas*, porque están arraigados en la naturaleza de la persona. En tales valores la humanidad expresa sus rasgos más auténticos e importantes. Hace falta *cultivar en las almas la conciencia de estos valores*, dejando de lado prejuicios ideológicos y egoísmos partidarios, para alimentar ese *humus* cultural, universal por naturaleza, que hace posible el desarrollo fecundo de un diálogo constructivo. También las diferentes religiones pueden y deben dar una contribución decisiva en este sentido. La experiencia que he tenido tantas veces en el encuentro con representantes de otras religiones -recuerdo en particular el encuentro de Asís de 1986 y el de la plaza San Pedro de 1999- me confirma en la confianza de que la recíproca apertura de los seguidores de las diversas religiones puede aportar muchos beneficios para la causa de la paz y del bien común de la humanidad.

8 Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 1.

El valor de la solidaridad

17. Ante las crecientes desigualdades existentes en el mundo, *el primer valor* que se debe promover y difundir cada vez más en las conciencias es ciertamente el de la *solidaridad*. Toda sociedad se apoya sobre la base del vínculo originario de las personas entre sí, conformado por ámbitos relacionales cada vez más amplios -desde la familia y los demás grupos sociales intermedios- hasta los de la sociedad civil entera y de la comunidad estatal. A su vez, los Estados no pueden prescindir de entrar en relación unos con otros. La actual situación de interdependencia planetaria ayuda a percibir mejor el destino común de toda la familia humana, favoreciendo en toda persona reflexiva el aprecio por la virtud de la solidaridad.

A este respecto, sin embargo, se debe notar que la progresiva interdependencia ha contribuido a poner al descubierto múltiples desigualdades, como el desequilibrio entre Países ricos y Países pobres; la distancia social, dentro de cada País, entre quien vive en la opulencia y quien ve ofendida su dignidad, porque le falta incluso lo necesario; el deterioro ambiental y humano, provocado y acelerado por el empleo irresponsable de los recursos naturales. Tales desigualdades y diferencias sociales han ido aumentando en algunos casos, hasta llevar a los Países más pobres hacia una deriva imparable.

Una auténtica cultura de la solidaridad ha de tener, pues, como principal objetivo *la promoción de la justicia*. No se trata sólo de dar lo superfluo a quien está necesitado, sino de «ayudar a pueblos enteros -que están excluidos o marginados- a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad»⁹.

El valor de la paz

18. La cultura de la solidaridad está estrechamente unida *al valor de la paz*, objetivo primordial de toda sociedad y de la convivencia nacional e internacional. Sin embargo, en el camino hacia un mejor acuerdo entre los

9 Juan Pablo II, Carta Enc. *Centesimus annus*, 58

pueblos son aún numerosos los desafíos que debe afrontar el mundo y que ponen a todos ante opciones inderogables. El preocupante aumento de los armamentos, mientras no acaba de consolidarse el compromiso por la no proliferación de las armas nucleares, tiene el riesgo de alimentar y difundir una cultura de la competencia y la conflictualidad, que no implica solamente a los Estados, sino también a entidades no institucionales, como grupos paramilitares y organizaciones terroristas.

El mundo sigue sufriendo aún las consecuencias de guerras pasadas y presentes, las tragedias provocadas por el uso de minas antipersonales y por el recurso a las horribles armas químicas y biológicas. ¿Y cómo olvidar el riesgo permanente de conflictos entre las naciones, de guerras civiles dentro de algunos Estados y de una violencia extendida, que las organizaciones internacionales y los gobiernos nacionales se ven casi impotentes para afrontar? Ante tales amenazas, todos tienen que sentir el deber moral de adoptar medidas concretas y apropiadas para promover la causa de la paz y la comprensión entre los hombres.

El valor de la vida

19. Un auténtico diálogo entre las culturas, además del sentimiento del mutuo respeto, no puede más que alimentar una viva sensibilidad por *el valor de la vida*. La vida humana no puede ser considerada como un objeto del cual disponer arbitrariamente, sino como la realidad más sagrada e intangible que está presente en el escenario del mundo. No puede haber paz cuando falta la defensa de este bien fundamental. *No se puede invocar la paz y despreciar la vida*. Nuestro tiempo es testigo de excelentes ejemplos de generosidad y entrega al servicio de la vida, pero también del triste escenario de millones de hombres entregados a la crueldad o a la indiferencia de un destino doloroso y brutal. Se trata de una trágica espiral de muerte que abarca homicidios, suicidios, abortos, eutanasia, como también mutilaciones, torturas físicas y psicológicas, formas de coacción injusta, encarcelamiento arbitrario, recurso absolutamente innecesario a la pena de muerte, deportaciones, esclavitud, prostitución, compra-venta de mujeres y niños. A esta relación se han de añadir prácticas irresponsables de ingeniería genética, como la clonación y la utilización de embriones humanos para la investigación, las cuales se quiere justificar con una ilegítima referencia a la libertad, al progreso de la cultura y a la promoción del

desarrollo humano. Cuando los sujetos más frágiles e indefensos de la sociedad sufren tales atrocidades, la misma noción de familia humana, basada en los valores de la persona, de la confianza y del mutuo respeto y ayuda, es gravemente cercenada. Una civilización basada en el amor y la paz debe oponerse a estos experimentos indignos del hombre.

El valor de la educación

20. Para construir la civilización del amor, el diálogo entre las culturas debe tender a superar todo egoísmo etnocéntrico para conjugar la atención a la propia identidad con la comprensión de los demás y el respeto de la diversidad. Es fundamental, a este respecto, *la responsabilidad de la educación*. Ésta debe transmitir a los sujetos la conciencia de las propias raíces y ofrecerles puntos de referencia que les permitan encontrar su situación personal en el mundo. Al mismo tiempo debe esforzarse por enseñar el respeto a las otras culturas. Es necesario mirar más allá de la experiencia individual inmediata y aceptar las diferencias, descubriendo la riqueza de la historia de los demás y de sus valores.

El conocimiento de las otras culturas, llevado a cabo con el debido sentido crítico y con sólidos puntos de referencia ética, lleva a un mayor conocimiento de los valores y de los límites inherentes a la propia cultura y revela, a la vez, la existencia de una herencia común a todo el género humano. Precisamente por esta amplitud de miras, *la educación tiene una función particular en la construcción de un mundo más solidario y pacífico*. La educación puede contribuir a la consolidación del humanismo integral, abierto a la dimensión ética y religiosa, que atribuye la debida importancia al conocimiento y a la estima de las culturas y de los valores espirituales de las diversas civilizaciones.

El perdón y la reconciliación

21. Durante el Gran Jubileo, dos mil años después del nacimiento de Jesús, la Iglesia ha vivido con particular intensidad la *llamada exigente de la reconciliación*. Es también una invitación significativa en el marco de la compleja temática del diálogo entre las culturas. En efecto, el diálogo es a menudo difícil, porque sobre él pesa la hipoteca de trágicas herencias de guerras, conflictos, violencias y odios, que la memoria sigue fomentando. Para superar las barreras de la incomunicabilidad, el camino a recorrer es

el del perdón y la reconciliación. Muchos, en nombre de un realismo desengañado, consideran este camino utópico e ingenuo. En cambio, en la perspectiva cristiana, ésta es la única vía para alcanzar la meta de la paz.

La mirada de los creyentes se detiene a contemplar el icono del Crucificado. Poco antes de morir Jesús exclama: «Padre perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). El malhechor crucificado a su derecha, oyendo estas últimas palabras del Redentor moribundo, se abre a la gracia de la conversión, acoge el Evangelio del perdón y recibe la promesa de la felicidad eterna. El ejemplo de Cristo nos confirma que realmente se pueden derribar tantos muros que bloquean la comunicación y el diálogo entre los hombres. La mirada al Crucificado nos infunde la confianza de que el perdón y la reconciliación pueden ser una praxis normal de la vida cotidiana y de toda cultura y, por tanto, una oportunidad concreta para construir la paz y el futuro de la humanidad.

Recordando la significativa experiencia jubilar de la *purificación de la memoria*, deseo dirigir a los cristianos una invitación particular, a fin de que sean testigos y misioneros de perdón y reconciliación, apresurando, con la incesante invocación al Dios de la paz, la realización de la espléndida profecía de Isaías, que se puede extender a todos los pueblos de la tierra: «Aquel día habrá una calzada desde Egipto a Asiria. Vendrá Asur a Egipto y Egipto a Asiria, y Egipto servirá a Asur. Aquel día será Israel tercero con Egipto y Asur, objeto de bendición en medio de la tierra, pues la bendecirá el Señor de los ejércitos diciendo: «Bendito sea mi pueblo Egipto, la obra de mis manos Asur, y mi heredad Israel»» (Is 19,23-25).

Una llamada a los jóvenes

22. Deseo concluir este Mensaje de paz con una invitación especial a vosotros, *jóvenes de todo el mundo*, que sois el futuro de la humanidad y las piedras vivas para construir la civilización del amor. Conservo en el corazón el recuerdo de los encuentros llenos de emoción y de esperanza que he tenido con vosotros durante la reciente Jornada Mundial de la Juventud en Roma. Vuestra adhesión ha sido gozosa, convencida y prometedora. En vuestra energía y vitalidad, y en vuestro amor a Cristo, he vislumbrado un porvenir más sereno y humano para el mundo.

Al sentirnos cerca, percibía dentro de mí un sentimiento profundo de gratitud al Señor, que me concedía la gracia de contemplar, a través del variopinto mosaico de vuestras diversas lenguas, culturas, costumbres y mentalidades, *el milagro de la universalidad de la Iglesia*, de su catolicidad y de su unidad. Por medio de vosotros he admirado *la maravillosa conjunción de la diversidad en la unidad* de la misma fe, de la misma esperanza y de la misma caridad, como expresión elocuente de la espléndida realidad de la Iglesia, signo e instrumento de Cristo para la salvación del mundo y para la unidad del género humano¹⁰. El Evangelio os llama a reconstruir aquella originaria unidad de la familia humana, que tiene su fuente en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Queridos jóvenes de cualquier lengua y cultura, os espera *una tarea ardua y apasionante*: ser hombres y mujeres capaces de solidaridad, de paz y de amor a la vida, en el respeto de todos. ¡Sed artífices de una nueva humanidad, donde hermanos y hermanas, miembros todos de una misma familia, puedan vivir finalmente en la paz!

Vaticano, 8 de diciembre de 2000.

Carta apostólica Novo Millennio Ineunte del Sumo Pontífice Juan Pablo II al episcopado al clero y a los fieles al concluir el Gran Jubileo del Año 2000

1. Al comienzo del nuevo milenio, mientras se cierra el Gran Jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús y se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a «remar mar adentro» para pescar: «*Duc in altum*» (Lc 5,4). Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. «*Y habiéndolo hecho, recogieron una cantidad enorme de peces*» (Lc 5,6).

10 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1.

¡Duc in altum! Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: «*Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre*» (Hb 13,8).

La alegría de la Iglesia, que se ha dedicado a contemplar el rostro de su Esposo y Señor, ha sido grande este año. Se ha convertido, más que nunca, en pueblo peregrino, guiado por Aquél que es «*el gran Pastor de las ovejas*» (Hb 13,20). Con un extraordinario dinamismo, que ha implicado a todos sus miembros, el Pueblo de Dios, aquí en Roma, así como en Jerusalén y en todas las Iglesias locales, ha pasado a través de la «Puerta Santa» que es Cristo. A él, meta de la historia y único Salvador del mundo, la Iglesia y el Espíritu Santo han elevado su voz: «*Marana tha Ven, Señor Jesús*» (cf. Ap 22,17.20; 1 Co 16,22).

Es imposible medir la efusión de gracia que, a lo largo del año, ha tocado las conciencias. Pero ciertamente, un «río de agua viva», aquel que continuamente brota «del trono de Dios y del Cordero» (cf. Ap 22,1), se ha derramado sobre la Iglesia. Es el agua del Espíritu Santo que apaga la sed y renueva (cf. Jn 4,14). Es el amor misericordioso del Padre que, en Cristo, se nos ha revelado y dado otra vez. Al final de este año podemos repetir, con renovado regocijo, la antigua palabra de gratitud: «*Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia*» (Sal 118,117,1).

2. Por eso, siento el deber de dirigirme a todos vosotros para compartir el canto de alabanza. Había pensado en este Año Santo del dos mil como un momento importante desde el inicio de mi Pontificado. Pensé en esta celebración como una convocatoria providencial en la cual la Iglesia, treinta y cinco años después del Concilio Ecuménico Vaticano II, habría sido invitada a interrogarse sobre su renovación para asumir con nuevo ímpetu su misión evangelizadora.

¿Lo ha logrado el Jubileo? Nuestro compromiso, con sus generosos esfuerzos y las inevitables fragilidades, está ante la mirada de Dios. Pero no podemos olvidar el deber de gratitud por las «maravillas» que Dios ha realizado por nosotros. «*Misericordias Domini in aeternum cantabo*» (Sal 89,88,2).

Al mismo tiempo, lo ocurrido ante nosotros exige ser considerado y, en cierto sentido, interpretado, para escuchar lo que el Espíritu, a lo largo de este año tan intenso, ha dicho a la Iglesia (cf. Ap 2,7.11.17 etc.).

3. Sobre todo, queridos hermanos y hermanas, es necesario pensar en el futuro que nos espera. Tantas veces, durante estos meses, hemos mirado hacia el nuevo milenio que se abre, viviendo el Jubileo no sólo como *memoria del pasado*, sino como *profecía del futuro*. Es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas. Es una tarea a la cual deseo invitar a todas las Iglesias locales. En cada una de ellas, congregada en torno al propio Obispo, en la escucha de la Palabra, en la comunión fraterna y en la «*fracción del pan*» (cf. Hch 2,42), está «*verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica*». ¹ Es especialmente en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas.

Este encarnarse de la Iglesia en el tiempo y en el espacio refleja, en definitiva, *el movimiento mismo de la Encarnación*. Es, pues, el momento de que cada Iglesia, reflexionando sobre lo que el Espíritu ha dicho al Pueblo de Dios en este especial año de gracia, más aún, en el período más amplio de tiempo que va desde el Concilio Vaticano II al Gran Jubileo, analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral. Con este objetivo, deseo ofrecer en esta Carta, al concluir el Año Jubilar, la contribución de mi ministerio petrino, para que la Iglesia brille cada vez más en la variedad de sus dones y en la unidad de su camino.

I. EL ENCUENTRO CON CRISTO, HERENCIA DEL GRAN JUBILEO

4. «*Gracias te damos, Señor, Dios omnipotente*» (Ap 11,17). En la Bula de convocatoria del Jubileo auguraba que la celebración bimilenaria del misterio de la Encarnación se viviera como un «*único e ininterrumpido canto de alabanza a la Trinidad*» ² y a la vez como camino de reconciliación y como signo de genuina esperanza para quienes miran a Cristo y a su Iglesia. ³ La experiencia del año jubilar se ha movido precisamente en

estas dimensiones vitales, alcanzando momentos de intensidad que nos han hecho como tocar con la mano la presencia misericordiosa de Dios, del cual procede «*toda dádiva buena y todo don perfecto*» (St 1,17).

Pienso, sobre todo, en la *dimensión de la alabanza*. Desde ella se mueve toda respuesta auténtica de fe a la revelación de Dios en Cristo. El cristianismo es gracia, es la sorpresa de un Dios que, satisfecho no sólo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura, y después de haber hablado muchas veces y de diversos modos por medio de los profetas, «*últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo*» (Hb 1,12).

¡*En estos días!* Sí, el Jubileo nos ha hecho sentir que dos mil años de historia han pasado sin disminuir la actualidad de aquel «hoy» con el que los ángeles anunciaron a los pastores el acontecimiento maravilloso del nacimiento de Jesús en Belén: «*Hoy os ha nacido en la ciudad de David un salvador, que es Cristo el Señor*» (Lc 2,11). Han pasado dos mil años, pero permanece más viva que nunca la proclamación que Jesús hizo de su misión ante sus atónitos conciudadanos en la Sinagoga de Nazaret, aplicando a sí mismo la profecía de Isaías: «*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*» (Lc 4,21). Han pasado dos mil años, pero siente siempre consolador para los pecadores necesitados de misericordia -y ¿quién no lo es?- aquel «hoy» de la salvación que en la Cruz abrió las puertas del Reino de Dios al ladrón arrepentido: «*En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso*» (Lc 23,43).

La plenitud de los tiempos

5. La coincidencia de este Jubileo con la entrada en un nuevo milenio, ha favorecido ciertamente, sin ceder a fantasías milenaristas, la percepción del misterio de Cristo en el gran horizonte de la historia de la salvación. ¡*El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia!* En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, «*en la plenitud de los tiempos*» (Ga 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última. En efecto, es por medio él, Verbo e imagen del Padre, que «*todo se hizo*» (Jn 1,3; cf. Col 1,15). Su encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del

tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano (cf. *Mc* 1,15), más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol (cf. *Mc* 4,30-32), en nuestra historia.

«*Gloria a ti, Cristo Jesús, hoy y siempre tú reinarás*». Con este canto, tantas veces repetido, hemos contemplado en este año a Cristo como nos lo presenta el Apocalipsis: «*El Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin*» (*Ap* 22,13). Y contemplando a Cristo hemos adorado juntos al Padre y al Espíritu, la única e indivisible Trinidad, misterio inefable en el cual todo tiene su origen y su realización.

Purificación de la memoria

6. Para que nosotros pudiéramos contemplar con mirada más pura el misterio, este Año jubilar ha estado fuertemente caracterizado por la *petición de perdón*. Y esto ha sido así no sólo para cada uno individualmente, que se ha examinado sobre la propia vida para implorar misericordia y obtener el don especial de la indulgencia, sino también para toda la Iglesia, que ha querido recordar las infidelidades con las cuales tantos hijos suyos, a lo largo de la historia, han ensombrecido su rostro de Esposa de Cristo.

Para este examen de conciencia nos habíamos preparado mucho antes, conscientes de que la Iglesia, acogiendo en su seno a los pecadores «*es santa y a la vez tiene necesidad de purificación*».⁴ Unos Congresos científicos nos han ayudado a centrar aquellos aspectos en los que el espíritu evangélico, durante los dos primeros milenios, no siempre ha brillado. ¿Cómo olvidar la conmovedora *Liturgia del 12 de marzo de 2000*, en la cual yo mismo, en la Basílica de san Pedro, fijando la mirada en Cristo Crucificado, me he hecho portavoz de la Iglesia pidiendo perdón por el pecado de tantos hijos suyos? Esta «*purificación de la memoria*» ha reforzado nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio.

Los testigos de la fe

7. Sin embargo, la viva conciencia penitencial no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires*. Para algunos de ellos el Año

jubilarse ha sido también el año de su beatificación o canonización. Respecto a Pontífices bien conocidos en la historia o a humildes figuras de laicos y religiosos, de un continente a otro del mundo, la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no necesita palabras, la santidad representa al vivo el rostro de Cristo. Mucho se ha trabajado también, con ocasión del Año Santo, para recoger *las memorias preciosas de los Testigos de la fe en el siglo XX*. Los hemos conmemorado el 7 de mayo de 2000, junto con representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, en el sugestivo marco del Coliseo, símbolo de las antiguas persecuciones. Es una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación.

Iglesia peregrina

8. Siguiendo las huellas de los Santos, se han acercado aquí a Roma, ante las tumbas de los Apóstoles, innumerables hijos de la Iglesia, deseosos de profesar la propia fe, confesar los propios pecados y recibir la misericordia que salva. Mi mirada en este año ha quedado impresionada no sólo por las multitudes que han llenado la Plaza de san Pedro durante muchas celebraciones. Frecuentemente me he parado a mirar las largas filas de peregrinos en espera paciente de cruzar la Puerta Santa. En cada uno de ellos trataba de imaginar la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentro con Cristo y que en el diálogo con él reemprendía su camino de esperanza.

Observando también el continuo fluir de los grupos, los veía como *una imagen plástica de la Iglesia peregrina*, la Iglesia que está, como dice san Agustín «entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios». ⁵ Nosotros sólo podemos observar el aspecto más externo de este acontecimiento singular. ¿Quién puede valorar las maravillas de la gracia que se han dado en los corazones? Conviene callar y adorar, confiando humildemente en la acción misteriosa de Dios y cantar su amor infinito: «*¡Misericordias Domini in aeternum cantabo!*».

Los jóvenes

9. Los numerosos encuentros jubilaes han congregado las más diversas clases de personas, notándose una participación realmente impresio-

nante, que a veces ha puesto a prueba el esfuerzo de los organizadores y animadores, tanto eclesiales como civiles. Deseo aprovechar esta Carta para expresar a todos ellos mi agradecimiento más cordial. Pero, además del número, lo que tantas veces me ha conmovido ha sido constatar el serio esfuerzo de oración, de reflexión y de comunión que estos encuentros han manifestado.

Y, ¿cómo no recordar especialmente *el alegre y entusiasmante encuentro de los jóvenes*? Si hay una imagen del Jubileo del Año 2000 que quedará viva en el recuerdo más que las otras es seguramente la de la multitud de jóvenes con los cuales he podido establecer una especie de diálogo privilegiado, basado en una recíproca simpatía y un profundo entendimiento. Fue así desde la bienvenida que les di en la Plaza de san Juan de Letrán y en la Plaza de san Pedro. Después les vi deambular por la Ciudad, alegres como deben ser los jóvenes, pero también reflexivos, deseosos de oración, de «sentido» y de amistad verdadera. No será fácil, ni para ellos mismos, ni para cuantos los vieron, borrar de la memoria aquella semana en la cual Roma se hizo «joven con los jóvenes». No será posible olvidar la celebración eucarística de Tor Vergata.

Una vez más, los jóvenes han sido para Roma y para la Iglesia *un don especial del Espíritu de Dios*. A veces, cuando se mira a los jóvenes, con los problemas y las fragilidades que les caracterizan en la sociedad contemporánea, hay una tendencia al pesimismo. Es como si el Jubileo de los Jóvenes nos hubiera «sorprendido», trasmitiéndonos, en cambio, el mensaje de una juventud que expresa un deseo profundo, a pesar de posibles ambigüedades, de aquellos valores auténticos que tienen su plenitud en Cristo. ¿No es, tal vez, Cristo el secreto de la verdadera libertad y de la alegría profunda del corazón? ¿No es Cristo el amigo supremo y a la vez el educador de toda amistad auténtica? Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso, vibrando con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estu-penda: la de hacerse «centinelas de la mañana» (cf. *Is 21,11_12*) en esta aurora del nuevo milenio.

Peregrinos de diversas clases

10. Obviamente no puedo detenerme en detalles sobre todas las celebraciones jubilares. Cada una de ellas ha tenido sus características y ha dejado su mensaje no sólo a los que han asistido directamente, sino también a los que lo han conocido o han participado a distancia a través de los medios de comunicación social. Pero, ¿cómo no recordar el tono festivo del *primer gran encuentro dedicado a los niños*? Empezar por ellos significaba, en cierto modo, respetar la exhortación de Jesús: «*Dejad que los niños se acerquen a mí*» (Mc 10,14). Más aún, quizás significaba repetir el gesto que él hizo cuando «colocó en medio» a un niño y lo presentó como símbolo mismo de la actitud que había que asumir, si se quiere entrar en el Reino de Dios (cf. Mt 18,24).

Y así, en cierto sentido, siguiendo las huellas de los niños han venido a pedir la misericordia jubilar las más diversas clases de adultos: desde los ancianos a los enfermos y minusválidos, desde los trabajadores de las oficinas y del campo a los deportistas, desde los artistas a los profesores universitarios, desde los Obispos y presbíteros a las personas de vida consagrada, desde los políticos y los periodistas hasta los militares, venidos para confirmar el sentido de su servicio como un servicio a la paz.

Gran impacto tuvo *el encuentro de los trabajadores*, desarrollado el 1 de mayo dentro de la tradicional fecha de la fiesta del trabajo. A ellos les pedí que vivieran la espiritualidad del trabajo, a imitación de san José y de Jesús mismo. Su jubileo me ofreció, además, la ocasión para lanzar una fuerte llamada a remediar los desequilibrios económicos y sociales existentes en el mundo del trabajo, y a gestionar con decisión los procesos de la globalización económica en función de la solidaridad y del respeto debido a cada persona humana.

Los niños, con su incontenible comportamiento festivo, volvieron en el *Jubileo de las Familias*, en el cual han sido señalados al mundo como «primavera de la familia y de la sociedad». Muy elocuente fue este encuentro jubilar en el cual tantas familias, procedentes de diversas partes del mundo, vinieron para obtener, con renovado fervor, la luz de Cristo sobre el proyecto originario de Dios (cf. Mc 10,6-8; Mt 19,4-6). Ellas se comprometieron a difundirla en una cultura que corre el peligro de perder, de

modo cada vez más preocupante, el sentido mismo del matrimonio y de la institución familiar.

Entre los encuentros más emotivos está también para mí el que tuve con *los presos de Regina Caeli*. En sus ojos leí el dolor, pero también el arrepentimiento y la esperanza. Para ellos el Jubileo fue por un motivo muy particular un «año de misericordia».

Simpático fue, finalmente, en los últimos días del año, el encuentro con *el mundo del espectáculo*. A las personas que trabajan en este sector recordé la gran responsabilidad de proponer, con la alegre diversión, mensajes positivos, moralmente sanos, capaces de transmitir confianza y amor a la vida.

Congreso Eucarístico Internacional

11. En la lógica de este Año jubilar, un significado determinante debía tener el *Congreso Eucarístico Internacional*. ¡Y lo tuvo! Si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo que se hace presente entre nosotros, ¿cómo podía su presencia real no ser el centro del Año Santo dedicado a la encarnación del Verbo? Precisamente por ello fue previsto como año «intensamente eucarístico»⁶ y así hemos procurado vivirlo. Al mismo tiempo, ¿cómo podía faltar, al lado del recuerdo del nacimiento del Hijo, el de la Madre? María ha estado presente en las celebraciones jubilares no sólo por medio de oportunos y cualificados congresos, sino sobre todo a través del gran Acto de consagración con el que, rodeado por buena parte del Episcopado mundial, confié a su solicitud materna la vida de los hombres y de las mujeres del nuevo milenio.

La dimensión ecuménica

12. *Se comprenderá así que hable espontáneamente del Jubileo visto desde la Sede de Pedro. Sin embargo, no olvido que yo mismo quise que su celebración tuviese lugar de pleno derecho también en las Iglesias particulares, y es allí donde la mayor parte de los fieles han podido obtener las gracias especiales y, en particular, la indulgencia del Año jubilar. Así pues, es significativo que muchas Diócesis hayan sentido el deseo de hacerse presentes, con numerosos grupos de fieles, también aquí en Roma. La Ciudad Eterna ha manifestado, pues, una vez más su papel providen-*

cial de lugar donde las riquezas y los dones de todas y cada una de las Iglesias, y también de cada nación y cultura, se armonizan en la «catolicidad», para que la única Iglesia de Cristo manifieste de modo cada vez más elocuente su misterio de sacramento de unidad.⁷

Había pedido también que, en el programa del Año jubilar, se prestara una particular atención a la dimensión ecuménica. ¿Qué ocasión más propicia para animar el camino hacia la plena comunión que la celebración común del nacimiento de Cristo? Se han llevado a cabo muchos esfuerzos para este objetivo, y entre ellos destaca el encuentro ecuménico en la Basílica de San Pablo el 18 de enero de 2000, cuando por primera vez en la historia una Puerta Santa fue abierta conjuntamente por el Sucesor de Pedro, por el Primado Anglicano y por un Metropolitano del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, en presencia de representantes de Iglesias y Comunidades eclesiales del todo el mundo. En esta misma dirección han ido también algunos importantes encuentros con Patriarcas ortodoxos y Jerarcas de otras Confesiones cristianas. Recuerdo, en particular, la reciente visita de S.S. Karekin II, Patriarca Supremo y Catholicos de todos los Armenios. Además, muchos fieles de otras Iglesias y Comunidades eclesiales han participado en los encuentros jubilares de los diversos grupos. El camino ecuménico es ciertamente laborioso, quizás largo, pero nos anima la esperanza de estar guiados por la presencia de Cristo resucitado y por la fuerza inagotable de su Espíritu, capaz de sorpresas siempre nuevas.

La peregrinación en Tierra Santa

13. ¿Cómo no recordar también *mi Jubileo personal por los caminos de Tierra Santa*? Habría deseado iniciarlo en Ur de los Caldeos, para seguir casi prácticamente las huellas de Abraham «nuestro padre en la fe» (cf. *Rm* 4,11-16). En cambio, tuve que contentarme con una etapa únicamente espiritual, mediante la sugestiva «Liturgia de la palabra» celebrada el 23 de febrero en el Aula Pablo VI. A continuación tuvo lugar la verdadera peregrinación, siguiendo el itinerario de la historia de la salvación. Así tuve el gozo de pararme en el Monte Sinaí, lugar que recuerda la entrega del Decálogo y de la primera Alianza. Un mes después retomé el camino, llegando al Monte Nebo y visitando luego los mismos lugares habitados y santificados por el Redentor. Es difícil expresar la emoción que experimenté al poder venerar los lugares del nacimiento y de la vida de Cristo, en Belén y Nazaret, al celebrar la

Eucaristía en el Cenáculo, en el mismo lugar de su institución, al meditar el misterio de la Cruz sobre el Gólgota, donde él dio su vida por nosotros. En aquellos lugares, aún tan probados e incluso recientemente entristecidos por la violencia, pude experimentar una acogida extraordinaria no sólo por parte de los hijos de la Iglesia, sino también por parte de las comunidades israelítica y palestina. Grande fue mi emoción en la oración ante el Muro de las Lamentaciones y durante la visita al Mausoleo de Yad Vashem, en el recuerdo aterrador de las víctimas de los campos de exterminio nazis. Aquella peregrinación fue un momento de fraternidad y de paz, que me complace señalar como uno de los dones más bellos del acontecimiento jubilar. Pensando en el clima vivido en aquellos días, expreso el sincero augurio de una pronta y justa solución de los problemas aún abiertos en aquellos lugares santos, tan queridos a la vez por los judíos, los cristianos y los musulmanes.

La deuda internacional

14. El Jubileo ha sido también -y no podía ser de otro modo- un gran acontecimiento de caridad. Desde los años preparatorios, hice una llamada a una mayor y más comprometida atención a los problemas de la pobreza que aún afligen al mundo. Un significado particular ha tenido, a este respecto, el problema de la *deuda internacional de los Países pobres*. En relación con éstos, un gesto de generosidad estaba en la lógica misma del Jubileo, que en su originaria configuración bíblica era precisamente el tiempo en el cual la comunidad se comprometía a restablecer la justicia y la solidaridad en las relaciones entre las personas, restituyendo también los bienes materiales substraídos. Me complace observar que recientemente los Parlamentos de muchos Estados acreedores han votado una reducción sustancial de la deuda bilateral que tienen los Países más pobres y endeudados. Formulo mis votos para que los respectivos Gobiernos acaten, en breve plazo, estas decisiones parlamentarias. Más problemática ha resultado, sin embargo, la cuestión de la deuda multilateral, contraída por Países pobres con los Organismos financieros internacionales. Es de desear que los Estados miembros de tales organizaciones, sobre todo los que tienen un mayor peso en las decisiones, logren encontrar el consenso necesario para llegar a una rápida solución de una cuestión de la que depende el proceso de desarrollo de muchos Países, con graves consecuencias para la condición económica y existencial de tantas personas.

Un nuevo dinamismo

15. Éstos son algunos de los aspectos más sobresalientes de la experiencia jubilar. Ésta deja en nosotros tantos recuerdos. Pero si quisiéramos individuar el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja, no dudaría en concretarlo en la *contemplación del rostro de Cristo*: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino.

Ahora tenemos que mirar hacia adelante, debemos «remar mar adentro», confiando en la palabra de Cristo: *¡Duc in altum!* Lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevarnos a una actitud de desinterés. Al contrario, las experiencias vividas deben *suscitar en nosotros un dinamismo nuevo*, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas. Jesús mismo nos lo advierte: «*Quien pone su mano en el arado y vuelve su vista atrás, no sirve para el Reino de Dios*» (Lc 9,62). En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza. Es mucho lo que nos espera y por eso tenemos que emprender una eficaz programación pastoral postjubilar.

Sin embargo, es importante que lo que nos propongamos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del «hacer por hacer». Tenemos que resistir a esta tentación, buscando «ser» antes que «hacer». Recordemos a este respecto el reproche de Jesús a Marta: «*Tú te afanas y te preocupas por muchas cosas y sin embargo sólo una es necesaria*» (Lc 10,41-42). Con este espíritu, antes de someter a vuestra consideración unas líneas de acción, deseo haceros partícipes de algunos puntos de meditación sobre el misterio de Cristo, fundamento absoluto de toda nuestra acción pastoral.

II. UN ROSTRO PARA CONTEMPLAR

16. «*Queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos

en este Año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver». ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?

Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*. El Gran Jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del Jubileo, a la vez que reemprendemos el ritmo ordinario, llevando en el ánimo las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca *fija en el rostro del Señor*.

El testimonio de los Evangelios

17. La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo».⁸ Teniendo como fundamento la *Escritura*, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. *Jn* 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al *testimonio de los Apóstoles* (cf. *ibíd.*, 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. *1 Jn* 1,1).

Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, no obstante su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible.⁹

18. En realidad los Evangelios no pretenden ser una biografía completa de Jesús según los cánones de la ciencia histórica moderna. Sin embargo, de ellos *emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro*, pues los evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables (cf. *Lc* 1,3) y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial. Sobre la base de estos testimonios

iniciales ellos, bajo la acción iluminada del Espíritu Santo, descubrieron el dato humanamente desconcertante del nacimiento virginal de Jesús de María, esposa de José. De quienes lo habían conocido durante los casi treinta años transcurridos por él en Nazaret (cf. *Lc* 3,23), recogieron los datos sobre su vida de «hijo del carpintero» (*Mt* 13,55) y también como «carpintero», en medio de sus parientes (cf. *Mc* 6,3). Hablaron de su religiosidad, que lo movía a ir con los suyos en peregrinación anual al templo de Jerusalén (cf. *Lc* 2,41) y sobre todo porque acudía de forma habitual a la sinagoga de su ciudad (cf. *Lc* 4,16).

Después los relatos serán más extensos, aún sin ser una narración orgánica y detallada, en el período del ministerio público, a partir del momento en que el joven galileo se hace bautizar por Juan Bautista en el Jordán y, apoyado por el testimonio de lo alto, con la conciencia de ser el «Hijo amado» (cf. *Lc* 3,22), inicia su predicación de la venida del Reino de Dios, enseñando sus exigencias y su fuerza mediante palabras y signos de gracia y misericordia. Los Evangelios nos lo presentan así en camino por ciudades y aldeas, acompañado por doce Apóstoles elegidos por él (cf. *Mc* 3,13_19), por un grupo de mujeres que los ayudan (cf. *Lc* 8,2_3), por muchedumbres que lo buscan y lo siguen, por enfermos que imploran su poder de curación, por interlocutores que escuchan, con diferente eco, sus palabras.

La narración de los Evangelios coincide además en mostrar la creciente tensión que hay entre Jesús y los grupos dominantes de la sociedad religiosa de su tiempo, hasta la crisis final, que tiene su epílogo dramático en el Gólgota. Es la hora de las tinieblas, a la que seguirá una nueva, radiante y definitiva aurora. En efecto, las narraciones evangélicas terminan mostrando al Nazareno victorioso sobre la muerte, señalan la tumba vacía y lo siguen en el ciclo de las apariciones, en las cuales los discípulos, perplejos y atónitos antes, llenos de indecible gozo después, lo experimentan vivo y radiante, y de él reciben el don del Espíritu Santo (cf. *Jn* 20,22) y el mandato de anunciar el Evangelio a «todas las gentes» (*Mt* 28,19).

El camino de la fe

19. «Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (*Jn* 20,20). El rostro que los Apóstoles contemplaron después de la resurrección era el mismo de aquel Jesús con quien habían vivido unos tres años, y que ahora

los convencía de la verdad asombrosa de su nueva vida mostrándoles «las manos y el costado» (*ibíd.*). Ciertamente no fue fácil creer. Los discípulos de Emaús creyeron sólo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. *Lc 24,13-35*). El apóstol Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio (cf. *Jn 20,24-29*). En realidad, aunque se viese y se tocase su cuerpo, *sólo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro*. Ésta era una experiencia que los discípulos debían haber hecho ya en la vida histórica de Cristo, con las preguntas que afloraban en su mente cada vez que se sentían interpelados por sus gestos y por sus palabras. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. *Mt 16,13-20*). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la «gente» que es él, recibiendo como respuesta: «*Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas*» (*Mt 16,14*). Respuesta elevada, pero distante aún -¡y cuánto!- de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión religiosa realmente excepcional de este *rabbí* que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los «suyos»: «*Y vosotros ¿quién decís que soy yo?*» (*Mt 16,15*). Sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: «*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*» (*Mt 16,16*).

20. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (16,17). La expresión «carne y sangre» evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de «revelación» que viene del Padre (cf. *ibíd.*). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo con los discípulos se desarrolló mientras Jesús «estaba orando a solas» (*Lc 9,18*). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos

sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo *la experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (*Jn 1,14*).

La profundidad del misterio

21. ¡La Palabra y la carne, la gloria divina y su morada entre los hombres! *En la unión íntima e inseparable de estas dos polaridades* está la identidad de Cristo, según la formulación clásica del Concilio de Calcedonia (a. 451): «Una persona en dos naturalezas». La persona es aquélla, y sólo aquélla, la Palabra eterna, el hijo del Padre. Sus dos naturalezas, sin confusión alguna, pero sin separación alguna posible, son la divina y la humana.¹⁰

Somos conscientes de los límites de nuestros conceptos y palabras. La fórmula, aunque siempre humana, está sin embargo expresada cuidadosamente en su contenido doctrinal y nos permite asomarnos, en cierto modo, a la profundidad del misterio. Ciertamente, ¡Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre! Como el apóstol Tomás, la Iglesia está invitada continuamente por Cristo a tocar sus llagas, es decir, a reconocer la plena humanidad asumida en María, entregada a la muerte, transfigurada por la resurrección: «*Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado*» (*Jn 20,27*). Como Tomás, la Iglesia se prostra ante Cristo resucitado, en la plenitud de su divino esplendor, y exclama perennemente: ¡«*Señor mío y Dios mío*!»! (*Jn 20,28*).

22. «*La Palabra se hizo carne*» (*Jn 1,14*). Esta espléndida presentación joánica del misterio de Cristo está confirmada por todo el Nuevo Testamento. En este sentido se sitúa también el apóstol Pablo cuando afirma que el Hijo de Dios nació de la estirpe de David «según la carne» (*Rm 1,3*; cf. 9,5). Si hoy, con el racionalismo que reina en gran parte de la cultura contemporánea, es sobre todo la fe en la divinidad de Cristo lo que constituye un problema, en otros contextos históricos y culturales hubo más bien la tendencia a rebajar o desconocer el aspecto histórico concreto de la

humanidad de Jesús. Pero para la fe de la Iglesia es esencial e irrenunciable afirmar que realmente la Palabra «se hizo carne» y asumió *todas las características del ser humano*, excepto el pecado (cf. *Hb* 4,15). En esta perspectiva, la Encarnación es verdaderamente una *kenosis*, un “despojarse”, por parte del Hijo de Dios, de la gloria que tiene desde la eternidad (cf. *Flp* 2,6-8; *1 P* 3,18).

Por otra parte, este rebajarse del Hijo de Dios no es un fin en sí mismo; tiende más bien a la plena glorificación de Cristo, incluso en su humanidad. «*Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un Nombre sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre*» (*Flp* 2,9-11).

23. «*Señor, busco tu rostro*» (*Sal* 2726,8). El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y sorprendente más que en la contemplación del rostro de Cristo. En él Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho «*brillar su rostro sobre nosotros*» (*Sal* 6766,3). Al mismo tiempo, Dios y hombre como es, Cristo nos revela también el auténtico rostro del hombre, «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre». ¹¹

Jesús es el «hombre nuevo» (cf. *Ef* 4,24; *Col* 3,10) que llama a participar de su vida divina a la humanidad redimida. En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones, moviéndose hacia Dios mismo, más aún, hacia la meta de la «divinización», a través de la incorporación a Cristo del hombre redimido, admitido a la intimidad de la vida trinitaria. Sobre esta dimensión salvífica del misterio de la Encarnación los Padres han insistido mucho: sólo porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en él y por medio de él, llegar a ser realmente hijo de Dios. ¹²

Rostro del Hijo

24. Esta identidad divino-humana brota vigorosamente de los Evangelios, que nos ofrecen una serie de elementos gracias a los cuales podemos introducirnos en la «zona límite» del misterio, representada por la *autoconciencia de Cristo*. La Iglesia no duda de que en su narración los

evangelistas, inspirados por el Espíritu Santo, captaran correctamente, en las palabras pronunciadas por Jesús, la verdad que él tenía sobre su conciencia y su persona. No es quizás esto lo que nos quiere decir Lucas, recogiendo las primeras palabras de Jesús, apenas con doce años, en el templo de Jerusalén? Entonces él aparece ya consciente de tener una relación única con Dios, como es la propia del «hijo». En efecto, a su Madre, que le hace notar la angustia con que ella y José lo han buscado, Jesús responde sin dudar: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49). No es de extrañar, pues, que, en la madurez, su lenguaje expresara firmemente la profundidad de su misterio, como está abundantemente subrayado tanto por los Evangelios sinópticos (cf. Mt 11,27; Lc 10,22), como por el evangelista Juan. En su autoconciencia Jesús no tiene dudas: «El Padre está en mí, y yo en el Padre» (Jn 10,38).

Aunque sea lícito pensar que, por su condición humana que lo hacía crecer «en sabiduría, en estatura y en gracia» (Lc 2,52), la conciencia humana de su misterio progresa también hasta la plena expresión de su humanidad glorificada, no hay duda de que ya en su existencia terrena Jesús tenía conciencia de su identidad de Hijo de Dios. Juan lo subraya llegando a afirmar que, en definitiva, por esto fue rechazado y condenado. En efecto, buscaban matarlo, «porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios» (Jn 5,18). En el marco de Getsemaní y del Gólgota, la conciencia humana de Jesús se verá sometida a la prueba más dura. Pero ni siquiera el drama de la pasión y muerte conseguirá afectar su serena seguridad de ser el Hijo del Padre celestial.

Rostro doliente

25. La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al *aspecto más paradójico de su misterio*, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración.

Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el huerto de los Olivos. Jesús, abrumado por la previsión de la prueba que le espera, solo ante Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: «¡Abbá, Padre!». Le pide que aleje de él, si es posible, la copa del

sufrimiento (cf. *Mc* 14,36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del «rostro» del pecado. «Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 *Co* 5,21).

Nunca acabaremos de conocer la profundidad de este misterio. Es toda la aspereza de esta paradoja la que emerge en el grito de dolor, aparentemente desesperado, que Jesús da en la cruz: «“*Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?*” -que quiere decir- “*¡Dios mío, Dios mío! por qué me has abandonado?*”» (*Mc* 15,34). ¿Es posible imaginar un sufrimiento mayor, una oscuridad más densa? En realidad, el angustioso «por qué» dirigido al Padre con *las palabras iniciales del Salmo 22*, aun conservando todo el realismo de un dolor indecible, se ilumina con el sentido de toda la oración en la que el Salmista presenta unidos, en un conjunto conmovedor de sentimientos, el sufrimiento y la confianza. En efecto, continúa el Salmo: «En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste... ¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro!» (2221, 5.12).

26. El grito de Jesús en la cruz, queridos hermanos y hermanas, no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del Hijo que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos. Mientras se identifica con nuestro pecado, «abandonado» por el Padre, él se «abandona» en las manos del Padre. Fija sus ojos en el Padre. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve lípidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir con el pecado a su amor. Antes aun, y mucho más que en el cuerpo, su pasión es sufrimiento atroz del alma. La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudiera vivir a la vez la unión profunda con el Padre, fuente naturalmente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La copresencia de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática.

27. Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es *la «teología vivida» de los Santos*. Ellos nos ofrecen unas indicaciones preciosas que permiten

acoger más fácilmente la intuición de la fe, y esto gracias a las luces particulares que algunos de ellos han recibido del Espíritu Santo, o incluso a través de la experiencia que ellos mismos han hecho de los terribles estados de prueba que la tradición mística describe como «noche oscura». Muchas veces los Santos han vivido *algo semejante a la experiencia de Jesús en la cruz* en la paradójica confluencia de felicidad y dolor. En el *Diálogo de la Divina Providencia* Dios Padre muestra a *Catalina de Siena* cómo en las almas santas puede estar presente la alegría junto con el sufrimiento: «Y el alma está feliz y doliente: doliente por los pecados del prójimo, feliz por la unión y por el afecto de la caridad que ha recibido en sí misma. Ellos imitan al Cordero inmaculado, a mi Hijo Unigénito, el cual estando en la cruz estaba feliz y doliente». ¹³ Del mismo modo *Teresa de Lisieux* vive su agonía en comunión con la de Jesús, verificando en sí misma precisamente la misma paradoja de Jesús feliz y angustiado: «Nuestro Señor en el huerto de los Olivos gozaba de todas las alegrías de la Trinidad, sin embargo su agonía no era menos cruel. Es un misterio, pero le aseguro que, de lo que pruebo yo misma, comprendo algo». ¹⁴ Es un testimonio muy claro. Por otra parte, la misma narración de los evangelistas da lugar a esta percepción eclesial de la conciencia de Cristo cuando recuerda que, aun en su profundo dolor, él muere implorando el perdón para sus verdugos (cf. *Lc 23,34*) y expresando al Padre su extremo abandono filial: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (*Lc 23,46*).

Rostro del Resucitado

28. Como en el Viernes y en el Sábado Santo, la Iglesia permanece en la contemplación de este rostro ensangrentado, en el cual se esconde la vida de Dios y se ofrece la salvación del mundo. Pero esta contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. *¡Él es el Resucitado!* Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe (cf. *1 Co 15,14*). La resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo, como recuerda la Carta a los Hebreos: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen » (5,7-9).

La Iglesia mira ahora a Cristo resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de Pedro, que lloró por haberle renegado y retomó su camino confesando, con comprensible temor, su amor a Cristo: «*Tú sabes que te quiero*» (Jn 21,15.17). Lo hace unida a Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó impactado por él: «*Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia*» (Flp 1,21).

Después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. «*Dulcis Iesu memoria, dans vera cordis gaudia*»: ¡cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón! La Iglesia, animada por esta experiencia, retoma hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él «*es el mismo ayer, hoy y siempre*» (Hb 13,8).

III. CAMINAR DESDE CRISTO

29. «*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20). Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios y se ha avivado ahora en nuestros corazones por la celebración del Jubileo. De ella debemos sacar un *renovado impulso en la vida cristiana*, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: «*¿Qué hemos de hacer, hermanos?*» (Hch 2,37).

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia

al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.

Sin embargo, es necesario que el programa formule *orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad*. El Jubileo nos ha ofrecido la oportunidad extraordinaria de dedicarnos, durante algunos años, a un camino de unidad en toda la Iglesia, un camino de catequesis articulada sobre el tema trinitario y acompañada por objetivos pastorales orientados hacia una fecunda experiencia jubilar. Doy las gracias por la cordial adhesión con la que ha sido acogida la propuesta que hice en la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*. Sin embargo, ahora ya no estamos ante una meta inmediata, sino ante el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria. Dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho. En las *Iglesias locales* es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas -objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios- que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura.

Por tanto, exhorto ardientemente a los Pastores de las Iglesias particulares a que, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, señalen las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de cada Comunidad diocesana con las de las Iglesias colindantes y con las de la Iglesia universal.

Dicha sintonía será ciertamente más fácil por el trabajo colegial, que ya se ha hecho habitual, desarrollado por los Obispos en las Conferencias episcopales y en los Sínodos. ¿No ha sido éste quizás el objetivo de las Asambleas de los Sínodos, que han precedido la preparación al Jubileo, elaborando orientaciones significativas para el anuncio actual del Evangelio en los múltiples contextos y las diversas culturas? No se debe perder este rico patrimonio de reflexión, sino hacerlo concretamente operativo.

Nos espera, pues, una apasionante tarea de renacimiento pastoral. Una obra que implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de

referencia y orientación común, *algunas prioridades pastorales* que la experiencia misma del Gran Jubileo ha puesto especialmente de relieve ante mis ojos.

La santidad

30. En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la *santidad*. Acaso no era éste el sentido último de la indulgencia jubilar, como gracia especial ofrecida por Cristo para que la vida de cada bautizado pudiera purificarse y renovarse profundamente?

Espero que, entre quienes han participado en el Jubileo, hayan sido muchos los beneficiados con esta gracia, plenamente conscientes de su carácter exigente. Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral.

Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la « vocación universal a la santidad ». Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como «misterio», es decir, como pueblo «congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»,¹⁵ llevaba a descubrir también su «santidad», entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el «tres veces Santo» (cf. *Is* 6,3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de *Esposa de Cristo*, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. *Ef* 5,25_26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado.

Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (*1 Ts* 4,3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor».¹⁶

31. Recordar esta verdad elemental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atane al inicio del nuevo milenio, podría

parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Acaso se puede «programar» la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral?.

En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, «¿quieres recibir el Bautismo?», significa al mismo tiempo preguntarle, «¿quieres ser santo? » Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5,48).

Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos «genios» de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este «*alto grado*» de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección. Pero también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una *pedagogía de la santidad* verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia.

La oración

32. Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el *arte de la oración*. El Año jubilar ha sido un año de oración personal y comunitaria más intensa. Pero sabemos bien que rezar tampoco es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino

Maestro, como los primeros discípulos: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15,4). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre. Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial,¹⁷ pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas.

33. ¿No es acaso un «signo de los tiempos» el que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una *difusa exigencia de espiritualidad*, que en gran parte se manifiesta precisamente en una *renovada necesidad de orar*? También las otras religiones, ya presentes extensamente en los territorios de antigua cristianización, ofrecen sus propias respuestas a esta necesidad, y lo hacen a veces de manera atractiva. Nosotros, que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador del Padre y Salvador del mundo, debemos enseñar a qué grado de interiorización nos puede llevar la relación con él.

La gran tradición mística de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre. Entonces se realiza la experiencia viva de la promesa de Cristo: «El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (Jn 14,21). Se trata de un camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (la «noche oscura»), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como «unión esponsal». ¿Cómo no recordar aquí, entre tantos testimonios espléndidos, la doctrina de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Jesús?

Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas «escuelas de oración»*, donde el encuen-

tro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón». Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios.¹⁸

34. Ciertamente, los fieles que han recibido el don de la vocación a una vida de especial consagración están llamados de manera particular a la oración: por su naturaleza, la consagración les hace más disponibles para la experiencia contemplativa, y es importante que ellos la cultiven con generosa dedicación. Pero se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral. Yo mismo me he propuesto dedicar las próximas catequesis de los miércoles a la *reflexión sobre los Salmos*, comenzando por los de la oración de Laudes, con la cual la Iglesia nos invita a «consagrar» y orientar nuestra jornada. Cuánto ayudaría que no sólo en las comunidades religiosas, sino también en las parroquiales, nos esforzáramos más para que todo el ambiente espiritual estuviera marcado por la oración. Convendría valorizar, con el oportuno discernimiento, las formas populares y sobre todo educar en las litúrgicas. Está quizá más cercano de lo que ordinariamente se cree, el día en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y quizás con el rezo de Laudes y Vísperas. Lo demuestra la experiencia de tantos grupos comprometidos cristianamente, incluso con una buena representación de seglares.

La Eucaristía dominical

35. El mayor empeño se ha de poner, pues, en la liturgia, «cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de

donde mana toda su fuerza». ¹⁹ En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana. ²⁰ Desde hace dos mil años, el tiempo cristiano está marcado por la memoria de aquel « primer día después del sábado» (*Mc* 16,2.9; *Lc* 24,1; *Jn* 20,1), en el que Cristo resucitado llevó a los Apóstoles el don de la paz y del Espíritu (cf. *Jn* 20,19_23). La verdad de la resurrección de Cristo es el dato originario sobre el que se apoya la fe cristiana (cf. *1 Co* 15,14), acontecimiento que es el *centro del misterio del tiempo* y que prefigura el último día, cuando Cristo vuelva glorioso. No sabemos qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de Cristo, el «*Rey de Reyes y Señor de los Señores*» (*Ap* 19,16) y precisamente celebrando su Pascua, no sólo una vez al año sino cada domingo, la Iglesia seguirá indicando a cada generación «lo que constituye el eje central de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo». ²¹

36. Por tanto, quisiera insistir, en la línea de la Exhortación «*Dies Domini*», para que la *participación en la Eucaristía* sea, para cada bautizado, el *centro del domingo*. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. Estamos entrando en un milenio que se presenta caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones incluso en Países de antigua cristianización. En muchas regiones los cristianos son, o lo están siendo, un «pequeño rebaño» (*Lc* 12,32). Esto les pone ante el reto de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en condiciones de soledad y dificultad, los aspectos específicos de su propia identidad. El deber de la participación eucarística cada domingo es una de éstos. La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios entorno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el *día del Señor* se

convierte también en el *día de la Iglesia*,²² que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad.

El sacramento de la Reconciliación

37. Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del *Sacramento de la Reconciliación*. Como se recordará, en 1984 intervine sobre este tema con la Exhortación postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*, que recogía los frutos de la reflexión de una Asamblea del Sínodo de los Obispos, dedicada a esta problemática. Entonces invitaba a esforzarse por todos los medios para afrontar la crisis del «sentido del pecado» que se da en la cultura contemporánea,²³ pero más aún, invitaba a hacer descubrir a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Éste es el rostro de Cristo que conviene hacer descubrir también a través del sacramento de la penitencia que, para un cristiano, «es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo».²⁴ Cuando el mencionado Sínodo afrontó el problema, era patente a todos la crisis del Sacramento, especialmente en algunas regiones del mundo. Los motivos que lo originan no se han desvanecido en este breve lapso de tiempo. Pero el Año jubilar, que se ha caracterizado particularmente por el recurso a la Penitencia sacramental nos ha ofrecido un mensaje alentador, que no se ha de desperdiciar: si muchos, entre ellos tantos jóvenes, se han acercado con fruto a este sacramento, probablemente es necesario que los Pastores tengan mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorizarlo. ¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante las crisis contemporáneas! Los dones del Señor -y los Sacramentos son de los más preciosos- vienen de Aquél que conoce bien el corazón del hombre y es el Señor de la historia.

Primacía de la gracia

38. *En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia. Hay una tentación que insidia siempre todo camino*

espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, «no podemos hacer nada» (cf. *Jn 15,5*).

La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: «*Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada*» (*Lc 5,5*). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: ¡*Duc in altum!* En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: « en tu palabra, echaré las redes » (*ibíd.*). Permitidle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración.

Escucha de la Palabra

39. No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada *escucha de la palabra de Dios*. Desde que el Concilio Vaticano II ha subrayado el papel preeminente de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia, ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura. Ella ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia. Tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran número a la Escritura, y entre los laicos mismos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos. Precisamente con esta atención a la palabra de Dios se está revitalizando principalmente la tarea de la evangelización y la catequesis. Hace falta, queridos hermanos y hermanas, consolidar y profundizar esta orientación, incluso a través de la difusión de la Biblia en las familias. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un

encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia.

Anuncio de la Palabra

40. Alimentarnos de la Palabra para ser «servidores de la Palabra» en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Ha pasado ya, incluso en los Países de antigua evangelización, la situación de una «sociedad cristiana», la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. He repetido muchas veces en estos años la «llamada» a la *nueva evangelización*. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: «¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas», sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como *compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos*. Sin embargo, esto debe hacerse respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y atendiendo a las diversas culturas en las que ha de llegar el mensaje cristiano, de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo, sino que sean purificados y llevados a su plenitud.

El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta *exigencia de inculturación*. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado. De la belleza de este rostro pluriforme de la Iglesia hemos gozado particularmente en este Año jubilar. Quizás es sólo

el comienzo, un icono apenas esbozado del futuro que el Espíritu de Dios nos prepara.

La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje evangélico, atendiendo a las exigencias de cada uno, por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje, según el ejemplo de Pablo cuando decía: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1 Co 9,22). Al recomendar todo esto, pienso en particular en la *pastoral juvenil*. Precisamente por lo que se refiere a los jóvenes, como antes he recordado, el Jubileo nos ha ofrecido un testimonio consolador de generosa disponibilidad. Hemos de saber valorizar aquella respuesta alentadora, empleando aquel entusiasmo como un nuevo talento (cf. Mt 25,15) que Dios ha puesto en nuestras manos para que los hagamos fructificar.

41. Que nos ayude y oriente, en esta acción misionera confiada, emprendedora y creativa, el ejemplo esplendoroso de tantos testigos de la fe que el Jubileo nos ha hecho recordar. La Iglesia ha encontrado siempre, en sus mártires, una semilla de vida. *Sanguis martyrum semen christianorum*.²⁵ Esta célebre «ley» enunciada por Tertuliano, se ha demostrado siempre verdadera ante la prueba de la historia. ¿No será así también para el siglo y para el milenio que estamos iniciando? Quizás estábamos demasiado acostumbrados a pensar en los mártires en términos un poco lejanos, como si se tratase de un grupo del pasado, vinculado sobre todo a los primeros siglos de la era cristiana. La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema. En ellos la palabra de Dios, sembrada en terreno fértil, ha fructificado el céntuplo (cf. Mt 13,8.23). Con su ejemplo nos han señalado y casi «allanado» el camino del futuro. A nosotros nos toca, con la gracia de Dios, seguir sus huellas.

IV. TESTIGOS DEL AMOR

42. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13,35). Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo» que él nos dio: «Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34).

Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de *la comunión (koinonía)*, que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», o sea, «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano».²⁶

Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas como para minimizar su alcance. Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (*ágape*), todo sería inútil. Nos lo recuerda el apóstol Pablo en el *himno a la caridad*: aunque habláramos las lenguas de los hombres y los ángeles, y tuviéramos una fe «que mueve las montañas», si faltamos a la caridad, todo sería «nada» (cf. 1 Co 13,2). La caridad es verdaderamente el «corazón» de la Iglesia, como bien intuyó santa Teresa de Lisieux, a la que he querido proclamar Doctora de la Iglesia, precisamente como experta en la *scientia amoris*: «Comprendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este Corazón ardía de amor. Entendí que sólo el amor movía a los miembros de la Iglesia [...]. Entendí que el amor comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo».²⁷

Espiritualidad de comunión

43. Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si

queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga 6,2*) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

44. Sobre esta base el nuevo siglo debe comprometernos más que nunca a valorar y desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que, según las grandes directrices del Concilio Vaticano II, sirven para asegurar y garantizar la comunión. ¿Cómo no pensar, ante todo, en los *servicios específicos de la comunión* que son *el ministerio petrino* y, en estrecha relación con él, *la colegialidad episcopal*? Se trata de realidades que tienen su fundamento y su consistencia en el designio mismo de Cristo sobre la

Iglesia,²⁸ pero que precisamente por eso necesitan de una continua verificación que asegure su auténtica inspiración evangélica.

También se ha hecho mucho, desde el Concilio Vaticano II, en lo que se refiere a la reforma de la Curia romana, la organización de los Sínodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales. Pero queda ciertamente aún mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de estos instrumentos de la comunión, particularmente necesarios hoy ante la exigencia de responder con prontitud y eficacia a los problemas que la Iglesia tiene que afrontar en los cambios tan rápidos de nuestro tiempo.

45. Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los *Consejos presbiterales* y *pastorales*. Éstos, como es sabido, no se inspiran en los criterios de la democracia parlamentaria, puesto que actúan de manera consultiva y no deliberativa²⁹ sin embargo, no pierden por ello su significado e importancia. En efecto, la teología y la espiritualidad de la comunión aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre Pastores y fieles, manteniéndolos por un lado unidos *a priori* en todo lo que es esencial y, por otro, impulsándolos a confluir normalmente incluso en lo opinable hacia opciones ponderadas y compartidas.

Para ello, hemos de hacer nuestra la antigua sabiduría, la cual, sin perjuicio alguno del papel jerárquico de los Pastores, sabía animarlos a escuchar atentamente a todo el Pueblo de Dios. Es significativo lo que san Benito recuerda al Abad del monasterio, cuando le invita a consultar también a los más jóvenes: «Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor».³⁰ Y san Paulino de Nola exhorta: «Estemos pendientes de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios».³¹

Por tanto, así como la prudencia jurídica, poniendo reglas precisas para la participación, manifiesta la estructura jerárquica de la Iglesia y evita tentaciones de arbitrariedad y pretensiones injustificadas, la espiritualidad de la comunión da un alma a la estructura institucional, con una

llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios.

Variedad de vocaciones

46. Esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un sólo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo (cf. *1 Co* 12,12). Es necesario, pues, que la Iglesia del tercer milenio impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial. Junto con el ministerio ordenado, pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendiendo en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad.

Se ha de hacer ciertamente un generoso esfuerzo -sobre todo con la oración insistente al Dueño de la mies (cf. *Mt* 9,38)- en la *promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración*. Éste es un problema muy importante para la vida de la Iglesia en todas las partes del mundo. Además, en algunos países de antigua evangelización, se ha hecho incluso dramático debido al contexto social cambiante y al enfriamiento religioso causado por el consumismo y el secularismo. Es necesario y urgente organizar una *pastoral de las vocaciones* amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino.

En este contexto cobran también toda su importancia las demás vocaciones, enraizadas básicamente en la riqueza de la vida nueva recibida en el sacramento del Bautismo. En particular, es necesario descubrir cada vez mejor *la vocación propia de los laicos*, llamados como tales a «buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios»³² y a llevar a cabo «en la Iglesia y en el mundo la parte que les

corresponde [...] con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres». ³³

En esta misma línea, tiene gran importancia para la comunión el deber de *promover las diversas realidades de asociación*, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales, siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios constituyendo una auténtica primavera del Espíritu. Conviene ciertamente que, tanto en la Iglesia universal como en las Iglesias particulares, las asociaciones y movimientos actúen en plena sintonía eclesial y en obediencia a las directrices de los Pastores. Pero es también exigente y perentoria para todos la exhortación del Apóstol: «*No extingáis el Espíritu, no despreciéis las profecías, examinadlo todo y quedaos con lo bueno*» (1 Ts 5,19-21).

47. Una atención especial se ha de prestar también a la *pastoral de la familia*, especialmente necesaria un momento histórico como el presente, en el que se está constatando una crisis generalizada y radical de esta institución fundamental. En la visión cristiana del matrimonio, la relación entre un hombre y una mujer -relación recíproca y total, única e indisoluble- responde al proyecto primitivo de Dios, ofuscado en la historia por la «dureza de corazón», pero que Cristo ha venido a restaurar en su esplendor originario, revelando lo que Dios ha querido «*desde el principio*» (cf. Mt 19,8). En el matrimonio, elevado a la dignidad de Sacramento, se expresa además el «gran misterio» del amor esponsal de Cristo a su Iglesia (cf. Ef 5,32).

En este punto la Iglesia no puede ceder a las presiones de una cierta cultura, aunque sea muy extendida y a veces «militante». Conviene más bien procurar que, mediante una educación evangélica cada vez más completa, las familias cristianas ofrezcan un ejemplo convincente de la posibilidad de un matrimonio vivido de manera plenamente conforme al proyecto de Dios y a las verdaderas exigencias de la persona humana: tanto la de los cónyuges como, sobre todo, la de los más frágiles que son los hijos. Las familias mismas deben ser cada vez más conscientes de la atención debida a los hijos y hacerse promotores de una eficaz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos.

El campo ecuménico

48. ¿Y qué decir, además, de la urgencia de promover la comunión en el delicado ámbito del *campo ecuménico*? La triste herencia del pasado nos afecta todavía al cruzar el umbral del nuevo milenio. La celebración jubilar ha incluido algún signo verdaderamente profético y conmovedor, pero queda aún mucho camino por hacer.

En realidad, al hacernos poner la mirada en Cristo, el Gran Jubileo ha hecho tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad. «Creo en la Iglesia, que es una»: esto que manifestamos en la profesión de fe tiene *su fundamento último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida* (1 Co 1,11-13). Como Cuerpo suyo, en la unidad obtenida por los dones del Espíritu, es indivisible. La realidad de la división se produce en el ámbito de la historia, en las relaciones entre los hijos de la Iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo-Cabeza en el Cuerpo místico. La oración de Jesús en el cenáculo -«como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17, 21)- es a la vez *revelación e invocación*. Nos revela la unidad de Cristo con el Padre como el lugar de donde nace la unidad de la Iglesia y como don perenne que, en él, recibirá misteriosamente hasta el fin de los tiempos. Esta unidad que se realiza concretamente en la Iglesia católica, a pesar de los límites propios de lo humano, emerge también de manera diversa en tantos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales; dichos elementos, en cuanto dones propios de la Iglesia de Cristo, les empujan sin cesar hacia la unidad plena.³⁴

La oración de Cristo nos recuerda que este don ha de ser acogido y desarrollado de manera cada vez más profunda. La invocación «*ut unum sint*» es, a la vez, imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche por nuestra desidia y estrechez de corazón. La confianza de poder alcanzar, incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos se apoya en la plegaria de Jesús, no en nuestras capacidades.

En esta perspectiva de renovado camino postjubilar, miro con gran esperanza a las *Iglesias de Oriente*, deseando que se recupere plenamente ese intercambio de dones que ha enriquecido la Iglesia del primer milenio.

El recuerdo del tiempo en que la Iglesia respiraba con « dos pulmones » ha de impulsar a los cristianos de oriente y occidente a caminar juntos, en la unidad de la fe y en el respeto de las legítimas diferencias, acogiéndonos y apoyándonos mutuamente como miembros del único Cuerpo de Cristo.

Con análogo esmero se ha de cultivar el diálogo ecuménico con los hermanos y hermanas de la *Comunión anglicana* y de las *Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma*. La confrontación teológica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colaboración en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro. Entre tanto, continuemos con confianza en el camino, anhelando el momento en que, con todos los discípulos de Cristo sin excepción, podamos cantar juntos con voz clara: «*Ved qué dulzura, que delicia, convivir los hermanos unidos*» (Sal 133,1).

Apostar por la caridad

49. A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «*He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme*» (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que «con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre». ³⁵ Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por

ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales.

50. En efecto, son muchas en nuestro tiempo las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo donde cobijarse?

El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva «imaginación de la caridad», que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.

Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de

palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*.

Retos actuales

51. ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un *desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los *problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al *vilipendio de los derechos humanos fundamentales* de tantas personas, especialmente de los niños? Muchas son las urgencias ante las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible.

Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, hasta el punto de hacer impopular la intervención de la Iglesia, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad. Me refiero al deber de comprometerse en la defensa *del respeto a la vida de cada ser humano* desde la concepción hasta su ocaso natural. Del mismo modo, el servicio al hombre nos obliga a proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las *nuevas potencialidades de la ciencia*, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano.

Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización.

52. Obviamente todo esto tiene que realizarse con un estilo específicamente cristiano: deben ser sobre todo *los laicos*, en virtud de su propia vocación, quienes se hagan presentes en estas tareas, sin ceder nunca a la

tentación de reducir las comunidades cristianas a agencias sociales. En particular, la relación con la sociedad civil tendrá que configurarse de tal modo que respete la autonomía y las competencias de esta última, según las enseñanzas propuestas por la *doctrina social de la Iglesia*.

Es notorio el esfuerzo que el Magisterio eclesial ha realizado, sobre todo en el siglo XX, para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer de modo cada vez más puntual y orgánico su propia contribución a la solución de la cuestión social, que ha llegado a ser ya una cuestión planetaria.

Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla. Es muy actual a este respecto la enseñanza del Concilio Vaticano II: «El mensaje cristiano, no aparta los hombres de la tarea de la construcción del mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber».³⁶

Un signo concreto

53. Como signo de este mensaje de caridad y de promoción humana, que se basa en las íntimas exigencias del Evangelio, he querido que el mismo Año jubilar, entre los numerosos frutos de caridad que ya ha producido en el curso de su desarrollo -pienso particularmente en la ayuda ofrecida a tantos hermanos más pobres para hacer posible su participación en el Jubileo- dejase también *una obra* que sea, de alguna manera, *el fruto y el sello de la caridad jubilar*. En efecto, muchos peregrinos han contribuido de diferentes modos con su limosna y, junto con ellos, también muchos protagonistas del mundo económico han ofrecido ayudas generosas, que han servido para asegurar la conveniente realización del acontecimiento jubilar. Una vez cubiertos los gastos que se han debido afrontar a lo largo del año, el dinero que pueda sobrar, debe destinarse a fines caritativos. En efecto, es importante excluir de un acontecimiento religioso tan significativo cualquier apariencia de especulación económica. Lo que sobre servirá

para repetir también en esta ocasión la experiencia vivida tantas otras veces a lo largo de la historia desde que, en los comienzos de la Iglesia, la comunidad de Jerusalén ofreció a los no cristianos la imagen conmovedora de un intercambio espontáneo de dones, hasta la comunión de los bienes, en favor de los más pobres (cf. *Hch* 2,44-45).

La obra que se realice será solamente un pequeño arroyo que confluirá en el gran río de la caridad cristiana que recorre la historia. Pequeño, pero significativo arroyo: el Jubileo ha movido al mundo a mirar hacia Roma, la Iglesia «que preside en la caridad»³⁷ y a ofrecer a Pedro la propia limosna. Ahora la caridad manifestada en el centro de la catolicidad vuelve, de alguna manera, hacia el mundo a través de este gesto, que quiere quedar como fruto y memoria viva de la comunión experimentada con ocasión del Jubileo.

Diálogo y misión

54. Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su «reflejo». Es el *mysterium lunae* tan querido por la contemplación de los Padres, los cuales indicaron con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol del cual ella refleja la luz.³⁸ Era un modo de expresar lo que Cristo mismo dice, al presentarse como «luz del mundo» (*Jn* 8,12) y al pedir a la vez a sus discípulos que fueran «la luz del mundo» (cf *Mt* 5,14).

Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos.

55. En esta perspectiva se sitúa también el gran desafío del *diálogo interreligioso*, en el cual estaremos todavía comprometidos durante el nuevo siglo, en la línea indicada por el Concilio Vaticano II.³⁹ En los años de preparación al Gran Jubileo la Iglesia, mediante encuentros de notable interés simbólico, ha tratado de establecer *una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones*. El diálogo debe continuar. En la situación de un marcado pluralismo cultural y religioso, tal como se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, este diálogo es también

importante para proponer una firme base de paz y alejar el espectro funesto de las guerras de religión que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad. El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, *un nombre de paz y un imperativo de paz*.

56. Pero el diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (cf. *1 Pt 3,15*). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es *anuncio gozoso de un don* para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor, que «*tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito*» (*Jn 3,16*). Todo esto, como también ha sido subrayado recientemente por la Declaración *Dominus Iesus*, no puede ser objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuese una simple opinión. Al contrario, para nosotros es una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar.

La Iglesia, por tanto, no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la *missio ad gentes* sigue siendo anunciar a Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (*Jn 14,6*), en el cual los hombres encuentran la salvación. El diálogo interreligioso «tampoco puede sustituir al anuncio; de todos modos, aquél sigue orientándose hacia el anuncio».⁴⁰ Por otra parte, el deber misionero no nos impide entablar el diálogo *íntimamente dispuestos a la escucha*. En efecto, sabemos que, frente al misterio de gracia infinitamente rico por sus dimensiones e implicaciones para la vida y la historia del hombre, la Iglesia misma nunca dejará de escudriñar, contando con la ayuda del Paráclito, el Espíritu de verdad (cf. *Jn 14,17*), al que compete precisamente llevarla a la «plenitud de la verdad» (*Jn 16,13*).

Este principio es la base no sólo de la inagotable profundización teológica de la verdad cristiana, sino también del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones. No es raro que el Espíritu de Dios, que «*sopla donde quiere*» (*Jn 3,8*), suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo a comprender más profundamente el mensaje del que son portadores. No ha sido quizás esta humil-

de y confiada apertura con la que el Concilio Vaticano II se esforzó en leer los «signos de los tiempos»?⁴¹ Incluso llevando a cabo un laborioso y atento discernimiento, para captar los «verdaderos signos de la presencia o del designio de Dios»,⁴² la Iglesia reconoce que no sólo ha dado, sino que también ha «recibido de la historia y del desarrollo del género humano».⁴³ Esta actitud de apertura, y también de atento discernimiento respecto a las otras religiones, la inauguró el Concilio. A nosotros nos corresponde seguir con gran fidelidad sus enseñanzas y sus indicaciones.

A la luz del Concilio

57. ¡Cuánta riqueza, queridos hermanos y hermanas, en las orientaciones que nos dio el Concilio Vaticano II! Por eso, en la preparación del Gran Jubileo, he pedido a la Iglesia que *se interrogase sobre la acogida del Concilio*.⁴⁴ ¿Se ha hecho? El Congreso que se ha tenido aquí en el Vaticano ha sido un momento de esta reflexión, y espero que, de diferentes modos, se haya realizado igualmente en todas las Iglesias particulares. A medida que pasan los años, aquellos textos no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza.

CONCLUSIÓN

¡Duc in altum!

58. ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos. No ha sido quizás para tomar contacto con este manantial vivo de nuestra esperanza, por lo que hemos celebrado el Año jubilar? El Cristo contemplado y amado ahora nos invita una vez más

a ponernos en camino: «*Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt 28,19). El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza «que no defrauda» (Rm 5,5).

Nuestra andadura, al principio de este nuevo siglo, debe hacerse más rápida al recorrer los senderos del mundo. Los caminos, por los que cada uno de nosotros y cada una de nuestras Iglesias camina, son muchos, pero no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión, la comunión que cada día se nutre de la mesa del Pan eucarístico y de la Palabra de vida. Cada domingo Cristo resucitado nos convoca de nuevo como en el Cenáculo, donde al atardecer del día «primero de la semana» (Jn 20,19) se presentó a los suyos para «exhalar» sobre de ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización.

Nos acompaña en este camino la Santísima Virgen, a la que hace algunos meses, junto con muchos Obispos llegados a Roma desde todas las partes del mundo, he confiado el tercer milenio. Muchas veces en estos años la he presentado e invocado como «Estrella de la nueva evangelización». La indico aún como aurora luminosa y guía segura de nuestro camino. «Mujer, he aquí tus hijos», le repito, evocando la voz misma de Jesús (cf. Jn 19,26), y haciéndome voz, ante ella, del cariño filial de toda la Iglesia.

59. ¡Queridos hermanos y hermanas! El símbolo de la Puerta Santa se cierra a nuestras espaldas, pero para dejar abierta más que nunca la puerta viva que es Cristo. Después del entusiasmo jubilar ya no volvemos a un anodino día a día. Al contrario, si nuestra peregrinación ha sido auténtica debe como desentumecer nuestras piernas para el camino que nos espera. Tenemos que imitar la intrepidez del apóstol Pablo: «*Lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús*» (Flp 13,14). Al mismo tiempo, hemos de imitar la contemplación de María, la cual, después de la peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, volvió a su casa de Nazareth meditando en su corazón el misterio del Hijo (cf. Lc 2,51).

Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, dejándose reconocer como a los discípulos de Emaús «*al partir el pan*» (Lc 24,30), nos encuentre vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: «*¡Hemos visto al Señor!*» (Jn 20,25).

Éste es el fruto tan deseado del Jubileo del Año dos mil, Jubileo que nos ha presentado de manera palpable el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios y Redentor del hombre.

Mientras se concluye y nos abre a un futuro de esperanza, suba hasta el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, la alabanza y el agradecimiento de toda la Iglesia.

Con estos augurios y desde lo más profundo del corazón, imparto a todos mi Bendición.

Vaticano, 6 de enero,
Solemnidad de la Epifanía del Señor,
del año 2001, vigésimo tercero de Pontificado.

NOTAS

(1) Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Christus Dominus*, sobre la función pastoral de los Obispos, 11.

(2) Bula *Incarnationis mysterium*, 3: AAS 91 (1999), 132.

(3) *Ibíd.*, 4: l.c., 133.

(4) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.

(5) *De civ. Dei* XVIII, 51,2: PL 41, 614; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.

(6) Cf. Cart. ap. *Tertio millennio adveniente*, 55: AAS 87 (1995), 38.

(7) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

(8) «*Ignoratio enim Scripturarum ignoratio Christi est*»: *Comm. in Is.*, *Prol.*: PL 24, 17.

(9) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 19.

(10) « Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo

perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre [...] uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, [...] no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo y Señor Jesucristo»: *DS* 301-302.

(11) Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.

(12) A este respecto observa san Atanasio: « El hombre no podía ser divinizado permaneciendo unido a una criatura, si el Hijo no fuese verdaderamente Dios », *Discurso II contra los Arrianos* 70: *PG* 26, 425 B _ 426 G.

(13) N. 78.

(14) *Últimos Coloquios. Cuaderno amarillo*, 6 de julio de 1897: *Opere complete*, Ciudad del Vaticano 1997, 1003.

(15) S. Cipriano, *De Orat. Dom.* 23: *PL* 4, 553; cf. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4.

(16) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 40.

(17) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.

(18) Cf. Congr. para la Doctrina de la Fe, Cart. *Orationis formas*, sobre algunos aspectos de la meditación cristiana, 15 de octubre de 1989: *AAS* 82 (1990), 362-379.

(19) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.

(20) Cart. ap. *Dies Domini*, 19: *AAS* 90 (1998), 724.

(21) *Ibíd.*, 2: *l.c.*, 714.

(22) Cf. *Ibíd.*, 35: *l.c.*, 734.

(23) Cf. n. 18: *AAS* 77 (1985), 224.

(24) *Ibíd.*, 31: *l.c.*, 258

(25) Tertuliano, *Apol.*, 50,13: *PL* 1, 534.

(26) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

(27) MsB 3vo, *Opere Complete*, Libreria Editrice Vaticana Edizioni OCD, Roma 1997, p. 223.

(28) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, c. III.

(29) Cf. Congr. para el Clero y Otras, Instr. interdicasterial *Ecclesiae de mysterio*, sobre algunas cuestiones relativas la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes, (15 agosto 1997): AAS 89 (1997), 852-877, especialmente art. 5: « Los organismos de colaboración en la Iglesia particular ».

(30) Reg. III, 3: « *Ideo autem omnes ad consilium vocari diximus, quia saepe iuniori Dominus revelat quod melius est* ».

(31) « *De omnium fidelium ore pendeamus, quia in omnem fidelem Spiritus Dei spirat* » (Epist. 23, 36 a Sulpicio Severo: CSEL 29, 193).

(32) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 31.

(33) Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 2.

(34) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.

(35) Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.

(36) Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 34.

(37) S. Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*, Pref., ed. Funk, I, 252.

(38) Así, por ejemplo, S. Agustín: « *También la luna representa a la Iglesia, porque no tiene luz propia, sino que la recibe del Hijo unigénito de Dios, el cual en muchas pasajes de la Escritura alegóricamente es llamado sol* »: Enarr. In Ps. 10, 3: CCL 38, 42.

(39) Cf. Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

(40) Pont. Cons. para el Diálogo Interreligioso y Congr. para la Evangelización de los Pueblos, Instr. *Diálogo y anuncio: reflexiones y orientaciones* (19 mayo 1991), 82: AAS 84 (1992), 444.

(41) Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 4.

(42) *Ibíd.*, 11.

(43) *Ibíd.*, 44.

(44) Cf. Cart. Ap. *Tertio millennio adveniente*, 36.